

**BIBLIOTECA**  
**LOS MAESTROS**  
**DEL MISTERIO**



**LA TRAGEDIA DEL PAYASO**

DAVID ALEXANDER



**Lectulandia**

Nochevieja. Mientras un millón de personas dan la bienvenida al año nuevo en Times Square, un grotesco payaso se precipita al vacío, en medio del bullicio, desde el noveno piso del hotel Stoneleigh. El único testigo del suceso, el periodista Bart Hardin, da parte a la policía, pero no se encuentra ningún cadáver.

**Lectulandia**

David Alexander

# **La tragedia del payaso**

**Bart Hardin - 6**

ePub r1.0

Titivillus 29.05.16

Título original: *The Death of Humpty Dumpty*

David Alexander, 1957

Traducción: Lisandro Alonso

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

—Quiero decir —replicó Alicia— Que uno no puede dejar de crecer.  
—*Uno* tal vez no —dijo Humpty Dumpty—, pero dos, sí. Con ayuda adecuada...

LEWIS CARROLL, *Alicia a través del Espejo*

# Capítulo 1

*Cerca de medianoche, un hombre delgado, de ojos claros y cabellos tan rubios que parecían de paja, se reclinó perezosamente en su silla, mirando somnoliento una pantalla de televisión. Pronto empezó a bostezar y pensó en la cama.*

*En el exterior de un gran hotel, junto al límite del Central Park, un anciano de rostro cadavérico hablaba a su caballo. Vestía una capa de cochero y un maltrecho sombrero de copa. Y en la mano tenía una fusta. Hurgó en la copa. Sacó un frasco y bebió de él un largo trago de vino dulce. Al echar la cabeza hacia atrás, una ráfaga fría, procedente del parque, le arrojó copos de nieve a la cara. El viejo contempló tristemente su caballo de hinchadas coyunturas, cubierto con una manta.*

*—Si empieza a nevar no habrá clientes esta noche, Roscoe —dijo—, y tú y yo nos helaremos gratis.*

*Una muchacha muy bonita, de ojos brillantes y oscuros, estaba sentada junto a una ventana, con los pies descalzos sumergidos en una palangana de agua caliente. Miraba por la ventana hacia afuera con el embeleso de una niña que lee un cuento de hadas. Entonces recordó otra ventana y otra escena, una escena de horror y crimen. Se sintió de pronto abatida y sola. Alargó la mano impulsivamente hacia el teléfono.*

*En una oficina de la División Homicidios, de Manhattan Oeste, una lámpara de pantalla verde brillada grotescamente sobre las facciones atezadas y toscas de un detective de mediana edad, que padecía de gases del estómago. El hombre sacó de un frasquito una pequeña tableta, la tragó, y maldijo sus nervios.*

*En otro lugar, un individuo que parecía un barril de cerveza bailaba furiosamente. Estaba vestido con las ropas estrafalarias de un payaso de circo. Tenía el rostro congestionado. Y gritaba groseras amenazas e imprecaciones a quienes lo rodeaban.*

*En un club nocturno llamado La Hoja de Higuera, una muchacha alta, pelirroja, se despojó de otra prenda más y la agitó provocativamente en la cara de un hombre de cabello gris que estaba sentado ante una mesa de primera fila. Brillaba una sonrisa en el rostro de la muchacha, pero interiormente estaba furiosa. Tendría que hacer números extra esta noche, por ausencia de dos de sus compañeras.*

*Había un hombre sentado, que se miraba las uñas manicuradas, y decía:*

*—Tal vez debamos hacerlo. Tal vez sea eso exactamente lo que hay que hacer.*

*Y había otro hombre que se limitaba a sonreír. Tenía un gran sentido del humor.*

*Y un individuo enjuto y arrugado que sostenía en la mano temblorosa un vaso de whisky y se echaba hacia atrás, aterrorizado, rogando:*

*—¡Por Dios, no! ¡Por Dios, no puedes! ¡Por Dios, escúchame!*

*Su cara representaba muchos años, pero el cuerpo huesudo era el de un muchacho a medio desarrollar.*

*En aquel preciso momento del fluir del tiempo, sólo existía la sombra de un vínculo entre aquellas personas. Ninguna de ellas conocía a las otras. Y, sin embargo, dentro de unas horas, todas ellas estarían peligrosa, fatalmente envueltas en el máximo acto de violencia humana: el acto que se llama crimen.*

*Faltaba poco para la medianoche.*

## Capítulo 2

El hombre que estaba repantigado en un sillón, en su sombrío departamento de soltero situado sobre el Circo de Bromberg y la Fun Arcade, en la calle Cuarenta Y Dos de Nueva York, se llamaba Bart Hardin. Durante dos horas o más había estado mirando distraídamente la pantalla del televisor, apenas consciente de las sombras que se movían ante su vista. Se sintió con sueño, y bostezó.

Faltaba media hora para la medianoche y era la víspera del Año Nuevo.

Por excepción faltaba un vaso de *whisky* irlandés al lado de Hardin. Nunca bebía en la última noche del año. Esa era la Noche de los Aficionados, y Hardin se consideraba un profesional en ese deporte.

La orquesta de Guy Lombardo, televisada desde el comedor de un hotel, ejecutaba un popurrí de canciones nostálgicas, mientras dos *cameramen* componían una mezcla visual de arcos de violín, relucientes cornetas, palillos temblorosos y una batuta en oscilación permanente. De vez en cuando la cámara se volvía hacia la apiñada muchedumbre que llenaba la pista de baile del hotel. La mayor parte de los bailarines, hombres y mujeres, eran de mediana edad y gordos. Apenas podían moverse en la colmada pista, pero se aferraban entre sí y chocaban con otras parejas como si trataran desesperadamente de responder a antiguas melodías y antiguos impulsos, de recobrar algo de la excitación que el vino, y la música, y los trajes de etiqueta les habían brindado en su pasada juventud.

El programa de televisión cambió súbitamente, por control remoto.

Un anunciador se balanceó precariamente sobre una cornisa, en el Astor Hotel; su cabeza y cuello estaban extrañamente adornados con el micrófono y los auriculares. Con un forzado temblor de excitación en la voz, decía:

—Estamos aquí en Times Square, la Encrucijada del Mundo, y podría decir, ja, ja, que no somos los únicos presentes. Tres pisos debajo de mí medio millón de personas provenientes de todos los rumbos se apretuja como una manga de langostas, sin ofensa para nadie, por supuesto, para esperar el Año Nuevo en la gran calle llamada Broadway. Están apretados como las proverbiales sardinas en este radio de diez manzanas entre las calles Cuarenta y Dos y Cincuenta y Dos. Todo tránsito ha sido desviado hace una hora de la calle más activa del mundo, y ésa fue la señal para que este río humano llegara corriendo y gritando a través de las líneas policiales. Faltan menos de treinta minutos para que una gran esfera de luces eléctricas que está en lo alto de la torre del Edificio Times comience a descender gradualmente, y cuando llegue a la calle habrá pasado el viejo año y un año nuevo habrá nacido, y enormes números brillarán en la torre para indicarlo. Por eso, todo este medio millón de personas mira hacia el sur, hacia la enorme esfera. Veamos si nosotros también podemos obtener una vista de esas luces...

Una toma telescópica de la Torre Times y su esfera de luces apareció en la pantalla de Hardin.



—Creo que ahora pueden ver ustedes la esfera en sus pantallas —siguió el anunciador—. A propósito, dudo de que alguien en esta muchedumbre haya oído hablar nunca de Walter F. Palmer, pero, de cualquier modo, están rindiéndole homenaje de cierta manera. El señor Palmer murió hace poco a la avanzada edad de ochenta y ocho años. Fue él quien ideó este modo de recibir el Año Nuevo, el que planeó, hace varias décadas, esa gran esfera de luces eléctricas. Desde entonces, el ver descender esa esfera se ha convertido en una especie de rito entre los neoyorquinos. Veamos ahora si podemos llegar con nuestras cámaras al corazón de esa muchedumbre, y recoger algo de ese mar de ruidos.

Las cámaras móviles enfocaron la multitud. Los rostros vueltos hacia arriba parecían espectrales burbujas en el agresivo resplandor de Broadway. Los micrófonos captaron el ruido: El estridente rumor del gentío llegó por las válvulas del televisor de Hardin y fue amortiguado por las ventanas cerradas del departamento.

«Me iré a dormir temprano», pensaba Hardin. «Tan pronto como esa maldita esfera de luces llegue abajo, será otro año». Hardin vivía en Broadway, y la medianoche precedía en cuatro horas a aquélla en que él solía irse a dormir. «Tal vez hasta tome un vaso de leche», se dijo, «si la de esa caja que compré la semana pasada no se ha puesto agria».

No tenía intención de salir de su departamento. Como director de un periódico deportivo y teatral, el *Broadway Times*, había recibido muchas invitaciones, principalmente de los agentes de prensa de los clubes nocturnos, para celebrar aquella noche en la Calle Grande. Las había declinado todas. Estaba ya parcialmente desvestido: su saco echado al descuido sobre una silla, y la corbata en el suelo, junto a los zapatos. Su camisa y su chaleco floreado, familiares en Broadway, los tenía desprendidos.

Por cuarta vez en la noche sonó el teléfono. Hardin trató de no hacerle caso, y permaneció sentado, contemplando la pantalla, mientras el aparato seguía llamando.

Cediendo a un repentino impulso, se levantó al fin, cruzó el cuarto sin ponerse los zapatos y levantó el tubo.

Quien llamaba era una mujer, que hablaba con un acento extranjero, casi encantador. Bart reconoció la voz de Zita Janos, una bailarina húngara que había trabajado en la resistencia clandestina de Budapest y huido de su país, en el año anterior. Su marido tenía también antecedentes en la lucha por la libertad. Luego fue capturado, y Zita ignoraba si estaba muerto o vivo. Unos meses antes, Hardin había usado su influencia para obtenerle un puesto de bailarina en el club nocturno de Artie Myerson, llamado La Hoja de Higuera.

—¿A qué me llamas a estas horas, en la noche de Año Nuevo? —preguntó Hardin—. Tendrías que estar bailando para los clientes borrachos de Artie.

—Ha sucedido algo terrible, Bart. Algún mozo tonto debe haber dejado caer grasa en el piso. Estaba bailando mi danza egipcia en el *show* de la cena, cuando resbalé y me torcí un tobillo. Dice el doctor que no hay fractura, pero tengo que estar sentada

aquí, metiendo el pie en agua muy caliente con sales. Hay millones de personas felices ahí bajo la ventana del hotel, gritando y riendo porque es casi Año Nuevo, y eso me ha hecho levantar la ventana a pesar del frío. ¿Puedes oírlos?

Sin duda llevó el tubo hasta la ventana, porque Hardin pudo oír a la muchedumbre de Times Square.

—Los oigo tres veces. Por mi ventana, en el televisor y ahora en el teléfono. Es la locura anual de los neoyorquinos.

—¡Pero es maravillosa! Aunque no lo es tanto el estar sola en mi primer Año Nuevo pasado en el país. ¿Estás ocupado, Bart? ¿No podrías venir y acompañarme mientras baja la esfera luminosa y suenan las campanas? No hay más que una cuadra de distancia. ¡Por favor! Trae algo de vino y brindaremos por el Año Nuevo.

—Trataré de llegar. Pero el nuevo año puede llegar e irse mientras yo hago el camino. Faltan doce minutos para las doce y es posible que tarde una hora por cuadra entre esa muchedumbre.

Luego de cortar, se vistió apresuradamente y bajó corriendo los dos tramos de escaleras sin alfombrar que conducían al piso bajo.

La multitud que desbordaba Broadway llegaba a la Cuarenta y Dos, pero podía pasarse. Dos puertas más allá del Circo de Bromberg, Hardin entró en una licorería y compró una botella de Tokay importado. Tenía una vaga idea de que este vino dulce era la bebida nacional de Hungría. Entonces cruzó la calle y se abrió paso a través de la mayor cantidad de seres humanos que jamás se apretaron en un espacio tan pequeño. La presión de la muchedumbre lo empujaba hacia el sur, hacia la Torre Times y su esfera de luces. Debía avanzar hacia el norte, y su tarea parecía imposible. Finalmente se arregló para filtrarse entre la hirviente multitud.

Cuando trató de pasar junto a un grupo de muchachones, éstos lo empujaron con fuerza hasta hacerlo dar contra un edificio. Una saliente de cemento se le encajó en la espalda. Al soltarse sintió que la tela de su abrigo impermeable se rasgaba.

Finalmente llegó a la entrada del hotel donde vivía Zita Janos. Había tardado casi un cuarto de hora para recorrer una cuadra. La próxima vez, se dijo, probaría algo más fácil, como por ejemplo subir a las cataratas del Niágara.

Cuando llegó a la habitación de Zita en el cuarto piso del hotel, al año viejo le quedaban exactamente tres minutos.

Zita había dejado la puerta ligeramente entornada. Bart llamó con unos golpecitos y, al oír la voz de ella, entró en el cuarto.

La joven constituía un espectáculo interesante, sentada junto a la ventana abierta. Tenía la pierna derecha sumergida en una palangana de la que se elevaban tenues volutas de vapor. Vestía una bata acolchada y encima de ésta un abrigo de pieles, porque el viento que azotaba los visillos era muy frío. Por lo común, al ver a Zita, Bart sólo reparaba en su belleza. Su cabello, que parecía de caoba lustrada, caía en remolinos hasta los hombros. La estructura de su rostro era escultural. Pero el detalle más llamativo eran los grandes ojos oscuros. Sin embargo, aun ella quedaba

ligeramente ridícula con el pie y buena parte de la pantorrilla metidos en una palangana. Hardin lanzó una carcajada.

—¡Eres un bruto! —exclamó Zita—. ¿Te parece agradable pasarse la noche de Año Nuevo sola, con el pie metido en el agua?

Bart continuó riendo por lo bajo mientras echaba su rasgado impermeable sobre la cama.

—¿Trajiste el vino, hombre cruel y sin corazón? —siguió Zita—. ¡Apresúrate a abrir la botella! Dentro de un minuto la esfera de luces caerá, y brindaremos. No sabía que hubiera tanta gente feliz en el mundo. Hace poco más de un año estaba mirando por otra ventana, en Budapest, antes de que se llevaran a mi marido, y antes de huir yo. No me gusta recordar lo que vi entonces.

Hardin sirvió dos copas.

—Ponlas ahí en la mesa —dispuso Zita—. Cuando baje la esfera luminosa y llegue el Año Nuevo, podrás besarme, y brindaremos. —Sacudió la cabeza al agregar—: No está bien que me alegre tanto. Debiera pensar en el pobre Artie Myerson, que administra el club. Es ésta la noche más importante del año para él, y le faltan dos números. Poco antes de que me cayera y me torciera el tobillo, el payaso Hughes se fue furioso. Pero no puedo lamentarlo: si no me hubiera caído no habría visto esto.

Hardin no estaba mirando a la multitud. Su vista habíase fijado casualmente en un viejo y sombrío edificio situado del otro lado de la calle, un anacronismo llamado el Hotel Stoneleigh. Era un establecimiento que en un tiempo fuera famoso, pero cuya época había pasado, y que estaba en absoluta decadencia. Se lo llamaba comúnmente Stony Broke<sup>[1]</sup>, desde que la mayoría de sus ocupantes eran ciudadanos arruinados de la Gran Calle.

Sobre el antepecho de una ventana, en el noveno piso, se veía allí una extraordinaria figura, peligrosamente encaramada. Era redonda y ancha como un barril de cerveza, y vestía un saco muy holgado, de amplios cuadros, y los bombachones flotantes de un payaso.

Hardin reconoció la figura de la ventana. Se trataba de Humpty Dumpty<sup>[2]</sup> Hughes, el cómico del club nocturno. Vestía el traje que usaba para su número en La Hoja de Higuera, de Artie Myerson, Hardin lo había visto muchas veces.

Bart se volvió hacia Zita y empezó a decir algo, pero sus palabras fueron ahogadas por un vasto rugido de la muchedumbre.

—¡Mira! ¡Mira! —exclamó Zita—. ¡La esfera de luces está bajando! ¡Es casi el Año Nuevo!

Hardin miró de nuevo hacia el Stoneleigh, en el momento en que la esfera luminosa bajaba lentamente de la Torre Times.

De pronto, el cuerpo de Humpty Dumpty se precipitó al espacio desde el antepecho de la ventana.

El ruido era enloquecedor ahora. La muchedumbre rugía, tañían las campanas, las sirenas aullaban.

La enorme esfera luminosa había completado su descenso. Era ya Año Nuevo.

## Capítulo 3

Hardin había visto caer por el aire la figura de Humpty Dumpty durante sólo un brevísimo instante. En el momento en que Hughes se precipitaba desde el antepecho de la ventana y la ciudad se convertía en un ensordecedor estrépito, Zita se levantó a medias de su silla, a pesar del tobillo lesionado. Extendió sus brazos alrededor de Bart, y trató de besarlo, mientras la esfera luminosa llegaba al pie de la torre.

Hardin habíala apartado rudamente. Durante un momento, apenas, se dio cuenta de que ella se había dejado caer de nuevo en su silla, con una expresión asombrada y ofendida en su hermoso rostro. La atención de Bart se concentraba en el viejo hotel del otro lado de la calle. La abertura del noveno piso estaba vacía ahora. Ni siquiera se veía luz en ella, y tenía las persianas bajas. Bart miró hacia la apiñada masa de gente que llenaba la calle exactamente bajo la ventana donde viera a Humpty Dumpty Hughes. Si el cuerpo había caído sobre aquel gentío, varias personas tenían que haber sido derribadas como palos de bolos, y todos permanecían de pie, gritando alegremente con acompañamiento de campanas y sirenas, y mirando hacia arriba, a las enormes cifras luminosas que señalaban el Año Nuevo en la Torre Times.

Bart meneó la cabeza como un boxeador que está por caer. Se preguntó si todo habría sido una ilusión óptica. Sólo había vislumbrado por un brevísimo segundo el cuerpo que caía. Pero estaba seguro de haber visto un hombre del tamaño y forma de Humpty Dumpty y que llevaba su característico traje, sentado en el antepecho de aquella ventana. Más aún, la silueta oval del bajo y rechoncho payaso se inclinaba tanto hacia adelante que Hardin creyó imposible que se sostuviera por sí mismo en tal postura. Era de creer que una o más personas, ocultas detrás del amplio cuerpo que llenaba casi el hueco de la ventana, estaban sosteniéndolo sobre el alféizar.

Bart bajó el vidrio de la ventana y se volvió hacia Zita. Vio con sorpresa la expresión ofendida de su rostro y sus ojos húmedos de lágrimas. Ella habló en voz tan baja que fue ahogada casi por el ruido —en sordina ahora, debido a la ventana cerrada— de la multitud que hervía abajo.

—Lo siento —dijo Zita—. No creí que te molestara tanto un beso mío en celebración del Año Nuevo.

Bart se inclinó impulsivamente y la besó en la boca.

—Encanto, es muy agradable besarte, en cualquier día del año. Me porté muy mal, y lo siento. Pero es que vi algo enfrente, algo tan raro...

—¿Qué viste?

Hardin se mordió el labio inferior. No quería preocupar a Zita. Quizás ella no había visto la caída del cuerpo, en absoluto. Acaso se trataba de una broma de Año Nuevo por parte de algún borracho. Tal vez la presunta víctima estaría ahora bien segura en su cuarto del hotel.

—Tú mencionaste a Humpty Dumpty Hughes hace unos minutos —expresó—. ¿Dijiste que salió precipitadamente del club, durante el espectáculo?

Algunas líneas de perplejidad surcaron la lisa frente de Zita.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Quizá porque estoy mareado. Esta noche es la única del año en que no bebo un poco de *whisky* irlandés. Es posible que debido a eso vea visiones. Cuéntame lo que hizo Humpty Dumpty y trataré de explicarte.

Zita se encogió de hombros.

—No fue mucho, realmente. Yo me resbalé y me torcí el pie durante el *show* de la noche, un poco después de las nueve. Artie Myerson llamó a un médico y me hizo examinar en el vestuario. El doctor dijo que el tobillo tenía un esguince, y que debía irme a casa y meter el pie en agua caliente con sales toda la noche. Agregó que lo vendería mañana para permitirme andar un poco, pero que no podría bailar por un tiempo. El pobre Artie se arrancaba el cabello. Dijo que ya otro de sus elementos, Humpty Dumpty Hughes, había salido precipitadamente del club después de concluir su número, y que ni siquiera sabía si habría de volver para otros *shows*. Añadió que Hughes había estado bebiendo, y que al terminar el espectáculo envió por un diario, en el cual leyó algo que lo hizo maldecir como un loco. Entonces se limpió el maquillaje con una toalla, se puso un sobretodo encima de sus ropas de escena y salió del local a toda carrera.

Hardin asintió gravemente.

—Eso concuerda. Yo vi precisamente a Humpty Dumpty Hughes, con ese traje disparatado, sentado en el antepecho de una ventana, en el noveno piso de ese viejo hotel de enfrente.

—¿Qué? —exclamó Zita—. ¿Por qué motivo puede haber estado haciendo una cosa así?

—No sé. Exactamente en el instante en que tú ibas a abrazarme, lo vi desplomarse al vacío.

—¡Oh, Dios, no! ¡Tiene que haberse matado! ¡Si cayó sobre esa multitud se ha matado, y herido también a otras personas!

—No te preocupes. No cayó a la calle. Cuando miré otra vez, no estaba en la ventana, pero tampoco había señales de que hubiera caído sobre la gente.

—Pero ¿cómo pudo aterrizar, pues?

—Ese es el misterio. Supongo que no puede haber quedado suspendido en el aire.

—No —repuso Zita—. Pero mira: hay un pequeño balcón, directamente frente a esta ventana, en el cuarto piso. ¿No podría haber caído en él?

Bart reparó por primera vez en la existencia del balcón. Era uno de esos inútiles salientes que tan frecuentemente decoran los edificios del siglo diecinueve. La casa presentaba otros idénticos, en distintos lugares y pisos, pero aquél estaba situado directamente bajo la ventana donde estuviera encaramado Humpty Dumpty, y cinco pisos más abajo. El balcón tenía unos tres metros y medio de largo. Dos ventanas se abrían hacia él, pero no se veía luz en ellas. Estaba rodeado por una baranda de piedra que habría ocultado de la vista el cuerpo.

—Tienes buena vista, querida —admitió Hardin—. Salvo que yo esté con *delirium tremens* seco y mis ojos me jueguen malas pasadas, Humpty Dumpty debe estar ahora tendido en aquel balcón.

—¡Ola, Bart! ¿Crees de veras que está? Debe haberse matado. ¡Pobre hombrecito! Nunca me gustó mucho, pero lo siento por él. Era vulgar y... bueno, grotesco, y sin embargo se creía una especie de conquistador, siempre haciendo insinuaciones. No sólo conmigo, sino con otras muchachas, hasta con Justine, la bailarina de *striptease*, que era dos veces más alta que él con los tacones altos. ¡Oh, Bart, debe haber muerto! ¿Qué podemos hacer?

—Lo indicado es avisar a la policía. Casualmente, uno de mis mejores amigos es un polizone llamado Romano, teniente de Homicidios. Voy a llamarlo.

—¿Homicidios? Pero dices que se cayó de la ventana. ¿Cómo pudo ser eso un homicidio?

—Tengo intensas sospechas de que lo empujaron —repuso Bart, mientras marcaba un número en el teléfono—. De que alguien lo estaba sosteniendo sobre el antepecho. Es lo que parecía.

Pálida y asustada, Zita contempló a su amigo mientras éste hablaba por teléfono. Bart explicó lo que había visto, o creído ver. Convino encontrarse con Romano en el hotel de enfrente. Y el teniente prometió llamar un coche patrullero que recorría la vecindad y ordenar a los agentes que buscaran el cuerpo en el balcón, sin perder tiempo. Había alguna posibilidad de que Humpty Dumpty estuviera vivo todavía.

—¿Por qué no llamamos al hotel y les pedimos que busquen en el balcón? —preguntó ella cuando Bart colgó el tubo.

—Un coche patrullero estará allí dentro de unos minutos. Examinarán el balcón antes de que el encargado entienda lo que yo le diga.

Bart miró de nuevo hacia la ventana de enfrente.

La muchedumbre de Broadway estaba dispersándose hacia las calles laterales y los bares. Agentes montados cabalgaban lentamente por Times Square, despejando la calle para el tránsito normal. Apenas tres minutos pasaron antes de que el coche patrullero doblara la curva ante la entrada del Stoneleigh. Dos agentes uniformados se introdujeron apresuradamente en el edificio.

—Dentro de un minuto sabremos con seguridad lo que ocurrió —comentó Hardin.

Una luz se encendió en la ventana que conducía al balcón. Dos agentes y un hombre vestido de civil, probablemente el gerente nocturno del hotel, aparecieron allí y se detuvieron en el balcón por espacio de unos momentos. Los agentes se pusieron de rodillas, y la baranda los ocultó a la vista de Bart, que podía ver el resplandor de sus antorchas eléctricas.

—No puede haber nadie en ese balcón —dijo Hardin—. Es estrecho, y lo han examinado todo.

Zita suspiró con alivio.

—¡Me alegro tanto! —dijo—. Pero Bart..., ¿entonces, qué fue lo que viste?

—Me parece que vi a alguien que no estaba allí. Bueno, tengo que verme con Romano ahí enfrente. ¿Puedo hacer algo por ti antes de irme?

Ella sonrió.

—El agua se está enfriando. Tengo más calentándose en la pequeña cocina eléctrica donde suelo preparar mi desayuno. ¿Quieres llenarme de nuevo la palangana?

Bart vació el recipiente en el baño, y lo llenó de nuevo como ella le indicara. Zita echó dentro un puñado de sales que tomó de una lata.

—¿Volverás? No nos hemos tomado todavía el vino.

—Me gustaría mucho volver, si tú lo deseas.

Hardin se puso su rasgado abrigo impermeable.

—No tardaré mucho —prometió—, salvo que decidan enviarme a la clínica psicopática.

Las aceras de Broadway estaban aún llenas de gente, pero las calzadas habían sido milagrosamente despejadas de peatones y el tránsito desfilaba otra vez por ellas.

Hardin no vio llegar el coche del teniente, pero Romano y un joven detective llamado Grierson estaban ya en el vestíbulo del Stoneleigh cuando entró él. Ambos dialogaban con el gerente nocturno, un individuo atezado y más bien desagradable, llamado Pérez, a quien Hardin conocía superficialmente.

—Me gustaría saber quién diablos vio ese cadáver en el balcón, teniente —decía Pérez—. El tipo debe estar loco.

Romano era moreno, fornido y de mediana edad. Tenía ojos soñolientos, de pesados párpados, y se movía lentamente, como al descuido, lo cual inducía a error a algunos. Se lo consideraba uno de los mejores detectives en la más importante ciudad del mundo. Hizo una mueca cuando vio que Hardin se acercaba.

—Los presentaré —dijo, dirigiéndose a Pérez—. Este señor del abrigo rasgado y chaleco de fantasía es Bart Hardin.

Pérez miró fijamente a Hardin.

—¿Es usted el que hizo esa denuncia sobre el cuerpo caído? ¿De dónde sacó eso?

—Estaba con una amiga en una habitación del hotel de enfrente, mirando hacia la calle mientras esperábamos la medianoche. Vi a un hombre sentado en el antepecho de una ventana del noveno piso de este hotel. Exactamente al empezar la baraúnda de Año Nuevo, me pareció verlo caer. Su cuerpo no llegó a la calle. Creí posible que hubiera quedado detenido por ese balcón del cuarto piso.

Bart miró a Romano.

—¿No encontraron nada en el balcón? —preguntó.

—Al menos no encontramos a nadie. Todo lo que hallaron los patrulleros, aparte de una porción de colillas de cigarrillo que habían caído de las ventanas, fue un trozo de tacón de goma. Pudo haber sido arrancado del zapato de un individuo que cayera



dentro del balcón. Pero también pudo ser arrojado desde alguna ventana, quizá hace mucho tiempo.

—Había un hombre sentado en el antepecho de aquella ventana —insistió Bart—. Si no cayó, tiene que ser porque regresó a la habitación del noveno piso. ¿Han examinado ustedes esa habitación?

—¿Cuál es la habitación del noveno situada directamente sobre ese balcón? —preguntó Romano.

—Un cuarto de baño —contestó Pérez—. Un cuarto de baño común. No existen muchas habitaciones con baño privado en este viejo agujero. Sus agentes salieron por una ventana de cuarto de baño para meterse en ese balcón del cuarto piso. Los cuartos de baño están situados exactamente unos sobre otros, por requerirlo así el sistema de cañerías.

—Hay dos ventanas en el noveno piso, sobre el balcón —señaló Bart.

Pérez se encogió de hombros. De mala gana consultó un plano del hotel y explicó:

—La habitación 932 está contigua al baño del noveno.

—¿La ocupa alguien? —preguntó Romano.

Pérez lanzó un suspiro y examinó un fichero.

—Un tal señor Duke. George C. Duke. Vive allí desde hace unas tres semanas. Un respetable ciudadano, como todos nuestros clientes.

—¿Sabe usted si estaba en el hotel esta noche?

—¿Cómo he de saberlo? El señor Duke, como muchos otros huéspedes permanentes, lleva encima su llave en lugar de dejarla en la portería.

—Consiga una llave maestra —ordenó Romano—, y llévenos arriba.

—¡Polizontes! —comentó Pérez con disgusto. Tomó una llave de un amplio llavero que había bajo el escritorio e hizo una seña a un soñoliento empleado de cara salpicada de granos—. Atiende el escritorio, Otto. Conviene que la policía nos deba favores.

Los condujo hacia el ascensor, mientras Bart decía:

—¿Conoce usted a un hombre llamado Humpty Dumpty Hughes?

—Sé que es un payaso que hace un número en el bodegón de Artie Myerson en Strip Alley. Y que parece un barril con patas. No lo conozco personalmente.

—¿Lo vio en el hotel esta noche?

—No lo vi *nunca* en este hotel.

Cuando Pérez golpeó en la puerta del número 932, no respondió nadie. El gerente abrió la puerta y tocó una llave eléctrica, encendiendo la luz. El cuarto era cuadrado y pequeño, de moblaje escaso y no muy bien conservado. Las persianas estaban bajadas en toda su extensión sobre la ventana cerrada. En el suelo se veía un vaso de vidrio, que había derramado licor sobre la gastada alfombra. Otros tres vasos conservaban restos de *whisky* y soda; dos sobre una mesa escritorio y otro sobre una cómoda. Sobre ésta había también una botella con algo de bebida en el fondo, y sobre la

cómoda algunas botellas de soda, vacías. En una jarra de vidrio se derretían unos pocos cubos de hielo.

—Parece como si el señor Duke hubiera celebrado él también una reunión —comentó Romano.

—Es la última noche del año —explicó Pérez—. Si tuvo una reunión, fue temprano. Recuerdo ahora que salió aproximadamente a la hora de cenar.

Con un movimiento de cabeza, Romano indicó la jarra.

—Usa una buena marca de cubos de hielo. Duran bastante. —Los ojos soñolientos de Romano se detuvieron en Pérez—. Tuvo que hacerse traer cubos por un mucamo. Si lo hizo, llamó a la oficina. Si llamó a la oficina, usted lo atendió. ¿Por qué, pues, no me dijo que el señor Duke estuvo en su habitación durante la última hora o cosa así?

—¡Por Dios, teniente!, no llamó a la oficina. Hay muchos lugares por aquí donde comprar cubos de hielo. Pudo obtener una caja en cualquiera de ellos.

—No están en una caja, sino en una jarra del hotel.

—Pudo haberlos echado luego en la jarra.

—Hasta luego, Pérez —dijo Romano—. Puede retirarse a su oficina ahora. Si el señor Duke llegara, llame a la habitación. Dejaré un hombre aquí para el caso de que el individuo regrese por la entrada posterior.

—¿Va usted a hacer un caso federal del hecho de que Hardin haya estado viendo doble en la última noche del año?

—Hasta luego, Pérez. Gracias por todo —concluyó Romano.

Pérez se retiró. Romano volvióse hacia el joven detective llamado Grierson.

—Búsquese una silla bien cómoda, o échese en la cama, si lo prefiere —ordenó—. Tendría que estar hace un rato aquí. Haré venir gente del laboratorio a revisar ese balcón por si a los patrulleros se les ha pasado por alto. También haré buscar impresiones digitales en esos vidrios, si el señor Duke no habla claro cuando regrese. Ahora vaya La Hoja de Higuera a ver si Hughes volvió sano y salvo. En caso contrario averiguaré su domicilio e iré a dar un vistazo.

—Me extraña que tome usted esto tan en serio —comentó Hardin—. Pensaba que se limitaría a informar que se trataba de una falsa alarma. ¿Por qué tanto trabajo si después de todo no hay un cadáver?

—Porque conozco sus costumbres, Hardin. Usted no se emborracha nunca la noche de Año Nuevo.

## Capítulo 4

*Eran más de las cuatro de la mañana cuando Hardin y Zita Janos terminaron por fin su botella de vino.*

*Hardin se había retirado ya y Zita estaba echada en la cama, con su tobillo reposando sobre una almohada. Las lámparas estaban apagadas, pero por las ventanas del hotel entraba cierta luz difusa. La mayoría de las luces de Broadway no se apagan nunca, y la ventana, que daba directamente sobre la Gran Calle, brillaba como un panel iluminado en la penumbra. Zita no acostumbraba a bajar las persianas al acostarse, pues las luces tardías y el runruneo del tránsito, aun a aquella hora de la madrugada, le daban una sensación de seguridad, de estar cerca de otros seres humanos. Pensó en Hardin, un extraño tipo de hombre, áspero, rudo, cínico, y sin embargo inesperadamente bondadoso. La había ayudado cuando ella más lo necesitaba. No habría obtenido nunca aquel empleo en el club nocturno si no hubiera sido por la influencia de Hardin ante Artie Myerson. En Hungría había sido bailarina, lo cual la convertiría en un elemento valioso para la Resistencia. Los funcionarios del gobierno y los oficiales del ejército eran en cierto modo como niños inexpertos, y las bailarinas representaban una clase de diversión que faltaba en su frío y disciplinado mundo. A veces, cuando estaban bajo la influencia del vino o el slivovitz, hablaban demasiado. Zita provenía de una generación de mujeres sinceras, y se confesaba a sí misma que Hardin le resultaba físicamente atrayente. No iba más allá en sus pensamientos. Su marido había caído preso en las luchas callejeras de noviembre de 1956, y era posible que se encontrara aún con vida. Acaso nunca pudiera cerciorarse de ello, y mientras tanto no existía para ella la posibilidad de un entendimiento permanente con otro hombre. Dejó caer su despeinada cabeza en la almohada. Debo dormir, se dijo. El doctor vendrá a vendarme el tobillo temprano, y tendré que estar despierta para cuando llegue. Cerró los ojos. Los acechadores estaban allí, como ella sabía que tendrían que estar. Siempre estaban allí, apenas empezaba a perder lucidez su conciencia. No los conocía; eran hombres corpulentos, de anchos hombros y facciones esclavas, aterradoramente impávidos. Acechaban siempre, esperando el momento de llevársela.*

*A aquella misma hora, el viejo cochero de plaza que parecía un esqueleto con sombrero de copa permanecía aún en su parada frente al Hotel Plaza, en el linde del Central Park. Era ya el único que quedaba en la línea. El Plaza, construido a modo de castillo, era una de las reliquias de otra época más graciosa de Nueva York, y los coches de caballos constituían desde hacía mucho tiempo una curiosidad ante sus puertas. Atraían principalmente a los turistas, recién casados y parejas alegres a quienes parecía una gran aventura el dar unas vueltas por el parque al trote de un jamelgo. Habitualmente, el viejo y los otros cocheros daban por terminado su trabajo al anochecer. Pero esta noche era la de Año Nuevo. Eran muchos los*

establecimientos que tenían licencia para estar abiertos toda la noche, y no faltaban risueños borrachos dispuestos a pagar exorbitantes tarifas por dar un paseo en el viejo vehículo. El cochero se había quedado hasta el final. Arrojó la vacía botella de vino, por encima de la pared baja, hacia el parque, y se sintió reconfortado a despecho del frío y la nieve.

—Dentro de unos minutos, Roscoe —dijo hablando con su caballo—, si nadie nos llama, te llevaré al establo y te acostaré en linda paja caliente.

El viejo jamelgo estaba profundamente dormido sobre sus cuatro patas, pero al viejo le pareció que inclinaba la cabeza en señal de asentimiento. En ese momento, un automóvil grande y oscuro se arrimó al cordón de la acera, a unos quince metros de distancia, en las sombras. Un hombre corpulento salió del coche. Tenía levantado el cuello del sobretodo, y el ala del sombrero caía sobre el rostro. Hizo una seña con la mano al cochero, y echó a andar hacia él, a buen paso.

—¿Viste, Roscoe? —susurró el viejo—. Al final levantamos un viaje.

No podía imaginarse la clase de viajero que le tocaba.

El hombre de los uñas pulidas se miró los dedos y dejó escapar una risita de desaprobación. Estaban manchadas. La manicura los había echado a perder. Una de ellas estaba resquebrajada y partida.

La bailarina de striptease, alta y pelirroja, cuyo nombre era Justine, llegó por fin a su casa. Su casa era un departamento de un solo ambiente en una calle lateral de Broadway. Sentóse en la cama, sacudió sus zapatos y se quitó las medias de sus largas y bien formadas piernas. Luego sacó de la mesita de luz un pote de crema y comenzó a darse masajes, suavemente, en los pies. ¡Qué noche!, pensaba. Dos ejecutantes de menos, en la víspera de Año Nuevo. Se preguntó qué habría sucedido en caso de tener que bailar un número más. Quizá hubiera tenido que arrancarse también la piel. Se preguntó por qué algún fulano con mucho dinero no se entusiasmaría por ella. Pero los fulanos eran escasos en estos tiempos, debido al impuesto a los réditos. Los que aún quedaban eran en su mayoría bajos, gordos y calvos, y se sentían incómodos al lado de la mujer que ocupaba el segundo lugar entre las más altas de Broadway. Se habría conformado con cualquier ingenuo que contara con un empleo de quinientos dólares por semana y un modesto departamento, si lograra inducirlo a casarse con ella. Ya había pasado de los treinta, aunque no confesaba sino veinticuatro, y los treinta eran la edad crítica para una muchacha de Broadway. Tal vez debería haber aceptado a aquel horrible Pequeño Humpty Dumpty cuando le hizo otra de sus tantas proposiciones. Completó su último striptease de la noche, se cubrió con la ropa de cama y lanzó un suspiro de cansancio.

El detective de mediana edad, de apellido Romano, estaba de vuelta en su oficina de Manhattan Oeste. Había dado muchas vueltas sin encontrar gran cosa. Humpty

*Dumpty Hughes no había regresado al Club La Hoja de Higuera, ni a su departamento. El misterioso señor Duke tampoco dio señales de vida en el hotel. En el balcón del cuarto piso del Stoneleigh, la basura estaba esparcida, pero eso podía ser consecuencia del paso por allí de los patrulleros. Los vasos de la habitación 932 presentaban impresiones digitales, y algunas pudieron ser enviadas al laboratorio, aunque la mayor parte de ellas, como de costumbre, estaban borrosas. El público tenía demasiada confianza en las impresiones digitales. Eran útiles cuando el ladrón condescendía a dejarlas en la escena de su delito, en tal caso podía buscarse en el fichero hasta encontrar un tipo cuyos métodos se parecieran a los del ladrón que se buscaba, y cotejar sus impresiones. Pero con demasiada frecuencia los asesinos carecían de antecedentes delictuosos, de modo que no era posible comparar las impresiones antes de haberlos capturado. Romano decidió dormir en el duro sofá de su oficina, más bien que hacer el largo viaje en subterráneo hasta su casa en Bronx. Siempre dormía en aquel sofá cuando tenía entre manos un caso de homicidio. Esta vez no estaba seguro de que se tratara de eso, pero dormiría allí de todos modos. No creía que Bart Hardin padeciera alucinaciones. Hardin había visto algo. Y a Romano no le gustaban las evasivas, ni menos las mentiras directas, de Pérez, el gerente nocturno del Stoneleigh. Al teniente le hormigueaba todo el cuerpo, como le ocurría siempre cuando sospechaba que se había cometido un asesinato y no podía probarlo.*

*El hombre de rostro arrugado, cuyo cuerpo era como el de un muchacho a medio desarrollar, tenía mucho miedo ahora. Miedo no, pánico. Huía. Tenía que encontrar un sitio donde ocultarse.*

## Capítulo 5

Eran cerca de las cinco de la mañana y Hardin, a pesar de su resolución de irse a dormir a medianoche, no se había acostado todavía. No estaba acostumbrado a beber vino, y el Tokay habíale dejado cierto empalagoso gusto que él estaba tratando de quitarse con *whisky* irlandés. Se había despojado de los zapatos, el saco y la corbata, y estaba una vez más confortablemente repantigado en su departamento. No tenía que trabajar hoy; él y Pops Taylor, el redactor de carreras del *Broadway Times* tenían un acuerdo acerca de los días feriados. Hardin había realizado la tarea de Pops el día de Navidad, y Pops cubriría la de él en el de Año Nuevo.

Las últimas horas habían sido muy agradables para Bart, como siempre lo eran las horas pasadas con Zita. Casi llegaron a olvidar la imagen de aquella figura en forma de huevo, precipitándose al espacio. Hardin no estaba ya convencido de haber visto caer a Humpty Dumpty de la ventana, pero sí tenía la certeza de que Humpty Dumpty estuvo sentado en el antepecho. Probablemente se trataba de algún borracho, de corta estatura, en una reunión de Año Nuevo.

Terminó el *whisky*, se levantó y dirigióse al dormitorio.

De pronto sintió que alguien llamaba a la puerta del departamento.

La puerta de calle del edificio nunca estaba cerrada, por dos razones. Daba al Circo de Bromberg, del mismo modo que las viviendas situadas arriba. Además los inquilinos de Bromberg eran bohemios de Broadway que frecuentemente extraviaban sus llaves.

Hardin vaciló un momento, y el llamado se repitió, mucho más fuerte ahora. Se dirigió entonces a la puerta y la entreabrió unos centímetros.

Casi lanzó una carcajada a la vista del espectro que estaba ante él. La figura huesosa, vestida de negro, parecía la caricatura de un cochero de funeraria. Llevaba capa de cochero, y un sombrero de copa, abollado. Su rostro delgado y cadavérico estaba cubierto a medias por una áspera barba gris.

—¿El señor Hardin? —preguntó el esqueleto—. ¿El señor Bart Hardin?

Bart asintió con la cabeza.

—Traigo un obsequio para usted, ahí abajo, en mi coche. Tendrá que ayudarme, pues soy demasiado viejo para subirlo solo por estas malditas escaleras.

—¿Quién es usted?

—Nada más que un viejo cochero de plaza que hace lo que puede, señor. Me llamo Lew Bantry, si eso le importa. Tengo un coche en la línea del Hotel Plaza. Mi viejo caballo *Roscoe* está helado y muerto de cansancio, y tengo que llevarlo al establo. Venga y ayúdame a traer ese obsequio.

—¿Qué obsequio?

—Está en mi coche, señor. Creo que se trata de una sorpresa.

El viejo volvió la espalda y echó a andar hacia la escalera. Hardin se encogió de hombros. Era evidente que no obtendría más datos hasta que bajara a la calle. Tomó

su abrigo impermeable, se lo echó sobre los hombros y siguió a la figura de ave de rapiña que descendía ya.

El coche estaba detenido justamente enfrente del Circo. No llamaba mucho la atención, pues la calle estaba al fin desierta, y sólo algunos parrandistas rezagados se tambaleaban por allí ahora, sin reparar ni siquiera en cosa tan poco usual como un coche de plaza en Times Square. Un coche cerrado, más adecuado para la Baker Street de Sherlock Holmes que para el Broadway de Bart Hardin.

—Está dentro, señor —dijo el cochero, y una mueca se dibujó en su rostro de calavera.

Hardin abrió la portezuela del coche. Sobre el asiento se veía una figura despatarrada, cubierta hasta el cuello por la manta de viaje. La cabeza estaba echada hacia atrás como la de un borracho, y el sombrero, caído hacia adelante, ocultaba la cara. Hardin empujó hacia atrás la cabeza de aquella figura, cuya ancha cara presentaba rasguños. Arrancó la manta de un tirón. Bajo un sobretodo se veía un saco de grotescos cuadros y un par de pantalones en forma de bolsa.

—Estaba así cuando me lo trajeron —dijo el coche—. Me dijeron que era un amigo suyo, y que usted lo cuidaría. Borracho como una cuba, eso es lo que está.

Bart examinó la figura del coche.

Humpty Dumpty Hughes no estaba borracho. Estaba simplemente muerto.

Bart se apartó precipitadamente del coche, cerrando de un golpe la portezuela. Luego aferró al gesticulante cochero, tomándolo por la amplia capa.

—Dígame todo lo que sabe, y hable claro —ordenó—. Ese hombre está muerto. Y asesinado, estoy seguro.

La mueca se heló por un momento en la cara del viejo, cuya expresión se convirtió en otra de pánico. Hizo un esfuerzo por desprenderse de Bart, pero éste agarró la capa con ambas manos y sacudió al individuo violentamente.

—¡Maldito sea, dígalo! ¡Y bien claro!

Al principio, el aterrorizado viejo sólo pudo balbucear palabras ininteligibles. Por fin se le soltó la lengua:

—¡Le juro, le juro, señor! ¡No sé nada de eso! Ni siquiera lo puse en el coche. Estaba por subir al pescante y llevar al viejo *Roscoe* de vuelta al establo, cuando aquel automóvil grande llega y se detiene a algunos metros de distancia, y aquel tipo grandote baja y me hace señas. Entonces se acerca y me dice que él y sus amigos quieren jugarle una bromita a alguien. Dice que tiene en el auto a un borracho que no puede ni caminar y que quiere enviárselo a un amigo de la Calle Cuarenta y Dos. Dice que el amigo bajará, lo recogerá y lo llevará a la cama. Yo digo que no lo haré. Entonces el tipo me pone algo bajo la nariz, y me dice que mire, y yo veo que es un billete de cien dólares. Nunca vi tanto dinero junto. Le dije que bueno, pero que tendría que cargar él al pasajero, y el tipo del otro lado tendría que ayudarme a subirlo.

»Entonces dice que muy bien, y vuelve a su auto, y entre él y otro tipo grandote

empiezan a arrastrar a ese gordito hacia mi coche. Yo pensaba que el gordo estaba borracho, nada más. Hay muchos borrachos así por Nueva York la noche de Año Nuevo. Bueno, lo ponen en el coche, lo tapan con la manta y cierran la puerta. El tipo me da este billete y me dice que entregue el envío a Bart Hardin, que vive en un departamento de la calle Cuarenta y Dos justo sobre el Circo. ¡Y eso es todo lo que sé, señor, por Dios!

—¿Qué aspecto tenía el hombre?

—Era grandote. No podría decirle más... Grandote. Hacía frío, y los dos tenían el cuello del sobretodo levantado, y el ala del sombrero bajada, y estaba oscuro.

Hardin vio que un automóvil patrullero llegaba hacia la calle Cuarenta y Dos desde Broadway. Soltó al viejo Lew Bantry y se alejó por la calle haciendo señas con el brazo hacia los agentes. En el momento en que el viejo cochero se vio libre huyó por la Octava Avenida a velocidad sorprendente. Hardin no trató de seguirlo, preocupado por llamar a la policía. Cuando el automóvil llegaba, el viejo Lew había doblado ya la esquina de la avenida.

Hardin expuso la historia en pocas palabras. Cuando concluyó, ya era demasiado tarde para alcanzar al fugitivo cochero.

—No importa —dijo uno de los agentes—. Tiene el número de licencia en el coche. Ya lo buscaremos.

El otro agente estaba examinando el cadáver que yacía dentro del vehículo.

—¡Qué cosa rara! —comentó, saliendo del coche y meneando la cabeza—. Tiene un agujero de bala bajo el corazón, pero apenas ha salido sangre.

—Informa por radio —sugirió el primer agente, y el que había examinado el cuerpo se acercó al automóvil y comenzó a hablar por el micrófono.

—¿Por qué le enviaron a usted el cadáver? —inquirió el que había quedado con Hardin—. ¿Era usted amigo de ese tipo a quien llama Humpty Dumpty?

—Lo conocía de vista y lo vi trabajar, pero apenas lo traté personalmente.

El oficial que había informado por radio regresó.

—Lo que dice este tipo es cierto —dijo a su compañero, señalando a Bart con la cabeza—. Hizo una denuncia poco después de medianoche, antes de salir nosotros de recorrida. Dijo que había visto a ese Hughes sentado en el borde de una ventana, y que se había caído de allí, o lo habían empujado. Beach y Anderson tenían el coche que ahora conducimos nosotros. Ya venían, pero contestaron el llamado, y por eso se retrasaron.

—Yo hice la denuncia al teniente Romano, de Manhattan Oeste. ¿Lo conocen?

—¡Quién no conoce a Romano! —comentó uno de los dos policías.

—Me gustaría ir arriba y llamarlo desde mi departamento —dijo Blake.

—Esto es un caso de asesinato, y Romano se hará cargo de él, si está de turno. En cuanto lleguen los detectives, lo acompañaré a usted arriba. Querrán formular algunas preguntas.

Los detectives no tardaron mucho en llegar. El agente acompañó a Hardin hasta el



departamento, y muy poco después se oyó un discreto llamado en la puerta. Romano venía solo, muy soñoliento al parecer. Suspiró profundamente y se dejó caer en una silla.

—¿No me necesita ya, teniente? —preguntó el patrullero.

—No. Yo me haré cargo de todo.

Cuando el agente se hubo retirado, Romano se volvió hacia Bart.

—¿Encontró usted algo realmente digno de atención en ese cadáver del coche?

—No lo miré sino para asegurarme de que era Humpty Dumpty y que estaba muerto. Pero el agente que lo examinó dijo que tenía un agujero de bala bajo el corazón, y que había sangrado muy poco.

—Hay una cosa rara —Romano asintió con la cabeza—. Está un médico de policía ahí abajo, y tiene una teoría. Dice que la hemorragia fue escasa, y que la sangre era descolorida, lo que significa a juicio de él que alguien le metió una bala a Dumpty después de un buen rato de muerto. ¿Llevaba Hughes sobretodo y sombrero cuando usted lo vio en la ventana?

—Estaba en cabeza. Tampoco tenía sobretodo sobre ese saco de colorinches que usaba en su número.

—¿Se fijó usted si tenía zapatos?

—Supongo que di por sentado que los tenía, pero no podría jurarlo.

—Eso es lo raro. Humpty Dumpty estaba envuelto en un sobretodo y un ropón suelto, y tenía puesto su sombrero, pero no los zapatos. Ni éstos se encontraron tampoco en el coche.

El teniente bostezó, prosiguiendo luego:

—Si usted lo vio realmente caer de aquel antepecho sin sobretodo ni sombrero, eso puede probar que el médico de policía está en lo cierto. La bala perforó el sobretodo. Vivo o muerto, el hombre tenía puesta esa prenda cuando le dispararon el tiro.

—Usted ha estado dando vueltas desde que lo vi por última vez —insinuó Bart—. ¿Descubrió algo?

—Poco más que nada. Descubrí que ese Humpty Dumpty compró un diario, le echó un vistazo y salió a toda prisa de La Hoja de Higuera, tal como dijo la señorita Janos. No regresó. Fui a su departamento. Tampoco estaba, pero yo me abrí paso con la insignia. Se trata de un departamento amueblado, y lo único que había en él, aparte de los muebles y algunas ropas, era una gran pila de diarios, todos ejemplares de ése en que usted trabaja. Debía tener cien *Broadway Times* amontonados en un rincón.

—Eso no es muy raro. Nosotros publicamos noticias de Broadway. Además publicamos resultados de los aprontes y carreras. Sé que Humpty Dumpty era jugador.

—Sí —admitió Romano—. Había también otras publicaciones de la misma índole.

—Lo que no puedo figurarme —dijo Hardin— es por qué me trajeron a mí el

cadáver.

—Se explica fácilmente. Fue usted quien denunció que Humpty Dumpty había caído de esa ventana del Stoneleigh.

—No sé cómo supieron que yo hice eso, si no fue porque el misterioso señor Duke regresó a su cuarto.

—No regresó. Ni siquiera sé por dónde empezar a buscarlo. No encontré ni siquiera marcas del lavadero de sus ropas: debe habérselas lavado él mismo. Usaba esa nueva clase de camisas que usted lava y cuelga y no necesitan planchado. No había ni un trozo de papel en la habitación: sólo esas pocas ropas baratas, a juzgar por las cuales el señor Duke era un caballero de muy escasa estatura. No, no regresó al hotel. Pero puede haber llamado a Pérez por teléfono.

—Se me ocurre que el crimen pudo muy bien ser obra de una pandilla —conjeturó Hardin.

—¿Por qué?

—Porque sé algo acerca de los pandilleros de Broadway. Por ejemplo, que tienen un peculiar sentido del humor. Se tomaron mucho trabajo y corrieron un riesgo considerable al hacerme llegar ese cadáver en un coche de plaza. A estas horas deben estar revolcándose de risa con el chiste que me hicieron.

—Sí —admitió Romano—. Yo también sé algo sobre el humor de los pandilleros. En los días en que la banda de Marletto operaba en esta ciudad, andaba por ahí un expresidiario llamado Skeeters Blake. Cada detective tenía asignados a su servicio algunos soplones, y Skeeters era uno de los míos. Una mañana desapareció. Pocos días más tarde recibí un paquete grande por expreso, y dentro encontré la cabeza de Skeeters. A aquel Marletto le gustaban los buenos chistes lo mismo que a todos.

## Capítulo 6

Hardin fue interrogado también, aquella mañana, por otros detectives del distrito y tuvo que repetir su historia varias veces. Por medio de Romano, obtuvo una concesión: la de que no se molestara a Zita con preguntas hasta más tarde. Al menos que la dejaran descansar un poco, pensaba Bart.

Eran cerca de las siete cuando se fue a dormir. La nieve caía pesadamente tras las ventanas, y amanecía el primer día del nuevo año. Hardin estaba muerto de cansancio pero con demasiada tensión nerviosa para conciliar el sueño. El nombre «Duke» continuaba repitiéndose en su cabeza. En alguna parte, alguna vez, había conocido a alguien llamado Duke. Era un apellido poco usual, asociado con la mente del público con una gran universidad y una familia norteamericana inmensamente rica. Pero como apodo era muy común. Hardin conocía a mucha gente en Broadway y en el ambiente deportivo, y era probable que más de uno de ellos fuera llamado «Duke». Sólo podía acordarse de uno, un boxeador, conocido como Duke Schmidt. Desechó a Schmidt inmediatamente: las ropas del misterioso señor Duke, había dicho Romano, eran de un hombre muy pequeño, y Schmidt era un peso pesado.

De cualquier manera, no era difícil que el nombre fuera un alias. Pero estaba asociado definitivamente con alguien que a su vez tenía conexión con Humpty Dumpty Hughes. Hardin no habría podido explicar por qué le parecía probable eso, pero así era.

Finalmente se durmió.

Su sueño no fue largo. Poco después de las nueve, llamó el teléfono.

Quien llamaba era Zita Janos. Le dijo que la policía acababa de retirarse, que la habían interrogado bastante detenidamente, pero que ella no pudo suministrar sino una información muy limitada. Hardin sintió fastidio contra sí mismo. Se había dispuesto a llamar a Zita y prepararla para las molestias que la esperaban, sin pensar que los polizontes se le adelantaran llegando a aquella hora tan temprana.

—Todo está bien —agregó ella—. Ya estaba despierta, porque Artie Myerson me habló más temprano aún. Está enloquecido. No puede conseguir gente para reemplazarme a mí y a Humpty Dumpty inmediatamente, y quiere que yo actúe esta noche. El médico vendrá dentro de un rato para que pueda andar, un poco rengueando. Le dije a Artie que iré.

—¡Pero no puedes bailar con un tobillo dislocado! —protestó Hardin.

—No. Pero yo también canto. En vez de danzas gitanas, cantaré canciones gitanas esta noche. ¿Por qué no te vienes al club? Nunca me has oído cantar, ¿verdad?

Hardin prometió ir a La Hoja de Higuera aquella noche.

Se dio una ducha, se afeitó y se vistió. Luego caminó bajo la nieve, Broadway arriba, hasta la Cazuela de Cobre, un restaurante donde tomaba su desayuno casi siempre. Cuando concluyó su jamón con huevos y varias tazas de café negro, llamó por teléfono a Romano.

Este le informó que ya estaba lista la autopsia. Humpty Dumpty Hughes no había muerto, ciertamente, de una herida de bala. Varios huesos rotos, y lesiones internas, fueron la causa inmediata de la muerte. La autopsia confirmaba el primer informe médico de que la bala había sido disparada bastante tiempo después del deceso.

—Tuvimos que llamar a un agente montado para llevar el coche de plaza a un establo de la policía, donde lo retienen para ser examinado por los expertos de Investigaciones —explicó Romano—. Era el único agente de Nueva York que sabía conducir un caballo y un coche.

—¿Encontraron al cochero?

—Le seguimos la pista por la licencia, y dimos con él en una habitación amueblada de la calle Veintiocho Oeste. No pudo contarnos nada que ya no le hubiera dicho a usted. Dice que le entró el pánico cuando usted le reveló que lo que había en el coche era un muerto, y que no atinó sino a escapar. Jura que ni siquiera notó que el hombre que le metieron en el coche no tenía zapatos.

Hubo una pausa. Romano prosiguió:

—Quisiera encontrar los zapatos de Humpty Dumpty. En ese caso tendría posiblemente algo para continuar. Pasamos el peine fino por su habitación, pero sólo averigüé una cosa: que ese diario que Hughes miró antes de salir del club era una edición nocturna de un tabloide de la mañana. Bien: ¿qué supone usted que pueda haber leído el tipo para salir corriendo?

—Quisiera saberlo. ¡Son tantas las cosas que traen los diarios!

—Según mis informes, el hombre echó un vistazo rápido a la primera página y salió del club. Revisé esa edición con una lupa sin encontrar nada que se relacionara con Humpty Dumpty Hughes en particular.

—Si no le importa —pidió Hardin—, me gustaría visitar ese departamento de Humpty Dumpty.

—De acuerdo. Estaré allí a mediodía aproximadamente. Podrá encontrarme en el edificio.

Romano dio a Bart la dirección, y colgó el tubo. Hardin tenía libre el día, pero decidió ir a la oficina de todos modos. Alguien tenía que redactar la historia de Humpty Dumpty Hughes en el *Broadway Times*, y él era el más indicado para hacerlo. El periódico salía poco después de las siete de la noche. Desde que no aparecían diarios de la tarde el día de Año Nuevo, y como el coche había llegado al departamento demasiado tarde para las publicaciones de la mañana, la información podía resultar un buen éxito periodístico. Humpty Dumpty era una figura bien conocida en Broadway y su asesinato figuraba entre las noticias de primera plana para un diario como el de Hardin.

A través de la nieve que seguía cayendo, echó a andar por un Broadway casi desierto. Dobló hacia el oeste en la Cuarenta y Nueve, cuyos comercios estaban cerrados en su mayoría. Uno de ellos, lo sabía bien, se abriría muy pronto. Su aspecto era el de una cigarrería, pero detrás se ocultaba el establecimiento de apuestas de Moe

Selig, el más importante de Nueva York. En los hipódromos del Sur y del Oeste habría carreras el día de Año Nuevo, y Moe tendría que estar a mano para atender a quienes deseaban jugar.

Hardin se dirigió hacia el norte por la Octava Avenida, y en la esquina de la Cincuenta y Uno dobló hacia el antiguo cuartel de bomberos que ahora servía de redacción al *Broadway Times*.

La mayoría de los redactores del diario no llegaban hasta mediodía. En la vasta extensión de la ciudad, la figura del viejo Pops Taylor, el redactor de carreras, era única. Había estado sentándose ante el escritorio en forma de herradura más de cuarenta años.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Pops—. Pensaba que era yo quien se entendería hoy con todo esto.

Bart narró a Pops el asunto de Humpty Dumpty, agregando que había ido a escribir el artículo correspondiente, y que el mismo Pops podría obtener más noticias hablando con Romano, de Homicidios.

Se introdujo luego en la casilla de placas de fibra que servía al director gerente del *Broadway Times* como oficina, y se pasó casi una hora escribiendo el relato de la extraña muerte de Humpty Dumpty. Volvió luego a la redacción y echó las cuartillas sobre el escritorio de Pops.

—Una formidable película —opinó el viejo Taylor, mirando por sobre sus anteojos en media luna—. Se me ocurre que el tipo a quien busca Romano es precisamente el ocupante de esa habitación del hotel.

—Ese nombre, «Duke», me da vueltas en la cabeza. ¿No conoces a algún individuo llamado así, Pops?

—Claro que sí. Estoy muy vinculado con la aristocracia. La otra noche estuve en una reunión con el duque de Windsor y el duque de Edimburgo.

—Me voy ahora —Hardin esbozó una sonrisa—. No apuestes a demasiados perdedores.

La casa de departamentos donde vivía Humpty Dumpty Hughes estaba al Oeste de la calle Cincuenta, no lejos de la redacción. Hardin abrió una amplia puerta de vidrios y entró en un vestíbulo de diseño modernista, con baldosas blancas y negras.

Era mediodía, pero Romano no había llegado aún.

Bart se sentó en una incómoda pero moderna silla. Cinco minutos después, entró Romano.

—Lamento haber llegado tarde —dijo el teniente—, pero me detuve en el camino para echar un vistazo en el Stoneleigh. El señor Duke no ha vuelto todavía. Dejé un agente de guardia para el caso de que lo haga. Tengo otro agente en el departamento de Hughes. No necesitaremos llave.

Condujo a Hardin a un ascensor de manejo automático. Subieron hasta el cuarto piso, y el detective llamó a una puerta situada al final de un largo corredor. Respondió un agente que acababa de levantarse de su asiento ante un aparato de televisión en

marcha. El desfile del Torneo de las Rosas avanzaba lentamente a lo largo de un bulevar en Pasadena.

—¿Alguna novedad? —preguntó Romano dirigiéndose al de uniforme.

El joven sacudió la cabeza.

—Ningún visitante, ninguna llamada. Hay tres cartas sobre el escritorio que debieron llegar ayer, a juzgar por los sellos. No están abiertas.

—¡Ah! Ya las advertí cuando estuve aquí la otra vez. Son propaganda. Pero supongo que podríamos abrirlas.

El teniente se acercó al escritorio y tomó las cartas. Las abrió con un cortapapeles muy ornamentado.

—Esta última no deja de ser graciosa —dijo—, dadas las circunstancias. Procede de una fábrica de calzado ortopédico. Humpty usaba zapatos de ese tipo. Encontré cuatro pares de ellos en el armario.

Llevó a Bart al dormitorio y abrió el mueble indicado. Hardin pudo ver los cuatro pares de zapatos.

—Todos sus trajes y zapatos estaban hechos por encargo, a juzgar por las etiquetas. Supongo que necesitaría calzado ortopédico; sus pies tenían que soportar un buen peso.

El teniente tomó uno de los zapatos y se lo pasó a Bart. Era muy ancho, y en el interior llevaba marcada la medida: 11-E. Estaba reforzado bajo el arco del pie, forrado con cuero. En el lado interno del tacón llevaba la marca «Seeger. Calzado Ortopédico. Hecho a mano».

—Confronté con éstos el pedazo de tacón que encontramos en el balcón del hotel. El hombre debía gastar sus tacones muy rápidamente. Algunos de estos zapatos están prácticamente nuevos, pero todos tienen colocados tacones de repuesto. Y esos tacones no son de la misma fabricación. Los tacones de goma de esos zapatos que están en el armario son todos diferentes, y el que yo recogí en el balcón no hace juego con ninguno de ellos. Debe haber encargado los zapatos con tacos de goma, y en cambio, a mi juicio los que llevaba anoche eran un par nuevo con los tacones originales. De cualquier modo, el pedazo que yo encontré tiene las letras «ER» claramente impresas. Podría corresponder a «Seeger», la manera que está ahí dentro. Hay una cosa, sin embargo...

Romano sacó de su bolsillo un sobre, y de éste un fragmento de tacón de goma, de forma aproximadamente triangular. Colocó el fragmento sobre el tacón del zapato que Bart tenía en la mano.

—¿Ve? —comentó—. Podría ser un trozo de tacón correspondiente a esta medida. Volvió a colocar el pequeño objeto en el sobre y se lo guardó.

—Si puedo encontrar el zapato a que corresponde este trozo de goma, no necesitaré su palabra para creer que Humpty cayó de aquella ventana del Stoneleigh y aterrizó en el balconcito. Sin el zapato, ésta es una prueba bastante endeble.

—Por eso tal vez se perdieron los zapatos. Los asesinos debieron notar la falta de

ese pedacito y supusieron que usted lo en contraria, como en realidad sucedió.

—Hay algún indicio material más —prosiguió Romano—, pero no significa mucho a esta altura de las cosas. Esos vasos que vimos en la habitación de Duke presentaban muchas impresiones digitales, pero casi todas borrosas; sólo un par de ellas pudieron ser clasificadas. Encontrar a quién pertenecen ya es otra cosa. Tomamos las impresiones de Humpty, naturalmente, pero si él tuvo en la mano uno de aquellos vasos, sus huellas se borraron o confundieron. Las que tenemos no pertenecen a nadie cuya pista podamos seguir fácilmente. Pueden sernos útiles si llegamos a dar con un sospechoso y tomarle las impresiones, por cierto. Y, aunque a usted le cueste creerlo, las fichas dactiloscópicas de una gran ciudad como ésta no registran ninguna que pertenezca a una persona cuyo apellido sea Duke.

—Se me ocurre algo más —dijo Hardin—, aunque supongo que usted ya lo habrá tenido en cuenta. Hasta hoteles como el Stoneleigh exigen a sus huéspedes, al registrarse, que indiquen su domicilio permanente. Nuestro misterioso señor Duke debe haber dado alguno.

—Sí dio. En Elmont, Long Island. Ya lo verificaremos. Corresponde al hipódromo de Belmolt Park.

—En el Stoneleigh no limpian ni lustran los muebles con demasiada frecuencia —siguió Bart—. El señor Duke puede haber dejado algunas impresiones digitales en ellos.

—También ellas están borrosas. Los muchachos del laboratorio espolvorearon todo lo que pudiera tener alguna impresión. Encontraron algunas bastante nítidas, en particular en un frasco de loción para después de afeitarse. Lo malo es que las impresiones del frasco y las de los vasos no concuerdan. Eso puede significar un par de cosas. Por ejemplo, que los dedos de Duke sólo dejaron manchas borrosas en los vasos, o bien que las impresiones de los vasos eran de Duke, pero que corresponden a distintos dedos que las de los muebles y el frasco. Del mismo modo, las que encontramos en la habitación pueden pertenecer a la mucama encargada de la limpieza. Sólo el tamaño puede indicar si una impresión es masculina o femenina, y ese Dulce, a juzgar por sus ropas, era un tipo de muy poca estatura, con manos probablemente muy pequeñas. Hay otra cosa rara, sin embargo: las impresiones que hay en la habitación, todas, provienen de manos grandes. No parece probable que el hombre a quien corresponden esas ropas tenga tales dedos.

Hardin tenía el entrecejo fruncido, los ojos cerrados a medias. Romano lo miró atentamente.

—Se diría que usted está pensando algo realmente difícil —comentó.

—Algo me zumba en la cabeza, sí. Tengo una vaga idea de que conozco a alguien llamado Duke, y que éste puede estar relacionado de un modo u otro con Humpty Dumpty Hughes. Lo que usted dice parece encajar en esa idea. No sé por qué, pero me parece lógico que si conozco a ese Duke, se trata de un hombre pequeño con manos grandes. Sólo que no puedo imaginarme quién diablos puede ser.

—Ha elegido un buen momento para perder la memoria —comentó Romano con amargura.

El teniente indicó una alta pila de diarios amontonadas contra la pared del cuarto de baño.

—Tenía usted un asiduo lector —opinó—. Todos éstos son ejemplares del *Broadway Times*.

Bart se acercó a la pila de diarios. Junto a ésta había otro montón de periódicos, de tamaño más pequeño. Tomó uno y lo examinó con curiosidad.

Era una de las muchas hojas dedicadas a las carreras de caballos que se venden en los puestos de periódicos. Bajo la leyenda: *Turf Kings Weekly* se veía un dibujo que representaba a un caballero muy serio con una corona en la cabeza, bajo el cual decía: «Willie Goetz, el Rey del Turf. Director y Editor».

Hardin conocía al anotador de apuestas que se daba a sí mismo el nombre de «Rey del Turf». Goetz se había iniciado en el lado turbio de las carreras de caballos a edad muy temprana, más de veinte años atrás. Había fundado muchas publicaciones del ramo, que no eran sino simples anzuelos ideados para atraer a posibles apostadores a su oficina, donde pudiera sugerírseles la idea de hacer apuestas importantes sobre un «seguro ganador». Esa clase de individuos operaban siempre sobre el mismo principio básico: que el ciudadano respetable tiene siempre en él una veta de ladrón. Operaban dentro de un nebuloso límite legal; practicaban el fraude, pero en un aspecto donde no existía ninguna ley específica que los reprimiera.

Hardin hojeó las seis páginas del periódico, compuestas en su mayor parte de columnas con títulos como: «Los caballos que deben ganar», «Favoritos de *Turf King*» y otros semejantes. Había tantos caballos en la lista que, por la simple ley de las probabilidades, uno o dos de ellos estaban destinados a ganar y podían ser dados como «fijas» para la próxima semana.

Pero la verdadera sustancia de aquella hoja eran los anuncios. Ofrecían datos especiales «Sello de Oro», por sólo diez dólares, y otros, reservadísimos por cincuenta. Para obtenerlos, la víctima debía escribir a la oficina del victimario. En cuanto había dado su nombre y dirección, la presión comenzaba. El probable cliente recibía un diluvio de correspondencia, telegramas y llamados telefónicos incitándolo a invertir una suma mayor y sacar verdadero provecho.

Hardin anotó las señas de la dirección del *Turf King*. Como lo esperaba, estaba en la calle Treinta y Dos oeste, en el barrio de las tiendas. Algunos anotadores de apuestas tenían todavía sus oficinas en los edificios más estropeados de Times Square, pero por alguna oscura razón la mayoría de ellos operaba ahora en el barrio de las tiendas por mayor.

—Me gustaría llevarme uno de esos «Turf King's Weeklis», si usted no tiene inconveniente —rogó.

Romano lo miró con curiosidad.

—Llévelo. Puede que acierte un ganador.



Hardin se metió el papelucho en el bolsillo y cruzó el recibidor, hacia la puerta de salida. El agente de uniforme estaba sentado en una silla, mirando el desfile del Torneo de las Rosas en la pantalla del televisor.

Mientras él abandonaba el departamento, el locutor decía:

—Como ustedes saben, el tema del desfile de este año son los personajes de los cuentos. Ya hemos tenido ocasión de ver a varios de ellos: Cenicienta, en la gran carroza en forma de chinela; Caperucita Roja, luchando contra el Lobo Malo. ¡Miren lo que ahora viene! ¡Humpty Dumpty, sentado en la pared! ¡Y rodeado también por todos los caballeros del rey y por todos los hombres del rey!...<sup>[3]</sup>

## Capítulo 7

La suave y persistente pantalla de nieve velaba la ciudad en el momento en que Hardin salió a la calle.

Encontró un taxi desocupado y dio al conductor las señas del edificio de Times Square donde el *Turf's King* tenía sus oficinas. Casi todas éstas estaban cerradas en el día de Año Nuevo, pero Goetz, como Moe Selig, y como el *Broadway Times*, tenía relación con las carreras de caballos, y aquel día las habría en Florida, Luisiana y California. Todo el mundo que vive de las carreras tendría sus negocios abiertos para servir a sus clientes, y el *Broadway Times* publicaría los resultados de las pruebas.

El edificio del barrio de las tiendas, cerca de la Sexta Avenida, era muy viejo y estaba bastante sucio. Hardin entró en el sombrío vestíbulo en el cual sólo había una luz, cerca de los ascensores. Un hombre viejo, vestido con ropas de trabajo, estaba sentado junto a éstos. Miró a Bart con sus ojos miopes.

—¿Otro que trabaja horas extras para Salomón? —preguntó—. Es la única tienda que abre hoy.

—No. Voy a la oficina del *Turf's King* —repuso Bart.

—¿El *Turf's King*? —comentó el viejo mientras Bart se desabotonaba su abrigo impermeable—. Debería haberlo supuesto al ver su chaleco.

La oficina del periódico estaba en el sexto piso. Lo primero que Hardin vio al empujar la puerta fue un amplio dibujo colorado que pendía de la pared. Representaba a un hombre vagamente parecido a Willie Goetz, el Rey del Turf, montado a caballo, con una corona en la cabeza y un manto de armiño.

En la oficina había dos personas. Una era una rubia de busto muy prominente, adornada con brazaletes y varias otras joyas, y cuyos ojos enrojecidos denunciaban una borrachera apenas pasada. El otro era un hombre gordo y de aspecto rudo, vestido con un traje azul chillón que acentuaba el ancho de sus hombros, y cuya corbata rosada ostentaba una divisa heráldica.

Hardin reconoció al hombre. Era un merodeador de Broadway conocido como Yak-Yak. Se lo sabía amigo de perpetrar bromas pesadas.

Bart hizo una mueca. Ya había un Duke y un Rey mezclados en aquel asunto. Ahora parecía que entraba en escena el bufón de la corte.

Yak-Yak le miró sorprendido, luego le dio calurosamente la bienvenida.

—¡Eh, Sylvia! —exclamó dirigiéndose a la rubia de ojos enrojecidos—. ¡Mira a quién tenemos aquí! ¡Es el señor Hardin, el periodista de Broadway! ¡Un verdadero pez gordo! ¿Anda buscando una fija, señor Hardin? Tenemos una especial Sello de Oro para la quinta de Hialcah —Yak-Yak extendió una ancha garra—. Choque esos cinco, viejo. Hace tiempo que no lo veo.

Hardin tomó la mano del otro. Al hacerlo oyó un fuerte zumbido y la palma de su mano se sacudió como al recibir una pequeña descarga eléctrica, lo cual le hizo dar un salto.

Yak-Yak soltó una carcajada.

—¡La vieja chicharra! —exclamó—. ¡Los hace saltar como a un potro con una pluma en la nariz!

Retiró de la palma de su mano un pequeño aparato metálico y se lo guardó en el bolsillo. Todos los de su saco deportivo estaban llenos de objetos así comprados en comercios especializados.

—Señor Hardin —Yak-Yak señaló a la rubia—, le presento a la señorita Sylvia March. La tenemos aquí para tranquilizar a los clientes cuando las cosas no les salen del todo bien.

—¡Oh, cálese! —dijo la muchacha. Saludó con una inclinación de cabeza a Hardin—. Mucho gusto. Estuve de pie toda la noche en una reunión de Año Nuevo, y ahora tengo que aguantar a este ganso y sus tontas bromas.

—¿Está por aquí Willie Goetz? —preguntó Bart.

—Voy a ver... —repuso la rubia levantándose.

Yak-Yak le hizo señas de que se sentara.

—Claro que está —dijo—. El Rey está siempre cuando un pez gordo quiere verlo. Por aquí.

Cruzó la estancia y abrió una puerta que daba a otra oficina interior. Hizo una reverencia, con una mano sobre el pecho y clamó en voz alta:

—¡El señor Bart Hardin, del *Broadway Times*, pide hablar con el Rey!

Hardin entró, y Yak-Yak cerró la puerta tras de él. Willie Goetz estaba hablando por teléfono. Levantó la vista y sus ojos se ensancharon de sorpresa al reconocer a su visitante. Indicó una silla, junto a su escritorio. Bart se sentó.

El traje del Rey era de un tono de azul más moderado que el que usaba Yak-Yak, y evidentemente cortado en tela más costosa, pero con el mismo mal gusto.

—Lo sé, lo sé, señor Gribble —estaba diciendo Goetz en el teléfono—. La semana pasada fallamos con un Especial Sello de Oro. No pueden ganar siempre, usted sabe. Pero si puede usted venir dentro de una hora o cosa así con alguna plata en los bolsillos le daré un excelente dato. Ha tenido mucha suerte de hablarme hoy, señor Gribble. No, señor. No puedo darle el dato por teléfono. Claro que confío en usted, señor Gribble, pero queremos asegurarnos de que el dinero sea jugado donde no pueda volver al hipódromo, ¿comprende? Eso no conviene. ¿Cuánto puede usted invertir, señor Gribble?

Willie escuchó un momento, y sacudió la cabeza.

—¿No podría cambiar un cheque, señor Gribble? Claro, ya lo sé, es Año Nuevo. Pero haga la prueba. Muy bien. Venga dentro de una hora, y esta noche estará usted dando gracias a sus dioses por haber conocido al Rey del Turf. Se lo garantizo.

El Rey colgó el tubo e hizo una mueca a Bart.

—Bien, Hardin, su visita me halaga. ¿Qué le pasa? ¿Tantos perdedores ensartan en el *Broadway Times* que tiene que recurrir al Rey en busca de una fija?

—No es más que una visita de cortesía, Willie. Estaba pensando en escribir una

serie de artículos en el diario sobre la gente del oficio. Usted podría ayudarme con alguna información.

El rostro de Willie se ensombreció.

—No me gusta el tono con que dice «gente del oficio». Este negocio es perfectamente legítimo, entiéndalo. Yo selecciono caballos para la gente, lo mismo que los redactores de carreras de su diario. Nada contra la ley. ¿Por qué publicar cosas así? ¿Por qué patear un negocio que nos da los garbanzos, muchacho?

—Lo siento. No quise ofenderlo. Estoy haciendo un pequeño estudio sobre este asunto de las apuestas, en preparación para esos artículos. Pensé que usted podría ayudarnos.

—Soy un hombre de negocios decente —insistió Willie—. Edito un periódico del mismo modo que su patrón, Slade, edita el *Broadway Times*. La gente compra uno y otro en los mismos lugares, como por otra parte compra todo otro periódico de Nueva York. Apuestan a las carreras, y quieren ganadores, y yo trato de indicárselos. Eso es todo en este negocio, compañero.

—¿Y para eso viene ese señor Gribble a la oficina? ¿Para comprar un ejemplar del *Turf King's Weekly*?

Willie miró de soslayo a Bart.

—El señor Gribble es un lector que requiere especial atención. Nadie lo traerá con un revólver a la espalda. Si necesita un servicio especial, que lo pague.

—¿Usted vive ahora en el Stoneleigh, de Broadway? —inquirió Hardin.

—¿Qué? —rugió Willie—. ¿Ahora me insulta, compañero? Escuche: si alguna vez me llevo a caer muerto en la acera cerca de esa trampa para cucarachas, y me meten dentro, le juro que me levanto y corro. Esa bolsa de pulgas es estrictamente para vagabundos.

Hardin abrió la boca para responder, pero fue interrumpido con un suave llamado en la puerta.

—¿Qué? —dijo Willie.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse casi en seguida.

Un hombrecillo arrugado acababa de asomarse a mirar dentro de la oficina. Hardin sólo tuvo una brevísima visión de su rostro. Cuando el hombrecito —de la estatura de un niño— miró a Hardin, una expresión de terror torció sus facciones. Se volvió en seguida, murmurando algo como «Lo siento» y salió precipitadamente, cerrando tras de sí.

Willie miró hacia la puerta con rabia. Parecía muy enojado. Se levantó, cruzó la estancia y abrió.

—¿Hay alguien aquí, maldito sea? —gritó. Sacudió la cabeza, volvió a cerrar y añadió—: Juraría que el chistoso ha salido a comer otra vez. Siempre está comiendo. Y la muñequita ha de estar en el retrete de señoras empolvándose la nariz. *Siempre* está haciendo eso. Les pago a los dos buenos sueldos para poder contar con un poco de reserva, pero nunca están donde debieran, malditos sean.

Bart había visto al hombrecillo por sólo una fracción de segundo, pero de algún modo se le antojaba familiar.

—¿Quién era ese hombre tan pequeño? —preguntó. El Rey no se dignó contestar en seguida. Sentóse de nuevo ante su escritorio y empujó una caja de cigarros hacia Hardin. Bart meneó la cabeza negativamente. Willie eligió un cigarro, le quitó la envoltura de celofán y mordió la punta. Tardó un buen rato en encenderlo. Por fin dijo, lanzando una bocanada de humo:

—Es un lustrabotas que trabaja en el edificio. Nada más que un lustrabotas llamado Joe.

—No lleva ningún cajón de lustrabotas. Además, está bien vestido.

—¿Va usted a promover una cuestión de estado por un lustrabotas? Probablemente dejó el cajón de lustrar afuera. Está bien vestido porque es el día de Año Nuevo, supongo.

—Pero es raro que trabaje en el edificio en un día de fiesta. Hoy no habrá muchas oficinas abiertas.

—La mía lo está. Y pago bien. Joe sabe que me gusta andar bien arreglado, porque eso es bueno para los negocios. Me hago dar una lustrada cada vez que él pasa por aquí. También voy a la barbería y me hago atender todos los días que está abierta. La apariencia es muy importante para un hombre de negocios, Hardin. Recuérdelo. Ese traje suyo necesita un planchado, y el abrigo impermeable tiene un buen rasgón.

—Gracias por el aviso. Lo recordaré.

—¿A qué vino usted en realidad, Hardin? ¿A hacerme preguntas acerca de un lustrabotas?

Por un momento no contestó Hardin. Luego dijo, mirando fijamente al rostro de Willie:

—Se me ocurrió que es parecido a alguien a quien conozco. Alguien llamado Duke.

La cara de Willie permaneció inmutable.

—No puedo decir que haya oído nunca el apellido de Joe. Se lo preguntaré si a usted le interesa.

—El Duke a quien yo conozco vive en el Stoneleigh —dijo Bart.

—Entonces no lo conozco. No conozco a *nadie* en esa cueva.

Hardin se preguntó si la noticia de la muerte de Humpty Dumpty habría sido propalada por radio y televisión, y si Willie habría oído algo. Deliberadamente agregó:

—Pues anoche vi en el Stoneleigh a cierta persona a quien usted conoce: Humpty Dumpty Hughes.

Goetz permanecía calmo, enloquecedoramente calmo.

—Un tipo divertido, ¿eh? —dijo—. Lo recuerdo, ¡qué diablos! Cuando yo era chico solía ir a espectáculos cómicos. Los daban en toda Nueva York entonces, y algunos en Broadway. Había un tipo, llamado Humpty Dumpty, que hacía payasadas.

¿Se refiere usted a ése?

Hardin bajó la cabeza, asintiendo.

—No comprendo, Hardin —Willie arrugó el ceño—. Viene usted aquí el día de Año Nuevo, por primera vez en su vida. Se la pasa hablando de esa fonda barata, el Stoneleigh. Luego se interesa por un muchacho lustrabotas. Ahora está preocupado por un payaso al que yo solía ir a ver cuando era chico. ¿Qué le pasa, Hardin? ¿Ha estado usted sentado en esa cueva suya sobre el Circo Bromberg fumando marihuana?

—Sabe dónde vivo, ¿eh?

—Toda la gente de Broadway sabe dónde vive usted.

Hardin se levantó.

—Lamento haberle hecho perder tiempo. Ya veo que no desea cooperar conmigo en esos artículos.

—Mi consejo es que no inicie esa campaña, compañero. ¿Por qué morder la mano que le echa comida?

Hardin se acercó a la puerta, la abrió y se volvió hacia el Rey, haciendo una mueca.

—Dele mis saludos al señor Gribble —dijo—. Y no le muerda la mano.

Cerró la puerta. La rubia llamada Sylvia March había regresado, pero a todas luces estaba disponiéndose a salir de nuevo. Tenía puestos su abrigo y su sombrero.

Bart salió de la oficina y se dirigió hacia el ascensor. Levantó la mano para oprimir el timbre, pero cambió de idea, y permaneció de pie, esperando.

Pronto se oyó el taconear de zapatos femeninos en el corredor embaldosado. Sylvia March se acercaba.

—¿Llamó usted? —preguntó, refiriéndose al ascensor.

—Llamé, pero será mejor probar de nuevo.

Ella oprimió el pulgar contra el botón de la campanilla.

—Los muchachos del ascensor no trabajan hoy —explicó—. El viejo cuidador los reemplaza.

Echó una mirada a su reloj.

—Son más de las dos —dijo— y aún no he almorzado. Ni me he desayunado siquiera, con excepción de un cóctel. ¡Qué noche! ¡Y esto de hacerla trabajar a una el día de Año Nuevo!

El ascensor llegó por fin.

—Yo tampoco he almorzado —expresó Hardin cuando ambos hubieron salido del edificio—. En la Séptima Avenida hay un antiguo restaurante italiano donde se come bien. ¿Qué le parecería almorzar conmigo?

Sylvia lo miró con recelo por un momento, luego encogió sus bien vestidos hombros.

—¿Por qué no? —concedió—. Si es un lance, me siento halagada. Si no, comeré gratis de cualquier manera. Sólo le prevengo que voy a beber mucho.

Caminaron, a través de la nieve, hasta el restaurante, que era uno de los más antiguos de Nueva York. El revestimiento de las paredes era oscuro, y las pinturas murales del Vesubio y la Bahía de Nápoles bastante descoloridas. Las pequeñas lámparas eléctricas de cada mesa estaban adornadas con caireles.

Sylvia ordenó un Martini de vodka, aclarando que debía ser doble.

—¿Quiere usted decirme —agregó cuando Bart se rehusó a pedir bebidas— que vive en Broadway y es abstemio?

—No, pero tengo un pequeño reglamento. No bebo nunca hasta las cuatro.

—No me gustan los reglamentos. Me fastidian.

—¿No tiene reglamentos Willie para sus empleados?

—Pareció bastante molesto cuando el hombrecito se metió en su oficina, y cuando vio que usted y Yak-Yak se habían retirado.

—¿Qué hombrecito?

—Willie dice que es el lustrabotas.

—¡Oh, se trata de Tony! —explicó Sylvia—. Yo no creí que anduviera por aquí hoy. No se por qué habría de sobresaltar Tony a Su Alteza Real. Ve todos los días al muchacho.

—¿Muchacho?

—A Tony me refiero. Un muchacho gordito. No tiene más de catorce años, creo.

El mozo trajo el Martini. Sylvia lo levantó cuidadosamente con su mano temblorosa y lo bebió con ansia.

—El que yo digo debe ser otro lustrabotas. No era joven ni gordo.

—Tony es el único lustrador que yo he visto en el edificio. Creo que tiene una concesión.

—Me parece que el que yo digo se llamaba Duke —insistió Bart.

—¿Duke? —Sylvia dio un respingo nervioso. Recobró en seguida el dominio de sí misma, pero sus ojos se apartaron de los de Bart.

—No lo conozco —dijo.

—¿No conoce a nadie llamado Duke?

El mozo llegó en aquel momento y comenzó a servir el minestrón.

—Otra copa —pidió Sylvia—, pero sencilla esta vez.

Cuando el mozo se hubo retirado, ella se volvió hacia Bart, sonriente.

—¿Duke? Claro que sí. Conozco a alguien que se llama Duke. Doris. Paso mis vacaciones en la Riviera, con Doris Duke.

La comida italiana se compuso de varios platos. Sylvia rehusó el vino, pero se hizo servir otro Martini con cada plato. Cuando trajeron el café, se dedicó al licor. Para esa hora tenía ya los ojos vidriosos y reía sin sentido.

Con todo, había eludido hábilmente la mayor parte de las preguntas de Hardin. Mientras sorbía su licor, Bart hizo un último y desesperado esfuerzo.

—Willie Goetz tiene entre sus clientes a muchas personas famosas, ¿no es así?

—¿Famosas? —Sylvia arrastraba un poco las palabras ahora—. Pobres diablos

que quieren hacerse ricos pronto. Infelices. Eso es lo que son.

—¿Ha oído usted hablar de Humpty Dumpty Hughes?

El nombre causó gracia a Sylvia. La muchacha se estremeció de risa. Los comensales de las mesas vecinas la miraron con curiosidad.

Sylvia cantaba:

*Humpty Dumpty se sentó en una pared.  
Humpty Dumpty se dio un gran porrazo...*

Su risa resultaba estridente en el antiguo y tranquilo salón.



## Capítulo 8

Humpty Dumpty se sentó en una pared.

*Uno era un hombre de edad más que mediana, largos brazos y hombros caídos que le daban un aspecto simiesco. Estaba hablando por teléfono y maldecía, cubriendo de improperios a su interlocutor. Cuando hubo desahogado su rabia dijo: «¡Escúcheme ahora!» y comenzó a dar instrucciones a la manera de quien está habituado a que lo obedezcan. Colgó el tubo, y luego de un momento lo volvió a levantar y marcó un número. Cuando le contestaron, ya no dijo malas palabras. Se limitó a expresar órdenes concretas.*

*Estaba también el hombre de los zapatos nuevos. Se los estaba probando: le venían bien. Eran holgados, cómodos. Claro que lo hacían bambolearse un poco al caminar, pero eso se arreglaría sin dificultades. El par de zapatos nuevos lo hacía feliz. Sonrió con sus encías sin dientes.*

*Y por fin, el hombre nervioso y frenético, que llamaba por teléfono, en rápida sucesión, a tres partes distintas. No encontró a Bart Hardin en ninguna.*

## Capítulo 9

Cuando Hardin dejó a Sylvia March en la puerta del viejo edificio de la Treinta y Cinco, encontró un taxi en la Sexta Avenida. Vaciló un instante antes de dar la dirección al chófer. Había pensado en volver al Stoneleigh, pero eso le parecía ahora inútil.

En cambio dio orden de que lo llevaran al Plaza Hotel, en la Cincuenta y Nueve y la Quinta Avenida. Había escasas esperanzas de encontrar al cochero, Lew Bentry, en aquel lugar. Lo probable era que la policía lo tuviera aún detenido en averiguación. En cualquier caso el coche y el caballo de Lew debían estar en aquel momento en poder de los polizontes. Lo que llevaba a Bart allí era un vago impulso. Lo preocupaban un nombre y una cara. El nombre era «Duke», y estaba asociado de algún modo, en la mente de Hardin, con otros extraños sucesos relacionados con la muerte de Humpty Dumpty.

El caso tenía alguna vinculación con las carreras de caballos; Hardin estaba seguro. Un detalle era la dirección dada por el señor Duke en el hotel, una dirección telefónica, pero dirección de cualquier modo: la del hipódromo de Belmont Park. No era probable que el señor Duke la hubiera sacado del aire. Además, estaba la oficina de apuestas de la Treinta y Una.

El rostro que alucinaba a Hardin era el del arrugado hombrecito al que Willie Goetz consideraba «un lustrabotas llamado Joe». Sylvia March había dicho que el lustrabotas del edificio era un muchacho llamado Tony, de rostro redondo y juvenil. También, pensaba Hardin, el nombre de «Duke» había ejercido visible efecto sobre Sylvia. Esta conocía sin duda a alguien llamado Duke, y estaba tratando de ocultarlo.

Bart había recibido una sorpresa al encontrar a Yak-Yak Yost en las oficinas del *Turf King*. Conocía a Yak-Yak desde años atrás, superficialmente, pero ignoraba que estuviera vinculado con el hombre que se llamaba a sí mismo «El Rey del Turf». Yak-Yak no podía ser para Willie, se decía Bart, otra cosa que un bufón y un mandadero. Su ángulo facial era apenas mayor que el del «pitecántropo». Era difícil que pudiera dominar la poca gramática necesaria para redactar las columnas de comentarios de una hoja de carreras.

Los hombres como Willie se rodean a menudo de individuos del tipo de Yak-Yak Yost por la misma razón que las chicas bonitas eligen para compañeras a muchachas sencillas. Willie estaba lejos de ser un genio, pero tenía cierta agudeza natural y podía afectar maneras perfectamente convincentes. Al lado de Yak-Yak, era un civilizado, y aun culto, ejemplar de la raza humana.

Yak-Yak era un tipo de individuo común en la Gran Calle. Era uno de esos paniaguados, sablistas, extrovertidos, que carecen del valor físico y la decisión mental necesarios para ser pandillero. Se ganaban a duras penas una precaria existencia, adheridos al linde del hampa mediante la explotación de alguna habilidad especial. Yak-Yak hacía bromas pesadas para divertir a los pandilleros a quienes

admiraba.

Willie Goetz era más complejo. Es muy difícil meter en la cárcel a un traficante de las carreras, aun en aquellos raros supuestos en que alguna víctima los denuncia. El pillastre alega simplemente que es un experto conocedor del ambiente del *turf* y que se ha limitado a recibir una gratificación por haber indicado un buen caballo. Por supuesto, no ha podido dar garantía alguna de que el caballo ganará infaliblemente.

Hardin no sentía inclinación a subestimar a Willie Goetz. Este llevaba largos años en su trabajo sin que nunca hubiera ido a dar a la cárcel. Los policías recibían a menudo denuncias relativas a él, y lo detenían para interrogarlo, pero el Rey salía bien siempre. Vivía en constante roce con maleantes y quizá, más de una vez, había pagado tributo, de uno u otro modo, al sindicato del delito. Pero no era, en el verdadero sentido de la palabra, un pandillero y resultaba difícil creer que hubiera cometido un asesinato premeditado.

Ciertamente, Humpty Dumpty Hughes leía el *Turf King's Weekly*, y era muy probable que se hubiera convertido en uno de los clientes especiales de Willie, como el señor Gribble, el que llamó por teléfono cuando Bart estaba con el Rey del Turf. Humpty Dumpty era un jugador y, como lo perseguía la mala suerte, se lo consideraba un tonto según los cánones de la Gran Calle. Bien podría haber sido uno de los clientes de Willie. Pero ¿por qué matarlo? Los tontos sólo servían a Willie en vida. Aun si se volvieron contra el Rey y dejaron de pagarle por sus servicios, podrían tener algún valor. Una vez que les hubiera succionado todos los dólares posibles, Willie vendería sus nombres a algún colega.

Hardin estaba convencido de que la muerte de Humpty Dumpty se relacionaba de alguna manera con una banda de especuladores del juego. Pero no aparecía el como. Se esforzaba por recordar dónde había visto antes aquella cara arrugada, y por qué se le antojaba que la misma pertenecía a un hombre llamado Duke.

Se dirigía al Plaza Hotel sólo por un impulso interno que lo llevaba hacia allí, y no por ningún motivo concreto. Pero la parada de coches que quedaba frente al hotel era uno de los pocos lugares conocidos que tuvieran relación con la muerte de Humpty Dumpty.

El coche se hallaba ahora en la Quinta Avenida, un gran bulevar usualmente cogestionado por el tránsito y ahora casi desierto en largos espacios, blancos de nieve. Frente a Hardin estaba el parque, el antiguo y hermoso hotel y la estatua ecuestre del general Sherman. La estatua parecía hoy heroica y regia, con la capa de armiño prestada por la nieve. Dos palomas habíanse posado en su cabeza, dándole el aspecto de un antiguo guerrero azteca con una diadema de plumas.

El taxi se detuvo ante la entrada del hotel en la Quinta Avenida y un portero de uniforme salió de debajo del baldaquín llevando un enorme paraguas. Hardin pagó al chófer, hizo con la cabeza una seña negativa al portero, y miró a través de la calle hacia el punto donde los cocheros estacionaban habitualmente, junto al parque.

Sólo había uno en el lugar. Por lo visto, los demás habían decidido que las

borracheras de Navidad y la tormenta de nieve se combinarían para privarlos de los clientes dispuestos a pagar cinco dólares por un paseo en coche por el parque.

El único y esperanzado cochero se las había arreglado para estar lo más a la vista posible desde todas las direcciones. El lugar elegido era el medio de la calle, frente a la plazoleta donde se elevaba la estatua del general Sherman. Hardin permaneció bajo el baldaquín del hotel un momento, observando con curiosidad al hombre. Su coche no era un cabriolé, como aquél en que Lew Bantry había llevado su macabro pasajero. Se parecía más a una berlina, con cortinas de cuero, provistas de ventanillas de mica sujetas a la parte posterior del vehículo.

El cochero era un individuo alto y muy delgado, con un abollado sombrero de copa que era el emblema de su profesión. Se paseaba majestuosamente de un lado a otro, ante su vehículo, con la cabeza inclinada y como observándose deliberadamente los pies. Su paso tenía un balanceo peculiar. El caballo pinto parecía tan esquelético y soñoliento como el *Roscoe* de la noche antes. Tenía también la cabeza gacha, y se balanceaba lentamente de un lado a otro.

Después de observar por unos instantes el curioso cuadro, Bart cruzó hacia la pequeña isla de cemento.

Mientras Hardin se aproximaba, el flaco cochero continuaba paseándose de un lado a otro.

Estaba mirándose los zapatos.

Y Hardin también los miró.

Eran pardos, anchos, de punta roma y de cómodo aspecto. Tenían fuertes refuerzos bajo el arco del pie. Parecían zapatos ortopédicos.

Más aún: parecían duplicados exactos, hasta en el tamaño, de los que Bart había visto en el armario de Humpty Dumpty.

Estaban húmedos por la nieve, pero cuando el individuo levantó ligeramente el pie derecho, se hizo evidente la causa del peculiar balanceo de su paso.

El tacón del derecho no estaba gastado, pero le faltaba un pedazo. Y el hueco dejado era aproximadamente triangular.

Parecía muy probable que el trozo de tacón de goma que Romano llevaba en un sobre pudiera encajar exactamente en aquel hueco.

## Capítulo 10

*El hombre corpulento de los dedos manchados de tinta, estaba ahora en el asunto.*

*Vestía una camisa azul y unos pantalones toscos, de obrero. Aunque se encontraba bajo techo, tenía puesto en la cabeza un viejo sombrero. El hombre corpulento alzó la mano y se quitó un par de anteojos con armazón de plástico. En la habitación no hacía demasiado calor, pero él sudaba, y los cristales estaban empañados. El hombre respiraba con fuerza, y la mano manchada de tinta que sostenía el teléfono temblaba un poco.*

*El hombre corpulento protestaba:*

*—¡Usted sabe perfectamente bien que no quiero meterme en nada semejante! ¡Debe estar loco!*

*Su interlocutor lo interrumpió con ira, mencionando ciertos menesteres dudosos que el hombre corpulento había emprendido en el pasado. Amenazó. Mencionó un nombre o dos. Eran sujetos de hombres violentos, con los cuales no convenía enfrentarse. El hombre corpulento lo sabía bien.*

*Hubo un breve silencio. Luego el hombre corpulento lanzó un suspiro.*

*—Está bien —dijo—. Pero utilice la puerta lateral que da al pasaje. Yo estaré esperando. ¿A qué hora soltará a la chica? Tengo que asegurarme de que no haya nadie a la vista.*

## Capítulo 11

El flaco cochero acabó por reparar en Hardin. Sus ojos se iluminaron de esperanza, e hizo una mueca sobre sus encías desdentadas.

—¿Una vuelta por el parque, señor? —dijo—. No habrá visto el parque de veras hasta que lo vea durante una tormenta de nieve. Los árboles blancos como una carga de algodón. Los chicos deslizándose por las cuestas. Lindas muchachas con polleritas cortas patinando en el hielo. ¿Damos una vuelta, señor?

Hardin sacudió negativamente la cabeza. El cochero insistió:

—Podría hacerle una tarifa especial por ser fiesta y estar yo solo en la parada.

—Temo no tener interés en dar una vuelta —contestó.

El cochero se encogió de hombros resignadamente.

—No debí ser tan tonto como para venir a la parada un día como éste; pero necesitaba dinero, de modo que até la vieja yegua e hice la prueba. No levanté un pasajero en todo el día. —Se miró los zapatos una vez más—. Todo lo que hice fue estrenar un nuevo par de zapatos.

—¿Le quedan bien?

—Bastante. Pero el tacón de uno de ellos está roto. Me hacen renguear un poco. Lo haré arreglar. Creo que me pondré otra vez los viejos. No conviene arruinar un buen par de zapatos en esta nieve.

El cochero trepó al pescante de su coche, apartó un lienzo encerado y hurgó detrás de éste. Sacó un par de zapatos negros, muy viejos y gastados. Luego se sentó en el pescante y comenzó a quitarse los nuevos.

—Son ortopédicos, ¿no? —preguntó Bart.

—Esa es una palabra difícil, señor. —El cochero se sacó un zapato—. Nunca miro la marca cuando compro zapatos.

Miró dentro del que tenía en la mano.

—Aquí está la marca: S.E.E.G.E.R. Hay una palabra difícil abajo, que parece la que usted dijo. Oiga señor, ¿qué interés tiene en mis zapatos?

—A mí también me molestan los pies. Estaba pensando en comprar zapatos ortopédicos. ¿Podría echar un vistazo a éstos?

El cochero entornó los párpados con recelo, pero extendió el zapato a Bart, no sin vacilar.

Hardin examinó el marbete. Era exactamente el mismo que había visto en los de Humpty Dumpty. Dentro estaba marcada la medida; que era también la misma: 11-E.

—Están bastante estropeados para ser nuevos —aventuró Hardin—. Este tiene un buen arañazo, y el tacón de goma está roto.

El cochero estaba alarmado ahora.

—Lo que quise decir es que son nuevos *para mí*. Los compré de segunda mano en el Sally Ann.

—¿Quiere decir en el almacén del Ejército de Salvación?

El cochero asintió con la cabeza.

—¿Por qué le interesan tanto estos zapatos? No los robé, señor, si es eso lo que está pensando.

—¿Conoce a un hombre llamado Lew Bantry? —inquirió Bart.

—¡Ah! ¡Ahora comprendo! Usted es otro polizone, ¿eh? Un agente de particular. Había un montón aquí, más temprano, dando vueltas y haciendo preguntas. Es claro que conozco a Lew. Ha estado aquí desde que está el general Sherman, me parece. Yo estaba desayunándome en un restaurante ambulante esta mañana cuando lo oí por radio. Parece que levantó un fiambre con el coche. Mire, señor ¿qué tienen que ver mis zapatos nuevos con el viejo Lew? Yo soy un irlandés decente, de Auld Sod. Me llamo Terence McGonigle, y mi padre fue cochero de plaza antes que yo, en Dublín. Nunca hice nada malo en mi vida, salvo beber un poquito de más o faltar a la confesión pascual de vez en cuando.

—¿Estaba usted en la parada anoche, o más bien dicho esta madrugada?

—Claro. La noche de Año Nuevo suele ser provechosa. A los borrachos les gusta pasear en coche y cantar por el parque. Pero anoche fue bastante pobre, para la fecha que era. Yo me fui mucho antes de que Lew levantara el fiambre, me parece.

McGonigle se había quitado ya los zapatos ortopédicos y puesto el otro par, deformado y roto. Colocó los que se sacara bajo el lienzo encerado.

—De cualquier modo —dijo Bart—, no tire esos zapatos, McGonigle.

—¿Por qué habría de tirarlos? Pagué un dólar por ellos en el Sally Ann. Están como nuevos, salvo por ese arañazo y el tacón roto.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí? —preguntó Hardin.

—¿Por qué me lo pregunta? De nada serviría quedarme más. No he levantado un viaje en todo el día.

Bart sacó de su bolsillo un trozo de papel y un lápiz y cumplió con la pequeña ceremonia de copiar el número de matrícula del coche, inscripto en una pequeña placa metálica.

—¿Para qué hace eso, oficial? —McGonigle estaba visiblemente inquieto—. Yo no he hecho nada, aparte de comprar un par de zapatos en el Sally Ann. ¿Está contra la ley también eso?

—Quiero saber dónde buscarlo en el caso de que no se quede un poco por aquí. Le aconsejo quedarse. Hay una persona que quiere hablarle. No tardaré mucho en traerlo aquí.

—¿Qué persona?

—Un polizone. Un teniente de Homicidios.

—¿Homicidios? —exclamó el cochero.

—Exactamente. —Bart volvió la espalda y se alejó a buen paso.

—¡Espere un minuto! —clamó el cochero—. ¡Espere, señor detective! —Hardin siguió andando sin volver la cabeza.

Cruzó la calle y entró en el vestíbulo del Plaza. Allí encontró una hilera de

casillas de teléfono público y marcó el número de Manhattan Oeste. Respiró con alivio al oír que Romano había regresado a su oficina.

—Creo que he encontrado los zapatos de Humpty Dumpty —informó—. Le sugiero que venga con ese trozo de tacón, a ver si concuerda.

—¿Que vaya dónde?

Bart vaciló un instante, mirando su reloj.

—Son casi las cuatro —repuso—. Voy a tomar mi primera copa dentro de unos minutos. Estoy en el Plaza. Conozco un lindo bar llamado el Salón de Roble. Encuéntreme allí tan pronto como pueda.

—Es un lugar bastante distinguido para un polizone —comentó Romano—. No tengo puesto el traje de etiqueta, pero iré lo mismo.

Hardin cruzó el vestíbulo hacia un puesto de periódicos, y compró dos diarios.

Eran exactamente las cuatro cuando entró en el salón de Roble y pidió un *whisky* irlandés. Ya lo había consumido y pedido otro en el momento en que vio entrar a Romano. El teniente venía solo.

—El joven Grierson está pasando su fiesta de Año Nuevo en casa, y no había otro agente libre —explicó—, de modo que vine en un taxi y no en el auto del Departamento. No me gusta manejar por calles resbaladizas; tengo el estómago demasiado nervioso.

—Tome algo para su estómago, y le contaré lo de los zapatos de Humpty Dumpty.

—Creo que podría aguantar un *whisky* puro con un poco de fernet italiano. El fernet es un buen sedante para el estómago.

El mozo del mostrador buscó un poco, pero al fin encontró una botella y vertió el oscuro y viscoso líquido en el *whisky* de Romano.

Hardin relató su ocasional descubrimiento de los zapatos ortopédicos con el tacón roto.

Romano suspiró tristemente y meneó la cabeza.

—Otro cochero más —dijo—. El inconveniente de detener cocheros para interrogarlos es que también hay que meter adentro los caballos y los coches.

—Escuche esto más: con motivo de la fiesta no hubo hoy ediciones tardías de los diarios de la mañana. El puesto de periódicos del hotel tenía aún ejemplares de la mañana y de las primeras ediciones nocturnas. Los compré. Humpty Dumpty había salido del Club de La Hoja de Higuera en seguida de leer algo que había en la primera plana de uno de estos diarios.

Hardin puso los dos ejemplares ante Romano.

—Ya lo sé —respondió el detective—. La gente de La Hoja de Higuera declaró que Hughes había mirado la primera página, pero yo leí cada línea de la primera página de esos dos diarios, sin encontrar nada vinculado con Humpty Dumpty.

Bart indicó un recuadro que había en el ángulo inferior derecho de la primera página, correspondiente a uno de aquellos dos periódicos de formato tabloide.



—Quizá se trate de esto —opinó.

Romano examinó el recuadro: ÚLTIMOS RESULTADOS DEPORTIVOS.

—¿Se refiere a esto?

—Son los últimos resultados de las carreras, principalmente. Humpty Dumpty era jugador. Compraba por lo general el *Broadway Times*, pero mi diario sale un poco después de las siete, de modo que sólo anuncia los resultados de las carreras que llegan a la redacción hasta las siete. Los resultados posteriores se publican a la noche siguiente. Hay un atraso de tres horas con las carreras de California, por supuesto. Una carrera que se larga en Santa Anita a las cinco, hora del Pacífico, no se largaría hasta las ocho por la hora del Este. Los últimos resultados de Santa Anita se publican en recuadro en este tabloide. Quizá Humpty Dumpty apostó una suma importante a alguno de los favoritos.

—¿Quiere sugerir que apostó a un mal caballo, y luego fue y saltó por una ventana?

—Exactamente eso no, pero a veces ha sucedido. En los hipódromos conocen bien a esa gente que se gasta el dinero del alquiler en un favorito perdedor.

—Ya pensaremos en eso más tarde. Vamos aliara a buscar a ese tipo de los zapatos, antes de que se vaya.

—No se irá —aseveró Bart—. Yo le metí un poco de miedo. Tengo además otra cosa que contarle.

Relató su visita a las oficinas del *Turf King's Weekly*. Romano reflexionó un momento, mirando dentro de su vaso vacío. Por fin dijo:

—Si usted pudiera asegurarme que identificó a ese hombrecito a quien el Rey llamaba lustrabotas, con el individuo que usted conoce, de nombre Duke, yo intentaría algo. Podría hacer vigilar la casa y seguir a todo el que entrara o saliera, pero eso sería un procedimiento policial bastante importante para una base tan vaga.

—No puedo asegurarle nada. Apenas vi la cara del hombrecillo por un segundo. La relación entre esa cara, y las carreras, y un hombre llamado Duke es algo que se me ha metido en la cabeza, nada más.

—Si yo ordenara un procedimiento policial cada vez que a alguien se le mete algo en la cabeza necesitaríamos diez veces más agentes que los que tenemos. Pero quizá pueda usted aportar algo más, todavía quizá, aunque usted no pueda, no haga vigilar la casa mañana. Conozco las mañas de esos estafadores del juego. Es posible que la oficina esté cerrada ya hoy. A esos «dateros» les gusta tener la moneda en caja tan pronto como puedan, y luego cerrar e irse a casa antes de que aparezcan los resultados de las carreras y las víctimas empiecen a chillar. Los agentes serían muy visibles en un edificio donde están cerradas todas las oficinas menos dos.

—Tiene razón.

—Vámonos a ver a McGonigle —sugirió Romano.

Encontraron al cochero donde Hardin lo había dejado.

—Yo no hice nada —gimió—. Solamente comprar un par de zapatos.

—A ver esos zapatos —ordenó secamente Romano. El cochero hurgó debajo del lienzo encerado y los sacó. Romano los examinó, luego tomó de su bolsillo el sobre que contenía el fragmento de tacón de goma. Colocó éste en el hueco del tacón del zapato derecho. Encajaba perfectamente.

—¿De dónde sacó estos zapatos, McGonigle? —interrogó.

—Es como le dije al otro señor —gimió el infeliz cochero—. Los compré en el Sally Ann.

—Los almacenes del Ejército de Salvación están cerrados el día de Año Nuevo.

—No dije que los compré hoy.

—¿Cuándo los compró, exactamente?

—Hace un par de días. Quizá tres.

—Estos zapatos se los quitaron a un hombre asesinado anoche o esta mañana a primera hora. Está usted muy comprometido, McGonigle.

—¿Asesinado? —chilló el cochero—. ¡Jesús, María y José! ¡Señor detective, por favor, escúcheme! ¡Yo no soy capaz de asesinar a nadie! Escúcheme: hay un ratón que me come las maderas en el cuarto amueblado donde vivo, ¿sabe? ¿Y usted cree que soy capaz de ponerle una trampa? ¡No puedo! ¿Sabe lo que hago? Compró queso para que el ratoncito no tenga hambre.

—Eso es muy bondadoso de su parte, McGonigle, pero tendré que llevarlo en averiguación. Quiero saber cómo pudo comprar un par de zapatos hace tres días, cuando anoche estaban en los pies de un hombre asesinado.

Había ahora lágrimas en los ojos de McGonigle.

—¡Por favor, señor! —suplicó—. ¡No me lleve! ¡Piense en mi pobre yegua! La vieja «Myrtie» se helará si la dejamos ahí en la tormenta de nieve. ¿No tiene usted sentimientos, señor?

Romano inclinó la cabeza secamente, recordando los sucesos de la noche anterior.

—Es la segunda vez en el día que tengo un cochero y un coche en las manos —dijo.

Luego sonrió al agregar:

—Usted sabe que yo nací y fui criado en esta ciudad y que nunca he dado una vuelta en estos coches. Le diré lo que haremos. Usted me lleva al establo en el coche, dejamos allí el vehículo y la yegua, y luego yo lo llevo en un taxi a Manhattan Oeste. —Se volvió hacia Hardin—. ¿No quiere dar una vuelcita?

—No, gracias. —Bart meneó la cabeza—. Tengo mucho que hacer.

Bart permaneció de pie en la plazoleta, junto a la estatua del general Sherman, mirando al coche que se alejaba con Romano como pasajero. Entonces cruzó otra vez hacia el Plaza y buscó un taxi a cuyo chófer dio la dirección del hotel de Zita Janos en Times Square.

No se anunció por el teléfono interno, sino que subió directamente al cuarto de la joven.

—¿Quién es? —preguntó ella desde el interior, al oír la llamada.

Bart se identificó y Zita abrió la puerta. Tenía puesto un fino *negligée* que se ajustaba a las líneas de su hermoso cuerpo.

—¿Cómo anda ese tobillo? —preguntó él.

—Mucho mejor. Está vendado, y...

Las palabras fueron sofocadas por el beso de Bart, que la había tomado entre sus brazos. Ella cedió suavemente.

—Por favor... —jadeó.

—Es en reparación por haberte sacado a empujones anoche —explicó él.

—Me gustas mucho, Bart. Creo que hago mal al pensar así, pero es la verdad, y lo admito. Sin embargo, no hay tiempo ahora para esas cosas. Hay alguien que quiere hablar contigo en seguida. Llamó por teléfono a tu departamento, luego a tu oficina, y por fin aquí.

—¿Quién?

—Tu amigo Artie Myerson, de La Hoja de Higuera. Está muy nervioso, casi frenético.

Bart extendió las manos otra vez hacia Zita.

—Artie puede esperar —dijo, abrazándola—. Tú me gustas mucho más que él.

Zita hacía esfuerzos por desprenderse. Cuando lo logró al fin, dijo:

—Ahora estamos a mano. Ahora te he sacado yo a empujones. Ocúpate del pobre Artie. Está fuera de sí.

—¿Qué quiere?

—Creo que decirte algo acerca de la muerte de Humpty Dumpty.

## Capítulo 12

Hardin frunció el entrecejo.

—No me parece que Artie Myerson sepa gran cosa acerca de la muerte de Humpty Dumpty —dijo—. No veo de qué modo podría saberlo. Pero de todas maneras lo llamaré.

Cruzó la habitación y tomó el teléfono. Zita renqueó tras él, prendida de su brazo.

—No. No pidió que tú lo llamas. Está en La Hoja de Higuera. Quería que fueras allí lo más pronto posible. Insistió mucho en ese punto. Debes ir.

Él la contempló largamente.

—¿Sabes? Creo que eres la mujer más bonita que he visto jamás. Y estás especialmente linda cuando te agitas. Mejor dicho, cuando te asustas. Estás asustada ahora, ¿verdad, Zita?

—Soy una tonta —Zita eludía su mirada—. Pero... sí, es la verdad, estoy asustada.

—¿Por qué? Este asunto no te concierne en realidad. Claro que es inquietante para cualquier persona sensible el encontrarse cara a cara con el crimen. Pero Humpty Dumpty Hughes no era para ti sino un compañero de espectáculos. No tenías positiva vinculación con él. Ni siquiera lo viste anoche en el antepecho de la ventana. Estabas demasiado atenta a aquella esfera luminosa de la Torre Times.

Zita se estremeció involuntariamente, y frotose las manos como para hacerlas entrar en calor.

—Lo que me pasa no tiene nada que ver con el pobre Humpty Dumpty —aclaró—. Tal vez fue su muerte lo que me recordó... otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Una tontería. Antes de huir de Hungría hice muchas cosas arriesgadas, pero ahora estoy procediendo como una mujer tonta. Estoy muy nerviosa. Tengo... ¿cómo le llaman aquí? La pataleta, eso es. Quizá tú no entiendes a mi pueblo. Los magiares somos una raza muy antigua, y en cierto modo muy supersticiosos. Lo que me perturba es una pesadilla estúpida, siempre la misma. Anoche, después que te fuiste, después de toda esa excitación acerca de Humpty Dumpty, la pesadilla me asaltó de nuevo durante el sueño, y esta vez fue muy vívida. No podía apartarla de mi mente. ¿Ves que tonta soy?

—¿Qué pesadilla?

Zita se sentó.

—Expresada, parece aún más estúpida. Es un sueño de dos hombres, corpulentos, de anchos hombros y caras impasibles como de piedra. Sin que ellos me lo digan, yo sé que son de la Policía Secreta. Siempre dicen las mismas palabras: «Tienes que venir con nosotros». Y siempre sé que debo ir. Al despertar estoy aterrorizada, segura de que vendrán realmente.

—Bien, aunque esos hombres de tu sueño vinieran, no tendrías por qué ir con

ellos, Zita. No podrían obligarte. No estás ahora en tu país, sino en América.

Zita movió la cabeza de un lado a otro y se mordió los rojos labios.

—No tendrían que obligarme, Bart. Yo debería ir por mí misma. Olvidas que tengo un esposo.

Bart se inclinó sobre ella, la besó suavemente en la mejilla y oprimió una de sus pequeñas manos.

—Escúchame, Zita: eso es sólo un mal sueño. Sufriste un choque nervioso cuando te caíste y torciste el tobillo, y luego lo de Humpty Dumpty resultó demasiado para ti. Fue un sueño. Zita, tenlo presente.

—Sólo les he contado a dos personas ese sueño —prosiguió Zita con una desvanecida sonrisa—. La segunda eres tú. La otra es Justine, la muchacha alta de La Hoja de Higuera. Justine también tiene pesadillas. Sueña que es vieja y fea y que no puede ganar dinero para vivir. Se ve a sí misma como una mujer vieja y horrible, desnuda ante una multitud de hombres. Un gran reflector muy brillante la ilumina, y los hombres estallan de risa y le arrojan objetos.

—Estás un poco alterada, ¿verdad, querida? Me parece que me quedaré aquí contigo.

Zita lo apartó y levantóse de la silla con un esfuerzo.

—No. Prometí a Artie que te enviaría allá en cuanto te viera. Debes ir por favor.

—Sea, si así lo quieres. —Se encogió de hombros—. De cualquier modo te veré en el club. ¿A qué hora es tu número en el espectáculo de la noche?

—A eso de las ocho y media, supongo. Cantaré una canción gitana, en húngaro. Es muy antigua y muy triste, sobre un rey perverso que rapta a una gitana, arrebatándola a su enamorado.

—Tendrás que cantarla en ritmo de *rock-and-roll*, para los clientes de Artie. ¿Cómo podrás arreglarte sin un ensayo? Es difícil que esa *jazz* de Artie conozca una canción gitana de origen húngaro.

—Phil, el pianista, la conoce. En un tiempo tuvo ambiciones de ser concertista de piano, pero ahora tiene que ganarse la vida tocando en La Hoja de Higuera. Yo le enseñé esa canción, así como otras melodías gitanas, en las reuniones después del espectáculo.

Hardin volvió a besarla y agregó:

—Me iré, pues, y veré a Artie, ya que tú me lo pides. Pero estaré en La Hoja de Higuera a eso de las ocho. Aparta a esos hombres de tu imaginación. No son más que fantasmas. No existen.

—Trataré de hacerlo así —prometió Zita.

La Hoja de Higuera, como muchos de los lugares nocturnos más bullangueros de Nueva York, estaba a unas diez cuadras de la calle lateral de Broadway llamada Strip Alley. Hardin decidió ir a pie, a pesar de la nieve. Le empezaba a doler la cabeza, y el frío le hacía bien. Mientras caminaba por el crepúsculo invernal, con los copos de nieve contra la cara, pensó en Artie Myerson y se preguntó qué podría él saber acerca

de la muerte de Humpty Dumpty. Artie era un hombre extraño, más bien patético. Estaba asustado también, se decía Bart. En una ocasión había sido dueño y regente de un club nocturno en Greenwich Village, un establecimiento decente, donde las diversiones eran más bien cantores de *blues* y *jazz-bands* de Nueva Orleans que espectáculos de *striptease*. El Sindicato se las había arreglado para clavar sus garras en la mayor parte del negocio de diversiones de Nueva York. Llevaron a la bancarrota a Artie, se apoderaron de su club y a él le arrojaron un hueso, haciéndolo gerente de un club de Strip Alley, propiedad del sindicato, cuyo nombre era La Hoja de Higuera.

Dadas las circunstancias, Artie había hecho lo posible por conservar algunos jirones de dignidad, aunque era evidente que vivía preso de terror mortal hacia los verdaderos dueños del club, jefes de pandilla tales como Lenny Fassio y el jugador y usurero de Broadway llamado Moe Selig. Artie, por supuesto, se vio obligado a presentar números de *striptease*. Tenía que exhibir a sus coristas con los trajes más sintéticos posibles, pero a diferencia de otros gerentes de lugares análogos en Strip Alley, insistía en que sus coristas supieran bailar. Artie equilibraba sus espectáculos contratando elementos como Zita Janos, que contaban con algo más de talento que la simple habilidad de descorrer un cierre automático.

Por espacio de casi una cuadra, a cada lado de la calle, los clubes nocturnos de Strip Alley se sucedían unos a otros. Todos ostentaban enormes fotografías coloreadas que representaban a mujeres de copiosos bustos. A aquellas horas de la tarde, ninguno tenía luz encendida.

En el frente de La Hoja de Higuera se veía la foto muy ampliada de una mujer con formas de amazona, y la leyenda: UN METRO OCHENTA DE BELLEZA - JUSTINE, BAILARINA EXÓTICA - QUE OCUPA EL SEGUNDO LUGAR ENTRE LAS MUJERES MÁS ALTAS DE BROADWAY. Había también otra fotografía, más pequeña y relativamente modesta, de Zita Janos con traje de gitana, bailando con una pandereta sobre la cabeza. Una de las carteleras estaba vacía, sin duda la que antes ocupaba la foto de Humpty Dumpty con su saco a cuadros y sus pantalones abullonados de payaso.

Hardin empujó la puerta del club y la encontró cerrada. Junto a la puerta se veía un botón con la leyenda: «Entregas». Hardin lo oprimió.

Fue el mismo Artie Myerson quien abrió la puerta del club. El interior estaba en la penumbra, pero Hardin pudo apreciar la mirada de miedo y preocupación que tenían los ojos de Myerson.

—Entre —dijo Artie—. Entre pronto.

En cuanto Bart penetró en el sombrío interior, el otro cerró la puerta y le echó el cerrojo.

—¿Alguien lo vio entrar, Hardin? —inquirió.

—No lo creo. ¿Por qué?

—No quiero ver polizontes en el asunto. No lo andan siguiendo los agentes, ¿verdad?

—No. No tengo motivos para suponer que me siguen. ¿Por qué habrían de

hacerlo?

—Venga, entonces.

Echó a andar rápidamente por el sombrío interior del club nocturno, donde las sillas estaban apiladas aún sobre mesas vacías. Los mozos no habían llegado todavía para preparar la función de la noche. El local nunca se abría antes de las siete, y por lo común no empezaba a llenarse de gente hasta pasadas las ocho.

Artie condujo a Bart por un estrecho corredor que llevaba, por detrás de la orquesta, hasta más allá de los camarines. Volvió un recodo y abrió la puerta de un pequeño despacho. Sentándose en una silla giratoria que estaba tras un escritorio, indicó a Bart otra silla tapizada.

Artie Myerson era un hombre delgado, de cara afilada, amplia frente en que se iniciaba la calvicie, y modales nerviosos. Tamborileó espasmódicamente en el escritorio con sus largos dedos, y contempló el ciclo raso con gesto abstraído, antes de hablar.

—Me habló Zita —expresó—. Me dijo que lo había visto a usted, y que lo esperara.

Se inclinó sobre el escritorio y empujó una botella y un vaso hacia Hardin.

—Sírvese. Hice traer del bar un poco de *whisky* irlandés.

Bart se sirvió la bebida.

—Hardin —comenzó Artie—, no sé cómo decirlo, pero tengo que contárselo a alguien. Si voy a la policía, no faltará gente que lo sepa, y usted sabe lo que me ocurrirá: me encontrarán en el río o en algún zanjón.

Hardin bebió sin decir nada. Myerson lo miró por un instante, luego se levantó y anduvo cinco pasos en una dirección, cinco en otra; por fin volvió a sentarse.

—Usted ha sido muy atento conmigo —siguió—. Se ha portado muy bien con este agujero en el *Broadway Times*. Me consiguió un buen elemento con Zita Janos. Supongo que estoy en deuda con usted. Y hay gente que está empeñada en mezclarlo en este asunto. Le enviaron el cadáver, ¿no es así?

Hardin asintió con la cabeza. Artie resolló perceptiblemente.

—Muy bien. Tengo que contarle una cosa.

Bart sorbió otro trago de su *whisky* y habló por fin:

—¿Qué cosa, Artie?

—Humpty Dumpty Hughes jugaba mucho y no ganaba muy a menudo. Siempre andaba en dificultades con el dinero, y pidiendo adelantos sobre su sueldo.

—Yo juego también, y no gano muy a menudo —repuso Hardin—. Medio Broadway padece de esa enfermedad. No suele ser mortal, ordinariamente.

Artie se levantó y volvió a pasearse por el cuarto. Se detuvo frente a la silla de Hardin frotándose las manos.

—Hardin, Humpty Dumpty Hughes había pedido dinero prestado a Moe Selig. Una suma importante.

—También eso lo hace medio Broadway. Selig no es sólo el más importante

tomador de apuestas del Sindicato. Es también usurero. Yo mismo le he pedido crédito. Los bancos proceden con demasiada lentitud, a veces, para las finanzas de Broadway.

—No creo que Humpty Dumpty Hughes pagara su deuda —respondió Myerson.

—¿Y usted supone que por esa razón lo asesinaron?

El rápido movimiento afirmativo de Artie fue apenas perceptible.

—Tal vez —admitió Bart—. Se dice en Broadway que no conviene deber dinero a Selig más de siete días. De lo contrario, envía un mensajero, más bien dos, generalmente. Dos matones que lo estropean bastante a uno, y aun le pueden romper un hueso o dos. Pero el asesinato es otra cosa. Los polizontes se enfurecen de veras en los casos de asesinato, y al Sindicato no le gusta enfurecerlos. El Sindicato es una familia de serpientes particularmente degeneradas que devoran a sus propios hijos. Pero no asesina a los extraños, como Humpty Dumpty, salvo caso de absoluta necesidad.

Bart concluyó su *whisky* y dejó el vaso vacío sobre el de Myerson.

—Selig no le daría a nadie como Humpty Dumpty más de unos pocos miles —siguió—. Los ingresos del payaso no responderían por un crédito más importante. Y no creo que lo mataran por unos pocos miles.

Myerson suspiró, y su suspiro pareció de alivio. Volvió a sentarse en la silla giratoria.

—No era más que una suposición —explicó—. Yo sabía que Humpty Dumpty le debía dinero a Selig y que no pagaba. Pensé que eso podía tener algún significado. Y sigo pensándolo.

Bart habló lentamente.

—Es raro que usted me cuente eso —dijo—. Selig maneja una porción de asuntos en el Sindicato. Por ejemplo, mantiene estricta vigilancia sobre estos agujeros de Strip Alley. En cierto modo es su patrón, Artie. Al Sindicato no le gusta asesinar a particulares sin necesidad, pero, como le dije, no vacila en devorar a sus propios hijos. No vacilará en devorarlo a usted. Está arriesgando bastante el pescuezo. Las atenciones que me debe no son motivo suficiente. Usted no es un pandillero, lo sé. Pero ¿a santo de qué me está contando esto?

Artie permaneció pensativo por espacio de un minuto.

—Tal vez ya estoy harto —explicó—. Tal vez ya no me importa nada. Usted sabe que detesto lo que estoy haciendo, que lo hago sólo porque es la única manera de ganarme mis chuletas de cerdo. La pandilla me despojó de mi club en Greenwich Village. Sólo obtuve por él la décima parte de su valor. Quizá deseo ser un hombre en vez de un ratón. Además, confío en usted, Hardin.

—Gracias. Ya he pensado en lo que me dice, Artie. Es una posibilidad, pero no llego a entenderla del todo. Los matones de Selig no matan a un hombre tirándolo por una ventana en presencia de la mayor multitud del mundo. Ni le disparan un tiro después de muerto. Los pandilleros conocen un muerto cuando lo ven; han visto



tantos como el médico de policía. Y le faltaban los zapatos a Humpty Dumpty. Un vago cualquiera puede robar un par de zapatos; los pistoleros alquilados por el Sindicato no.

—Era una idea —los ojos de Myerson eludieron la mirada de Hardin—. Pensé que debía comunicársela.

Bart se levantó.

—Reflexionaré sobre eso. Por ahora, me quedaré a cenar aquí esta noche. Quiero oír cantar a Zita. ¿Tendrá la bondad de hacerme reservar una mesa?

Le pareció que una expresión de alarma pasaba por el rostro de Myerson. Pero desapareció tan fugazmente como había llegado.

—Con mucho gusto —declaró Artie—. Considérese invitado de la casa.

Bart meneó negativamente la cabeza.

—Pagaré —repuso—. Siempre pago cuando como en Strip Alley. Es por si necesito decir algo desagradable en el diario.

Salió de la oficina y cruzó de regreso el club. Había ahora más luces. Dos mozos estaban comenzando a disponer las cosas para la velada; tras el mostrador, un barman, que no se había puesto aún el saco blanco, estaba exprimiendo limones.

La oficina del *Broadway Times* quedaba a sólo unas cuadras de La Hoja de Higuera. Hardin consultó su reloj: eran cerca de las seis. Decidió ir a ver cómo se las arreglaba Pops Taylor.

Encontró a Pops sentado ante el escritorio en forma de herradura. Pero el viejo no parecía muy ocupado.

—¿Anda todo en orden? —preguntó Bart.

Pop asintió, mirándole por encima de sus anteojos en semicírculo.

—Todos los principales artículos están hechos. Ahora iré a la sala de composición y dejaré todo arreglado en unos minutos. Tendremos cuatro carreras seguras en Santa Anita. Podríamos tener los resultados de la quinta si no los demora demasiado el telégrafo.

—Los resultados de la quinta los tuvimos ayer, ¿no es así?

Pops miró un ejemplar de la edición del día anterior, que tenía sobre el escritorio.

—Así es.

—En ese caso, es probable que él tuviera apuestas para la sexta, séptima u octava —murmuró Bart, como hablando consigo mismo.

—¿Quién?

—Humpty Dumpty Hughes. Existe un pequeño agregado a la historia de Humpty Dumpty, dicho sea de paso. Voy a escribirlo y a pasárselo.

Se introdujo en la oficina y sentóse ante la máquina de escribir sin quitarse el sombrero ni su húmedo abrigo impermeable. Escribió un párrafo informando que otro cochero de plaza estaba siendo interrogado acerca de un par de zapatos que correspondían al hombre asesinado. Sacó luego la hoja, cruzó la sala de redacción y arrojó el artículo sobre el escritorio, ante Pops. Este lo señaló con una indicación

tipográfica, lo leyó rápidamente y lo puso en una canasta de alambre.

—¡Eh! ¡Muchacho! —gritó.

Apareció un joven de anchos hombros y cabello rojizo y se llevó el original.

—Pops —dijo Bart—, son muchos los personajes del deporte que tienen algún sobrenombre, ¿no es así?

—La mayor parte —asintió el viejo.

—¿A qué clase de deporte podría corresponder un individuo pequeño, delgado, con manos muy anchas?

—Podría ser un *jockey*, por supuesto —repuso al instante el otro—. Tienen que mantener bajo el peso, pero el manejo de las riendas les hace las manos grandes como platos.

—Piensa bien, Pops. ¿Conoces algún *jockey* cuyo apellido, o cuyo sobrenombre, sea Duke?

—Por cierto. Uno de los principales *jockey*, entre los años treinta y cuarenta o un poco más. Tú también lo conoces, o al menos debieras conocerlo. Le hiciste un reportaje hace cuatro años en Belmont Park, cuando estaba tratando de preparar un caballo retirado que volvía a la pista. Me refiero a Duke Grover.

Hardin chasqueó los dedos y dejó escapar una maldición por lo bajo.

—¡Por cierto! ¡Ahora me acuerdo! ¡Muchacho! ¡Muchacho! —llamó. Y agregó, cuando el joven pelirrojo se hizo presente—: Escucha, Orville, vuelve al archivo y tráeme todas las fotos que puedas encontrar de un *jockey* llamado Duke Grover.

El muchacho se retiró a toda prisa. Bart volvióse de nuevo hacia Pops:

—Dime ahora todo lo que sepas sobre Duke Grover.

—No sé mucho más que lo que podrías saber tú. Fue importante en su hora. Ganó la mayoría de los principales premios, una vez u otra. Siempre llegaba entre los primeros. Luego se avejentó de golpe, y además empezó a beber. No podía conseguir caballos. Casi se moría de hambre, porque había vivido a lo rico, sin ahorrar nada. Trató de hacer correr un caballo ya retirado, y esa fue la ocasión en que tú lo entrevistaste. No le resultó. Probó a entrenar caballos. Tampoco le fue bien. Y desapareció simplemente. He oído que escapó de la policía federal que lo buscaba por impuestos atrasados, y de su esposa que le reclamaba alimentos.

El muchacho volvió con un amplio sobre de papel grueso que colocó ante Hardin. Este sacó una porción de fotos originales. La que estaba encima de las otras era un excelente primer plano.

—¡Este es el hombre! —exclamó—. ¡Sin ninguna duda!

—¿Qué hombre? —interrogó Pops.

—El que según Willie Goetz, el Rey del Turf, era un lustrabotas.

## Capítulo 13

*El detective de mediana edad llamado Romano estaba sentado con aspecto de cansancio en el cuarto de Manhattan Oeste que servía para interrogar a los detenidos. Frente a él, del otro lado de la mesa, ocupaba una silla el viejo cochero, Lew Bantry, sobre cuya cara cubierta de entrecana barba crecida brillaba una lámpara eléctrica de doscientos vatios.*

*—Ya le dije todo —decía Lew—. Ya se lo dije a esos otros tipos. Ya lo dije un millón de veces todo lo que sé. ¿Por qué siguen martirizándome?*

*—Escapaste Lew —contestó Romano—, cuando un hombre escapa es porque tiene miedo. Cuando tiene miedo se hace sospechoso. Y bien: tú dices que ese automóvil se detuvo y que el hombre te hizo señas, luego se acercó y te ofreció cien dólares por llevar a ese borracho al departamento de Bart Hardin. Perfecto. Dices que el hombre regresó al automóvil. Empecemos por ahí, Lew. Ese hombre y su compañero ¿sacaron al borracho de su automóvil y lo llevaron a tu coche en seguido? ¿O hicieron alguna otra cosa antes?*

*—Ahora que usted lo dice, uno de ellos hizo algo más —admitió Lew—. Fue así. Usted tiene que comprender que estaban estacionados a alguna distancia, en la calle, y que se había hecho bastante oscuro. Yo no podía verlos muy bien. Pero comenzaron a sacar al borracho. Entonces, de pronto, volvieron a meterlo en el auto y entraron también ellos. Por un minuto creí que habían cambiado de opinión y que había perdido mi billete. Entonces uno de los tipos sale y se acerca a ese cerco bajo que rodea el parque, y se inclina sobre él. Yo creí que había bebido demasiado y que estaba descompuesto. De cualquier modo, sólo estuvo allí un minuto, y volvió al automóvil. Sacaron arrastrando al borracho. Y esta vez lo trajeron por la calle hasta echarlo dentro de mi coche.*

*—¿Y no viste si ese borracho que arrastraron, el que era en realidad un muerto, tenía puestos los zapatos? —preguntó Romano.*

*—Ya le dije que no lo sé. Yo estaba sentado en el pescante. Sólo sé que lo pusieron en el coche, y lo acomodaron allí. Después se me acercó uno de ellos, me dio un billete de cien y yo me alejé con el coche. Eso es todo.*

*—Bien, Lew, al fin nos has dicho algo útil. Eso confirma el relato de otro cochero a quien tenemos detenido.*

*—¿Qué cochero?*

*—Un tipo llamado McGonigle.*

*—¿Terry? Él no sabe nada. ¿Qué podría saber? Ni siquiera estaba allí.*

*—Supongo que ahora podremos dejarlo irse a su casa.*

*—¿Por qué, en cambio, no me dejan ir a mí?*

*Romano soltó una risita.*

*—Ya te dije, Lew: Porque te tenemos simpatía. Además, ese McGonigle tiene un ratón mascota, y si no lo dejamos que vaya a darle de comer, el pobre animalito se*

*morirá de hambre. ¿No te gusta cómo te atendemos? ¿Alguna queja?*

*—Sí. Tengo una queja.*

*—¿Cuál?*

*—Extraño a mi viejo caballo, Roscoe.*

*Justine, la muchacha alta, que bailaba el striptease estaba arreglándose para ir a La Hoja de Higuera. Se puso un abrigo de piel de conejo teñida, y un pañuelo de seda sobre la cabellera rojiza. Sentóse en una banqueta e introdujo los pies, calzados con zapatos de noche de tacones altos, dentro de un par de botas impermeables de plástico transparente. Miró por la ventana y vio que la nieve seguía cayendo. Se estremeció, recordando aquel sueño en que se veía como una vieja arrugada, desnuda ante un público de hombres que gritaban y que le arrojaban frutas podridas.*

*Sacudió la cabeza.*

*—No quiero envejecer —se dijo.*

*No habría de envejecer ya mucho.*

## Capítulo 14

—Retardada impresión por unos minutos —pidió Hardin al viejo Taylor—. Quiero que haya un recuadro importante para este asunto de Humpty Dumpty.

Dejó las fotos de Duke Grover sobre el escritorio en forma de herradura y regresó a su oficina. Luego de poner una larga hoja de papel en la máquina de escribir, tecleó rápidamente un breve párrafo:

### ÚLTIMA HORA

Antes de cerrar esta edición se nos informa que la policía busca a cierta figura del mundo deportivo, prominente en un tiempo, y que se encuentra vinculado con la extraña muerte de «Humpty Dumpty» Hughes, cómico de club nocturno. La policía supone que dicha persona pueda informar sobre la identidad de George C. Duke, misterioso huésped de Stoneleigh Hotel, que también ha desaparecido.

Bart leyó el párrafo y le hizo un par de marcas con lápiz. Rió por lo bajo. «Quizá convenga que Romano sepa que anda detrás de alguien», se dijo.

Tomó el teléfono para llamar a Manhattan Oeste. El joven ayudante de Romano, Grierson, estaba otra vez de servicio y respondió a la llamada. Grierson era un joven muy correcto, un polizonte con educación superior.

—Lo siento, señor Hardin —contestó—. El teniente está interrogando a un testigo y no puede ser molestado. ¿Quiere dejarle dicho algo?

—Dígale que creo conocer la identidad del señor Duke. Que lea el *Broadway Times* esta noche.

Colgó el tubo antes de que Grierson pudiera replicar o hacer preguntas. Cruzó luego la redacción y arrojó sobre el escritorio, ante Pops, la hoja que acababa de escribir.

—Tengo que ir ahora a la sala de máquinas para preparar la impresión —anunció el viejo—. Llevaré esto.

Hardin permaneció un minuto reflexionando. Luego tomó la fotografía de Duke Grover llamó al joven pelirrojo y le pidió que trajera un sobre grande. Puso en él el original fotográfico y se retiró de la oficina.

Eran más de las seis, como pudo ver en su reloj. Pérez, el gerente nocturno del Stoneleigh, estaría de turno otra vez.

Pasó por delante del Madison Square Garden, cruzó la calle y dio vuelta en dirección a Broadway por la Cuarenta y Nueve, hacia la calle llamada Jacobs Beach. Al pasar por la cigarrería que encubría el establecimiento de apuestas de Moe Selig frunció las cejas.

Había algo raro, en verdad, en las revelaciones que Artie Myerson acababa de hacerle. Se hacía difícil admitir que una sabandija como Artie se rebelara tan repentinamente. Artie había permitido que la pandilla lo radiara de un negocio legal y provechoso. Era en apariencia un hombre de inclinaciones decentes, pero no había

titubeado en aceptar las migajas que se había dignado arrojarle el sindicato. Y al regentear La Hoja de Higuera se estaba identificando con la pandilla. Parecía vivir en perpetuo y mortal terror de ofender a los grandes jefes de la misma. Moe Selig era uno muy importante, y Artie lo acusaba virtualmente de complicidad en un asesinato, sobre la base de indicios inconsistentes. Aquello no tenía sentido.

Hardin se resistía a creer que Selig hubiera mandado matar a Humpty Dumpty. Eso no encajaba. Por supuesto, era posible que hubiera enviado a sus matones a darle una paliza. Acaso los hampones tomaron la cosa con demasiado entusiasmo. Era posible que mataran al payaso por accidente.

Hardin se detuvo de pronto.

Era probable que los enviados de Selig no hubieran querido matar a Humpty Dumpty, que la muerte de éste fuera un grave error.

Eso explicaría, se dijo, una porción de cosas.

De pronto se dio cuenta de que estaba detenido en medio de la acera, estorbando el paso de la gente. Siguió andando, y dobló por Broadway, hacia el centro. Llegó al Stoneleigh y entró en el vestíbulo.

Apenas entró se detuvo.

Alguien estaba frente al escritorio, hablando con Pérez.

Bart se zambulló en una casilla telefónica. Desde allí podía ver el mostrador con toda claridad.

No se había equivocado.

La mujer que estaba allí era Sylvia March, la secretaria de Willie Goetz.

Hardin se sentó en la cabina telefónica, con la cara pegada a la puerta de vidrio. Calculaba que Silvia tendría que pasar por delante de él al salir. Si la abordaba inesperadamente, era posible que la sorpresa la impulsara a revelar cuáles eran sus asuntos con Pérez.

Sylvia se retiró súbitamente del escritorio, y Bart lanzó una imprecación.

Había otra salida a una calle lateral, y la joven se encaminó hacia ella.

Hardin empujó la puerta elástica de la cabina y corrió a través del vestíbulo hacia la salida que quedaba junto al escritorio. En el momento en que él llegaba a la calle, Sylvia había desaparecido. Bart regresó al hotel y se acercó al mostrador.

Pérez levantó la vista mirándole con expresión burlona.

—Bien, bien —comentó—. ¡Es Richard Harding Hardin, el periodista!

Hardin sacó del sobre la fotografía de Duke Grover, y la colocó sobre el mostrador, frente al individuo.

—¿Lo conoce? —preguntó.

Pérez contempló la blusa de seda del personaje.

—Parece un jockey —dijo—. No conozco a ninguno de ellos. Mi abuela me decía que jugar era pecado.

—Es el señor Duke, ¿verdad, Pérez?

—Un gerente de un hotel trata a muchas personas. Es difícil recordar las caras.

—¿Ya no recuerda? Anoche les dijo a los policías que se trataba de un señor muy respetable.

Pérez hizo una mueca.

—Si no hubiera sido respetable, no habría podido ser inquilino nuestro.

—Usted debe recordar la cara de la mujer con la que estaba hablando hace unos tres minutos. ¿De qué hablaban, Pérez?

—Escuche —repuso el gerente—, salvo que se consiga una insignia, no tengo por qué contestarle. Pero deseo ser especialmente atento, y le contestaré. Esa dama sólo deseaba hacerme una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Quería saber dónde quedaba el baño de señoras.

—Sin duda le dijo que estaba en la calle, pues hacia allí se fue.

Pérez sonrió burlescamente.

—Es que tengo un agudo sentido del humor, ¿no es así?

Bart volvió a poner la fotografía dentro del sobre.

—En caso de que vea a Duke Grover, dígame que no creo que él sea el asesino de Humpty Dumpty. Dígame que lo ayudaré todo lo que pueda si se pone en contacto conmigo.

—¿Quién es ese Duke Grover? —preguntó Pérez, mientras Hardin se alejaba.

Bart contaba todavía con dos horas ociosas antes de ir a La Hoja de Higuera. De pronto se dio cuenta de que estaba muy cansado y de que sólo había dormido un par de horas desde el día anterior. Se dirigió a su departamento sobre el Circo.

Cuando llegaba a lo alto de la escalera oyó la campanilla del teléfono. Subió apresuradamente el tramo que le faltaba, abrió la puerta y tomó el aparato. Pero si en realidad era su teléfono el que había llamado, el desconocido acababa de colgar el tubo.

Puso en hora el reloj despertador, se quitó la ropa y los zapatos y echóse en la cama. En sesenta segundos estaba profundamente dormido.

Poco más de una hora después, sonó la campanilla del reloj. Hardin se despertó y bostezó ampliamente, sin sentirse demasiado renovado por su breve sueño.

Eran cerca de las ocho cuando salió del departamento y tomó un taxi hacia La Hoja de Higuera.

Myerson había reservado para Bart una mesa de primera fila, directamente junto al espacio libre donde trabajaban los artistas. Sólo unas pocas de las otras mesas estaban ocupadas. El club estaba alumbrado a medias por una misteriosa luz azul, pues Justine, la bailarina de *striptease*, terminaba en aquellos momentos su número y había llegado al punto en que sólo llevaba encima poco más que polvos de talco.

Cuando Hardin se sentó, Justine deslizóse hacia la mesa en una sucesión de rápidos pasos laterales al compás de *Una linda chica es como una melodía*, que estaba ejecutando la banda.

—Hola, muchacho —dijo en un susurro, sonriendo y arrojándole una prenda en la

cara—. No te impacientes. Tu chica vendrá de un momento a otro.

Hardin le hizo una mueca.

—No salgas a la nieve con esa ropa, nena —aconsejó.

La música llegó a su *crescendo* final. Justine recogió las ropas que había dejado caer en el piso y huyó con ellas de la luz de los reflectores. Algunos aplausos sin mayor entusiasmo premiaron su actuación.

Las luces se encendieron.

Un mozo se acercó a la mesa de Bart, quien pidió un *whisky* irlandés y seleccionó de la lista algunos platos. Estaba bebiendo su *whisky* cuando se acercó Artie Myerson a saludarlo.

—Hola —dijo en voz baja, porque un joven cantor estaba añorando en una melodía un amor largo tiempo perdido—. ¿Le gusta la mesa?

—Perfecta. Puedo percibir hasta el perfume de Justine.

—Estaba preguntándome si se quedaría después del espectáculo de la cena.

—¿Por qué? ¿Está tratando de librarse de mí? No estoy aquí gratis, Artie. Ya se lo dije.

—Usted sabe que no me refiero a eso. Es que más tarde vendrá mucha gente. Algunos tipos que tienen una asamblea. Estaba calculando cuánto espacio tendría.

—No se preocupe. Oiré las canciones de Zita, comeré y me iré.

—No hay ningún apuro, por supuesto —aclaró Artie—. ¿Ha pensado en lo que le dije?

—Sí que he pensado. Pero no creo que eso conduzca a nada.

Artie se encogió de hombros.

—Tal vez no. No era sino una sugerencia. Con su permiso, Hardin.

Myerson se alejó, con algún propósito indefinido. Casi en seguida, el mozo sirvió a Bart el primer plato.

Hardin hizo un gesto de desagrado, Artie tenía real prisa por verse libre de él, se dijo. Los clubes nocturnos no se destacan por la prontitud del servicio, salvo en las bebidas, y la cena no se sirve casi nunca mientras se desarrolla el espectáculo.

El plato de carne estaba ante él cuando las luces disminuyeron de intensidad y un reflector dibujó un círculo dorado sobre el palco de la orquesta. Artie Myerson se hallaba de pie ante el micrófono.

—Señoras y señores —dijo—: tenemos una singular atracción para ustedes esta noche. Muchos de ustedes conocen ya a una encantadora damita, la bailarina Zita Janos, la hermosa refugiada de la desgarrada Hungría. La señorita Janos sufrió anoche un pequeño accidente que le ocasionó una lesión en el tobillo, de manera que no podrá ejecutar su danza gitana —Artie levantó la mano—. Pero... Zita no es menos conocida en las capitales europeas como cantante que como bailarina. Esta noche señala su debut como cantante en este país. Cantará para nosotros algunas canciones de su patria. Un aplauso para ella.

Los escasos clientes cumplieron batiendo palmas al hacer su entrada Zita Janos.



Vestía el mismo colorido traje regional que llevaba en el número de baile y llevaba la pandereta con cintas. Sólo la acompañó el pianista. La música era alternativamente alegre hasta el estruendo y quejumbroso de puro triste. Zita poseía una voz de soprano notablemente clara aunque potente. Era extraño, se dijo Bart, puesto que al hablar su voz era tan baja y tan suave. A veces tenía él que pedirle que repitiera sus palabras.

Con su traje gitano, Zita constituía una encantadora y solitaria figura bajo el círculo de la luz dorada. Había en el club dos columnas decorativas de lado a lado, y sus sombras se erguían en la luz detrás de la pequeña muchacha, oscuras, enormes y amenazadoras, como los acechadores que turbaban sus sueños.

Cuando la joven llegó al último número de su repertorio, miró significativamente hacia Bart y sonrió antes de comenzar la canción. Como Hardin suponía, era la del rey perverso y la niña gitana.

Concluyó la canción y con ella el número de Zita. Seis coristas, ataviadas con unas pocas cintas y algunas chispeantes lentejuelas, entraron a la carrera en la pista de baile. Siempre con su vestido gitano, la joven húngara se acercó a la mesa de Bart, tomó asiento y pidió una taza de café.

—Sabía que estarías maravillosa, querida —le dijo él—, pero me sorprendió que tu voz sea tan clara y tan poderosa. La mitad de las veces, cuando me hablas, lo haces en voz tan tenue que apenas puedo oírte.

Sonrió Zita.

—Me haces feliz —declaró—. Te diré: si alguna vez te necesito, no te pediré ayuda; me limitaré a cantar esa canción de la pobre niña gitana.

Cuando Bart concluyó su comida, propuso:

—¿Qué te parece si te pusieras tu vestido de calle y saliéramos a tomar una copa en alguna parte? Artie me dio la impresión de que yo no soy demasiado bien visto aquí. Está esperando a una porción de bomberos voluntarios o algo así.

Zita meneó la cabeza.

—No vale la pena —repuso—. Dentro de poco tengo otro número. Y mi tobillo me está latiendo algo, como dijo el doctor que podía ocurrir. Tomaré una aspirina y me acostaré en el diván del camarín.

—¿A qué hora sales? Vendré a buscarte y te llevaré en un taxi al hotel.

—Artie es muy bondadoso. Me pondrá en el primer turno del último espectáculo, de modo que pueda irme a casa temprano. Habré terminado un poco antes de las tres.

—A esa hora vendré a buscarte.

—Bart, ¿qué te dijo Artie acerca de Humpty Dumpty? ¿Algo importante?

—En realidad no creo que fuera muy importante —repuso—. Con todo, no dejé de intrigarme un poco. Por el bien de Artie no creo que deba decirte más que eso.

Continuaron conversando un rato. Luego Bart pagó su cuenta y salió.

Zita regresó al camarín. El grupo que esperaba Artie no había llegado. El club permanecía aún semidesierto.

Hardin pensaba regresar a su departamento y dormir otro rato, pero la comida y la bebida habíanle dado nuevas fuerzas. Decidió ir al Sligo Slasher, un bar situado directamente frente al Madison Square Garden, y que atraía principalmente a figuras del periodismo y los deportes. Tony Maclaren, el propietario, sostenía haber sido en su juventud campeón de peso liviano en Irlanda.

El local quedaba a pocas cuadras y Bart tomó hacia el oeste y el sur, desplazándose lentamente a pesar del frío y de la nieve.

El cromo y el plástico de los bares modernos no había profanado todavía el bar Sligo Slasher. Se trataba de un salón a la antigua usanza, con aserrín en el piso, y en las paredes amarillentas fotografías de campeones semiolvidados. El mostrador era viejo y de color oscuro, y Tony Maclaren, de pie tras él, era apenas lo bastante alto para ser visto desde el otro lado. Él mismo pertenecía a otra época. Usaba ligas para sujetar las mangas, y un alfiler de corbata con diamantes dispuestos en herradura. Saludó efusivamente a Hardin, no sin protestar por la ausencia de éste durante la fiesta de Año Nuevo.

Durante más de dos horas permaneció Bart bebiendo *whisky* y escuchando los inverosímiles relatos de Maclaren acerca de sus proezas en el ring. Faltaban pocos minutos para las once y media cuando llamó el teléfono. Maclaren atendió e informó a Hardin que el llamado era para él.

Bart se introdujo en la casilla del teléfono.

—¡Hola! —exclamó.

Una voz dijo:

—Traté de encontrarlo en su departamento y en otros dos o tres lugares, Hardin. Entonces recordé que usted suele beber en la cueva de Maclaren. Habla Moe Selig. Tengo que verlo ahora mismo, en seguida.

## Capítulo 15

El hombre corpulento rió sin alegría e indicó con muy nervioso. Seguía jugando con sus anteojos de armazón de plástico y limpiando la humedad de los cristales con un sucio pañuelo.

—No me gusta eso —dijo—. Es muy malo. Se trata de un delito federal. ¿Cuánto durará?

Indicó con la cabeza una puerta cerrada.

Uno de los hombres corpulentos se miró las manos, en las cuales el trabajo de la manicura estaba estropeado. Había hecho lo posible por arreglarlas, pero las manicuras no atienden los días de fiesta. Tendría que acordarse de visitar una al día siguiente, a primera hora.

Mientras seguía contemplando sus uñas, el hombre corpulento decía:

—Sólo un par de días, quizás. Hasta que pase la primera impresión. No necesitamos este lugar mucho tiempo. Y no debiera preocuparte la responsabilidad. Ya te arriesgaste bastante con los federales cuando tuviste aquel sótano en la Cuarta Avenida, ¿recuerdas? ¿Recuerdas cuántas cosas feas imprimiste? Además, ya te pagarán. Te pagarán un buen precio por alquilarnos ese cuartito.

—Pero durante el día viene aquí mucha gente —protestó el hombre de las manos manchadas de tinta—. ¡Esto es una locura!

—La gente no tiene nada que hacer en ese cuartito —replicó el hombre corpulento—. No es más que un depósito. Bastará con que te asegures de que está cerrado, y que tú solo tengas la llave.

—No me gusta —repetía el hombre de las manos manchadas de tinta.

El hombre corpulento rió sin alegría e indicó con la cabeza la puerta cerrada.

—¿Y crees que a ella le gusta? —dijo.

## Capítulo 16

—¿Dónde está usted? —preguntó Hardin.

—En la cigarrería de Jacobs Beach, apenas a una cuadra del bodegón de Maclaren —repuso Selig, quien se refería siempre a su establecimiento de apuestas como a «la cigarrería».

—Estaré allí en seguida —dijo Hardin.

—Bien. Tengo un muchacho en la puerta. Está oscuro, pero él lo esperará.

Selig cortó la comunicación. Bart hizo lo propio, y permaneció un momento en la casilla del teléfono, frotándose el mentón, con expresión de perplejidad en su rostro.

No le había revelado a nadie, ni aun a Zita, las confidencias de Artie Myerson. Y sin embargo, Selig parecía saber que Artie había hablado. No había otra explicación posible para semejante llamada a medianoche.

Salió de la cabina e hizo una seña de despedida a Maclaren, dejando sobre el mostrador un vaso todavía medio lleno. Caminó a buen paso hacia la Octava Avenida, cruzó la calle y llegó a la cigarrería en sombras. Acababa de dar unos golpecitos en el vidrio cuando se abrió la puerta y una voz áspera le dijo:

—Adentro, Hardin. El patrón lo espera.

Al entrar Bart, la puerta se cerró tras él y se oyó el crujido de un cerrojo. Una luz mortecina ardía en la parte trasera del local, detrás de un mostrador cubierto de carteles de propaganda y cajas de cigarros, casi con seguridad vacías. El portero lo guió en la semioscuridad hasta una pesada puerta que había en el fondo, la empujó y le indicó que entrara.

La trastienda, amplia y sombría, era el salón de carreras donde cambiaban de mano todas las tardes miles de dólares. Estaba llena de mesas y sillas. A un extremo veías e una incongruente reliquia de algún aula, un gran pizarrón en donde se anotaban los ganadores y los dividendos.

El guía de Hardin cruzó también aquel recinto y llamó a otra puerta, la del despacho privado de Selig. Una voz ronca invitó a entrar, y se oyó el zumbido del cerrojo mecánico que Selig descorría por medio de un botón, desde su escritorio.

Bart entró en el despacho, y otra puerta se cerró detrás de él.

La oficina estaba bien iluminada y Bart vio a Moe sentado tras un amplio escritorio. Era un hombre pequeño, delgado, de edad más que mediana, con hombros anchos y caídos y brazos tan largos que parecían los de un mono. Vestía un traje gris, a rayas muy finas, camisa blanca y corbata pintada a mano. Los párpados eran muy gruesos. Durante un momento permaneció contemplando en silencio a su visitante.

—Siéntese, periodista —dijo al fin—. Hace tiempo que no viene por aquí. ¿Se ha regenerado? ¿No apuesta más con Selig? ¿Ni siquiera le pide plata a Selig?

Bart se sentó.

—Estoy ahorrando para la vejez, Selig. Además, me han dicho que los bancos cobran menos interés que los usureros.

—¡Usureros! —Selig hizo una desagradable mueca—. Cuando tienen los bolsillos llenos, Selig es un usurero. Cuando andan a saltos, Selig es un amigo.

—¿Qué hace usted aquí tan tarde? —preguntó Bart.

—Tenía que ocuparme de los libros. Siempre empiezo con los libros el primero de año, en razón del impuesto a los réditos. Un hombre como yo tiene que recordar siempre una cosa: pagar el impuesto a los réditos. Al gobierno poco le importa de dónde viene el dinero, con tal de llevárselo. Son muy escrupulosos con los impuestos, periodista. Y es una suerte para usted que lo sea.

—¿Por qué para mí?

—Porque voy a tratar de ayudarlo. Créame, escritor, me apena este asunto. Cosas así no debieran suceder en estos excelentes Estados Unidos. No son democráticas.

Bart estaba habituado a los rodeos de Selig antes de tratar cualquier tema, pero se sentía desconcertado esta vez.

—¿Qué diablos está usted hablando, Selig?

Los párpados de lagarto se levantaron como pequeños doseles. Los globos oculares eran también protuberantes. Parecían querer saltar de sorpresa.

—¿Quiere decir que no ha oído nada? —inquirió.

—¿Oído qué?

—Acerca de la chica.

—¿Qué chica?

—Su chica, escritor —aclaró el usurero.

Un helado pánico aferró a Bart por un momento. Trató de no revelarlo en su rostro, y de que Selig no lo percibiera en su voz.

—Tengo montones de chicas, Selig. ¿A cuál se refiere?

—A ese precioso guisito húngaro. La que baila danzas gitanas en la cueva de Myerson.

—¿Zita Janos? —preguntó, esforzándose desesperadamente por resistir aquel impulso de lanzarse sobre Moe y sacudido hasta que le rechinaran los torcidos dientes.

—Ese es el nombre.

—¿Qué pasa con Zita Janos?

—Pensé que usted se habría enterado ya. Le ha sucedido algo, amigo.

—Se cayó y se lastimó el tobillo durante el espectáculo de la noche. ¿A eso se refiere?

Selig meneó la cabeza.

—Algo peor. La han secuestrado. Agentes extranjeros, Hardin. Créame, lamento tener que darle las malas noticias.

Hubo un momento de silencio mortal. Hardin luchaba por mantener su dominio de sí.

—Es ridículo —dijo por fin—. La vi hace menos de tres horas. ¿Cuándo se supone que sucedió eso?

El otro miro su reloj.

—Hace apenas una hora, según Artie Myerson. Él me llamó por teléfono, y tuvo la suerte de encontrarme en mi oficina.

—¿Por qué lo llamó?

Moe levantó un dedo meñique y lo agitó en dirección de Hardin.

—Selig pincha y corta en más de cuatro cosas de esta ciudad —aclaró—. Una de las cosas en que pincha y corta es esa cueva llamada La Hoja de Higuera. Selig es allí una especie de socio mudo, digamos. Artie Myerson es quien está al frente pero en el fondo lo que hace es trabajar para Selig y para la organización. Así, pues, cuando hay algún problema serio, Artie recurre a Selig.

—¿Sabe lo ocurrido la policía?

—¡Puf! —exclamó Selig con desdén—. No queremos polizontes en esto... No sería bueno para el club. Ni tampoco para la chica. Usted sabe lo que sucede cuando se da intervención a los polizontes en un secuestro. Al secuestrado le cuesta la vida. Artie no los llamó. Vienen a meter la nariz en todo, y cuando se trata de una cueva como La Hoja de Higuera le ponen un letrero bien grande con la inscripción «Intervenido por la policía». Eso ahuyenta a los clientes. Usted no querrá que enfríen a esa linda chica ¿eh, Hardin? No se meta con los polizontes: deje todo en manos de Selig.

—Está bien. Dejémonos de hablar con doble sentido, y pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Qué paso en realidad?

Los párpados del usurero bajaron de nuevo.

—Las pondré en la mesa para usted, escritor. Le diré cómo fue. Tal vez entonces podamos llegar a un acuerdo.

Bart esperó, mirando intensamente al individuo. Este se hundió en su silla, juntó los dedos sobre el pecho e hizo crujir los nudillos.

—En primer lugar, ella esperaba algo así, según dice Artie. Lo dijo a Justine, esa grandota que se pone en cueros, que dos agentes extranjeros la andaban buscando para secuestrarla y llevársela de regreso a su país. Los esperaba, minuto a minuto. Justine se lo contó a Artie Myerson.

—Tonterías. Zita tuvo algunas pesadillas en las que se veía secuestrada y llevada de vuelta a Hungría. Eso es simplemente natural. Todo refugiado que haya pasado lo que Zita tiene que experimentar los mismos temores, las mismas pesadillas. Pero ella está en su sano juicio; no cree en la realidad de esos sueños.

—Ahora sí cree, supongo —corrigió Moe.

—Siga, Selig. Cuénteme lo que sucedió.

—Hace una hora o cosa así, cuando Zita estaba preparándose para el segundo *show* de la noche, dos tipos grandotes, de aspecto extranjero entraron en el club de Artie. Dijeron que querían hablar con ella. Artie es desconfiado, de manera que los demoró un poco, fue a buscar a Zita a su camarín y le explicó lo que pasaba. Le propuso hacerla salir por la puerta del fondo, pero ella se negó, diciendo que tenía

que ir con ellos o de lo contrario su marido sería asesinado. Ningún argumento de Artie pudo hacerla cambiar de idea. Myerson dejó entrar a los dos tipos y hablar con ella. Poco después salió la chica con los tipos. Tenía puesto un abrigo sobre su traje gitano. Artie trató de detenerlos, pero ella se soltó y dijo que tenía que salir por un rato. Artie dice que la pobre tenía lágrimas en los ojos; pero ¿qué podía hacer él? Se iba con ellos por propia voluntad, no a la fuerza.

Selig hizo crujir otra vez los nudillos.

—Artie los siguió a la calle. Entraron los tres en un automóvil grande y partieron. Él esperó un rato, pensando que Zita volvería. Cuando vio que no regresaba, me habló por teléfono. Me dijo que ella era amiga de usted, de modo que llamé a una docena de lugares hasta que lo encontré en el Slasher, y en eso estamos ahora, escritor. Yo puedo ayudarlo.

—¿Cómo podría usted ayudarme, Selig? ¿Acaso pincha y corta también en materia de intrigas internacionales?

—¡No! —dijo Moe, con expresión de ofendido en su feo rostro—. Selig pertenece al uno por ciento de los ciudadanos norteamericanos que pagan sus impuestos. Pero sabe sentarse y escuchar. Y si uno escucha se entera de muchos informes que luego utiliza en sus negocios.

—¿Qué informes puede tener usted que nos sirvan para ayudar a Zita?

—Esos agentes extranjeros suelen necesitar a veces quien les haga algún trabajito. Por lo general trabajo bruto. A veces se ponen en contacto con alguna gente de la organización y hacen una oferta por trabajo bruto. Cuando eso sucede, Selig se entera. Selig des dice a los muchachos que lo entretengan un poco, hasta obtener alguna información sobre esos agentes extranjeros. Selig sabe bastante acerca de ellos, Hardin. Puede encontrar él la chica, si usted hace lo que él le dice. Lo que harán es meterla en algún barco y enviarla a Hungría de vuelta, y la tendrán secuestrada hasta que puedan conseguir ese barco. Salvo que usted de parte a la policía. Si mete en eso a los polizontes del FBI, los tipos la enfriarán cuanto antes y arrojarán el cadáver en cualquier parte. Si usted confía en Selig, todo saldrá bien.

—¿Y cuál es su condición, Selig?

Selig hizo una mueca casi amable.

—Usted sabe lo que pasa en la Calle Grande, compañero. Yo le rasco donde a usted le pica, y usted me rasca donde me pica a mí. Sólo impongo una pequeña condición, que casi no vale la pena mencionar. A usted le está picando fuerte, escritor. La picazón de Selig no es gran cosa, pero no le vendría mal que le rascaran un poco.

Los salientes ojos del pandillero contemplaron fijamente a Hardin.

—¿Y dónde le pica a usted, Selig?

—Veamos, periodista —Moe seguía con su habitual cháchara tortuosa—. Usted tiene una buena nariz. La mete en muchos lugares donde no debiera. Selig quiere recortársela un poco. No mucho; un poco, nada más. No dolerá. Y usted estará mucho mejor con la nariz recortada, compañero.

Hardin esperaba en silencio, porque no tenía otra cosa que hacer. Sabía por experiencia que no era posible apurar al usurero cuando estaba preparando un negocio.

Los ojos de Selig estaban ahora completamente cerrados.

—Esta tarde, por ejemplo —siguió—, esa nariz suya se metió en los asuntos de un tipo llamado Willie Goetz, que se califica a sí mismo de Rey del Turf. Entiendo que usted sigue relacionando a ese Willie con cierto imbécil que arrojó por la ventana a un cómico de Broadway. Eso no está bien. De ordinario, yo no me preocuparía tampoco, pues el Rey no pertenece a la organización. El negocio de datos para las carreras es estrictamente independiente. Pero hay otro punto de vista, y Selig tiene que considerarlo. Usted es capaz de lanzar los polizontes contra Willie, y una vez que ellos se meten, nadie sabe dónde irán a parar. Empiezan con el asunto de los datos para las carreras, que no concierne a Selig, pero a lo mejor engranan con el negocio de las apuestas, porque ambos gremios trabajan con carreristas. Y las apuestas sí le interesan a Selig. Le interesan a la organización. Le sorprendería saber cuántas pequeñas casitas pueden desatar una ola moralizadora, periodista. Casitas como éstas en que usted anda metiendo la nariz. El caso de Willie, por ejemplo.

—¿Cuándo dice usted que vio a Goetz, Selig?

Moe hizo una mueca.

—Son muchos los que recurren a Selig cuando están en algún lío. Selig no usa cuello duro abierto hacia atrás, pero viene a ser una especie de sacerdote para la gente que anda en dificultades.

—¿Le debía a usted dinero Humpty Dumpty Hughes? —insistió Bart.

—¡Otra vez! —protestó el pandillero—. Metiendo la nariz donde no debiera. Selig no hace sólo de sacerdote. Hace también de banquero o de abogado. Y no revela los informes confidenciales de sus clientes. Aunque ese infeliz le debiera algo a Selig, eso no tendría nada que ver con el que lo tiró por la ventana.

—La condición, Selig —insistió Bart.

Moe se inclinó y dio una palmadita sobre la rodilla de Hardin.

—Es apenas una condición muy chiquita, escritor. Que no se moleste con Willie Goetz. Que se asegure de que los polizontes no lo molesten tampoco. Usted puede arreglar eso, como amigo que es de ese tipo de Homicidios, ese Romano. Haga eso por Selig y Selig le hará una promesa. Selig pondrá en marcha toda la organización, si es necesario, pero encontrará a esa chica suya que secuestraron. Y le garantizo que se la traerá viva.

—Hay un inconveniente, Selig. Aunque yo me recorte bien la nariz, no podré impedir a Romano que prosiga la investigación en un caso de asesinato. No es tan amigo como para eso.

—Yo opino que sí —Moe inclinó enfáticamente su cabeza casi calva—. Selig confía en usted, compañero. De cualquier manera, le conviene probar. Esa bailarina gitana es una linda chica de veras. Selig no querría que le sucediera nada malo.



Hubo un largo silencio. El pandillero permanecía sentado en su silla, cerrados los ojos, como si estuviera durmiendo.

Era un ultimatum, se dijo Bart. Un siniestro ultimátum, por cierto. Y había que tomarlo como tal.

—Le haré el juego, Selig —expresó levantándose—. Para decirle la verdad, ya había decidido que la muerte de Humpty Dumpty era un accidente. No me ocuparé más de Willie, y trataré de impedir que Romano lo moleste. ¿Cuánto tiempo le llevará encontrar a la chica?

Los ojos de Moe permanecieron cerrados.

—Depende de lo que suceda. Si usted me rasca bien no tardará mucho. La organización sabe bastante acerca de esos agentes extranjeros.

Bart avanzó hacia la puerta.

—Hasta la vista, Selig —se despidió—. Hágame saber lo que ocurra.

—¿Dónde va ahora, escritor? —interrogó Selig. No había abierto todavía los ojos.

—A hacerme recortar la nariz —respondió Bart.

## Capítulo 17

Hardin caminó a un buen paso por entre la nieve apretados los puños dentro de los bolsillos de su abrigo impermeable.

Ahora estaba casi seguro de saber cómo había muerto Humpty Dumpty. También estaba seguro de saber *por qué* había muerto. Y suponía por qué le dispararon un tiro al cadáver. Creía saber quién estuvo bebiendo con el hombrecito de forma de huevo, la última noche del año, en la habitación número 932 del Hotel Stoneleigh. Hasta habría podido explicar por qué el cuerpo de Humpty Dumpty fue puesto en un coche de plaza y remitido a Bart Hardin. Más aún: podría aventurar una conjetura acerca del motivo por el cual le quitaron los zapatos a Hughes, si bien en este punto quedaba todavía algo de misterio.

Se había propuesto revelar a Romano todo eso, una vez que lograra atar algunos cabos sueltos. Uno de estos cabos era la posesión, por parte de McGonigle, de los zapatos que pertenecieran a Humpty Dumpty. Bart no dudaba de que Romano doblegaría al cochero de plaza y le haría confesar la verdad acerca de ese relativamente pequeño problema.

Hardin sabía todo esto, se dijo, pero ahora con el súbito y brusco giro que acababan de tomar las cosas, debería callárselo. Y aún tenía que hacer más. Tenía que tratar de impedir que Romano llegara a aquellas mismas conclusiones. Debería convertirse en cómplice de los delitos, ocultando lo que sabía.

Si lo hacía de otro modo, una muchacha llamada Zita Janos moriría, casi con absoluta seguridad.

Engañar a Romano no sería fácil, sobre todo desde que ya le había dicho tanto. Romano era uno de los polizontes más hábiles de la mayor ciudad del mundo.

Por un momento, sólo uno, Bart experimentó un violento deseo de ver al teniente y contárselo todo, e informar el secuestro de Zita al FBI. La declaración de Myerson en el sentido de que el secuestro era obra de agentes extranjeros daría amplia base al FBI para actuar en seguida, sin la habitual pausa requerida por la ley antes de intervenir generalmente en un caso de secuestro.

Pero Bart no podía eludir la simple y terrible verdad. Ni la policía ni los agentes federales podrían conducir una investigación sin hacer preguntas.

Y en cuanto empezaran a formular preguntas, ello significaría la sentencia de muerte de Zita Janos.

Moe Selig era un individuo astuto y un embustero consumado. Pero no había hecho sino expresar la verdad al hablar del probable destino de Zita. No se trataba sólo de una profecía. Era una amenaza. Y Moe Selig, Hardin lo sabía, no amenazaba en vano.

Se reprochó a sí mismo por lo que le estaba ocurriendo a Zita. Se dijo que ella estaría libre si no fuera por culpa de él. Veinticuatro horas antes, no sólo su nariz, como decía Selig, sino también sus ojos, habían estado donde no debieran. Nunca

debió haber mirado hacia la ventana de enfrente y visto a Humpty Dumpty cayendo del antepecho. Todo había comenzado en aquel momento.

Acababa de llegar a Strip Alley. Entró por la puerta de La Hoja de Higuera, entregó su abrigo y su sombrero y se dirigió al mostrador.

Había ahora algo más de gente en el local, pero no estaba lleno del todo. Ciertamente, no se había producido la reunión anunciada por Artie tres horas antes. Bart notó que la mesa que le reservaran para la cena estaba libre.

—¿Dónde está Artie Myerson? —preguntó al mozo del mostrador, tras pedir un *whisky*—. Deseo hablar con él.

—Está por ahí atrás. Quizá en su despacho.

El mozo se alejó hacia el extremo del mostrador. Evidentemente no sentía deseos de seguir conversando con él.

Las luces comenzaron a bajar para el espectáculo de medianoche. Hardin tomó su vaso y cruzó la penumbra hacia la pequeña mesa de primera fila que Artie hiciera reservar para él aquella misma noche. Un mozo se le acercó precipitadamente apenas le vio sentarse.

—Lo siento, señor Hardin. Esta mesa está reservada.

—Llame a Myerson —dijo Bart—. Necesito hablarle.

El mozo vaciló un momento, con expresión de duda en el rostro. Por fin dijo:

—Voy a ver...

Se alejó y habló algo con el *maitre*; luego ambos se retiraron por detrás del palco de la orquesta, hacia el despacho del gerente.

El espectáculo había empezado ya. Justine bailaba en un círculo de nebulosa luz azul.

Justine tiró de un cierre automático y empezó a desvestirse, al tiempo que avanzaba con ágiles pasos laterales hacia Hardin. Cuando llegó a la mesa, se inclinó familiarmente y fingió despeinarlo de un manotón. Tenía siempre en el rostro la misma sonrisa pintada.

—Venga a los camarines cuando termine el espectáculo —murmuró ansiosamente—. Tengo algo que decirle.

Descorrió otro cierre automático y se alejó girando hacia la mesa de un hombre de cara congestionada y gesticulante y calva cabeza de forma de huevo.

El mozo regresó.

—El patrón lo verá en su oficina —anunció—. Por aquí, por favor.

Hardin lo siguió por detrás del palco de la orquesta y luego por un largo corredor, más allá de los camarines, hasta el despacho. El mozo dio unos suaves golpecitos en la puerta y la abrió. Hardin se introdujo.

Myerson estaba sentado a su escritorio, pálido como la muerte. Le temblaban los labios. Apretaba los delgados dedos con fuerza, como para impedirles temblar. A su lado había una botella y un vaso.

—¿Sabe algo? —interrogó.

Bart tomó asiento.

—Sé algo, Artie. Selig me lo dijo. ¿Por qué lo llamó a él? ¿Por qué no me llamó a mí? ¿O a la policía?

—No sabía dónde encontrarlo a usted. Y no puedo llamar a la policía. Usted sabe lo que pasaría si lo hiciera. Tenía que hablar antes con Selig.

—Hace muy poco estaba usted tratando de convencerme de que Selig es un asesino o cómplice de asesinos. Y ahora recurre a él en busca de ayuda. ¿Por qué, Artie?

—Tenía que hacerlo —respondió Myerson lastimeramente—. ¿No puede usted comprender, Hardin? Escuche: yo hice lo que pude. Traté de impedir que Zita se fuera con ellos. Pero ella *quiso* ir.

—Cuénteme cómo fue, Artie —urgió Bart.

En la oficina había demasiado calor, pero Artie se frotó las manos como si las tuviera heladas.

—Zita acababa de terminar su número en el espectáculo de las diez. Estaba en su camarín acostada. Dos tipos grandotes, con aspecto de extranjeros, entraron en el club. Ni siquiera se quitaron los sombreros ni los sobretodos. Se acercaron al mostrador y preguntaron a Steve, el barman, si aquí trabajaba Zita Janos. Dijeron que querían hablar con ella. Steve desconfió. Se escabulló del mostrador y vino a informarme. Yo fui al camarín de Zita. Sabía que ella tenía miedo de que los agentes de su país pudieran venir a buscarla. Se lo había dado a entender a Justine, la bailarina de *striptease*.

»Le dije a Zita que esos hombres preguntaban por ella, y le propuse que se fuera a mi departamento, con mi esposa. Contestó que necesitaba ver a esos hombres, que los hiciera pasar al camarín.

Artie hizo una pausa para servirse otro vaso de licor y beberlo.

—Se los traje, y me quedé esperando afuera. Cinco minutos después, Zita salió con ellos. Me dijo que tendría que salir por un rato y que no me preocupara. No podía detenerla, pero los seguí hasta la calle. Entraron en un gran automóvil negro que estaba estacionado afuera.

Artie bebió más *whisky*. Bart esperaba.

—Esperé un poco, pensando que acaso ella volviera. Cuando vi que no lo hacía, llamé a Selig. Él me dijo que pensaba que podría encontrarla, y que le hablaría a usted.

—¿Por qué estaba usted tan ansioso de sacarme del club esta noche, Artie?

—¡Yo no quería sacarlo del club! Usted sabe que es siempre bienvenido aquí. Sólo se trataba de esa reunión de gente que estábamos esperando. Necesitaba saber cuántas mesas disponibles habría.

—No veo aquí mucha más gente que la que había cuando yo me retiré hace un buen rato —objetó Bart—. Ni siquiera está ocupada aquella mesa.

—A veces la gente reserva mesas y no las ocupa —explicó Myerson.

—Sin embargo, cuando me senté, el mozo me dijo que estaba reservada.

—Cuando se trata de una reunión hacemos reservas bastante anticipadas, especialmente en una noche como la de Año Nuevo.

Artie se esforzaba por poner convicción en su voz.

Se esforzaba demasiado, pensó Hardin.

—Me dijo usted que esa reunión era previa a cierta asamblea. ¿Qué asamblea?

—Son gente de compañías de seguros, creo. —Myerson se encogió de hombros —. Algo así.

—Ninguna compañía comercial tiene asambleas en fiestas como Navidad y Año Nuevo.

Artie se mordió los labios y buscó refugio en el *whisky*. Miró hacia otra parte. Luego explicó:

—¿Por qué he de mentirle? Usted me es simpático, y la muchacha también. Acaso esa gente me mintió a mí, o tal vez se tratara de alguna broma.

Bart se levantó.

—Selig me elijo que Zita estaría a salvo si yo le hacía el juego a él. Y yo le estoy haciendo el juego, dígaselo así a Selig. Pero usted no me hace el juego a mí, Artie. Voy a decirle algo. Si a esa muchacha le ocurre algo, será mejor para usted que corra. Corra ligero, Artie. Porque lo buscaré, y no dejaré de buscarlo hasta que lo encuentre. Lo hago responsable de esa chica, Artie.

Bart salió de la oficina rápidamente, cerrando la puerta tras de sí. Vio entonces a la muchacha alta, Justine, de pie contra la pared, tratando de pasar inadvertida. Vestía una larga bata de seda. Hizo una seña apremiante a Hardin y desapareció detrás de un recodo. Bart siguió por el pasillo y dobló también el recodo. Estaba cerca de las cocinas y de la puerta trasera del club.

Justine habló en un susurro.

—¿Qué le contó Artie Myerson acerca de Zita, Hardin?

—Dijo que dos hombres corpulentos, de apariencia extranjera, entraron y preguntaron por ella, y que Zita salió con ellos.

La bailarina de *striptease* sacudió su rojiza cabeza.

—Está mintiendo. No entró nadie en el club. Yo lo vi todo. Artie estaba afuera. Entró con el sobretodo puesto. Habló a Zita y entonces ella se puso su abrigo y salió con él.

—Cuéntemelo todo —urgió Bart.

—Aquí no —se excusó la muchacha alta—. Escuche: estaré libre a eso de las tres y media. Hay un pequeño bar en la esquina de la Sexta Avenida; el Dixieland se llama. Desde él se puede ver La Hoja de Higuera. Espere allí hasta que me vea salir del club. Entonces, si voy sola, sígame. Podremos tomar un taxi e ir a mi departamento. Apresúrese, porque no es nada seguro hablar aquí. Vaya usted primero.

Al regresar al pasillo, Bart distinguió por un momento la espalda de un hombre. Pensó que era la de Artie Myerson. El hombre desapareció por una puerta que a

Hardin le pareció la del despacho de Artie. Hardin caminó rápidamente hacia el despacho y oprimió el oído contra la rendija. Oyó un tenue zumbido, como si alguien hiciera girar el disco del teléfono. Luego una pausa, y después una voz en sordina. No logró distinguir las palabras, salvo una sola frase:

—Sí, a eso de las tres y media.

Se oyó un suave crujido, que pareció indicar que Artie colgaba el receptor. Bart siguió por el corredor, penetró en el bar y pidió un *whisky*.

—Steve —dijo al mozo del mostrador—: Tengo entendido que usted vio a esos hombres que vinieron esta noche a buscar a Zita. ¿Qué aspecto tenían?

Steve desvió la vista, interesándose súbitamente en la limpieza de un vaso.

—No los vi muy bien. Los vagabundos como éstos no tienen un aspecto muy agradable. Tipos grandes, con sobretodo y sombrero, de apariencia extranjera. Hablaban con acento raro.

Hardin salió del bar, fue hasta el vestuario y pidió su sombrero y su sobretodo.

Ya fuera del club, se detuvo por un momento, preguntándose qué haría durante las tres horas que le faltaban para su cita con Justine. Pensó en ir al *Broadway Times*, simplemente para eludir el frío. Pero no se atrevió. Era posible que Romano lo buscara allí, y Romano era la última persona del mundo a quien él deseaba ver por el momento.

Se sentía como un fugitivo.

No era noche adecuada para un paseo, pero echó a andar. Anduvo a buen paso, sin rumbo, apenas consciente de una dirección, excepto para eludir la vecindad de Times Square, donde podía ser reconocido. La nieve llegaba en ráfagas y remolinos, dibujando extrañas figuras contra el negro telón de la noche invernal.

Nunca en su vida se había sentido Hardin tan absolutamente impotente. Lo horrible era que nada podía hacer sino esperar. Esperar y callar. Si pedía ayuda, si daba un paso más por su propia cuenta, se convertiría en un asesino. El asesino de Zita Janos.

De pronto advirtió que estaba en la Quinta Avenida, donde comienza el Central Park. No se veía ningún coche ahora frente al Plaza Hotel. La nieve caía sin cesar, acompañada por el gruñido del viento.

Cruzó la calle y se detuvo junto a la nieve amontonada en el linde del parque. Debía ser allí donde Lew Bantry estaba de parada con su coche, se dijo. Lew decía que el gran automóvil negro se había detenido a unos quince metros de distancia. Caminó hacia el oeste, contando los pasos. Debe ser por aquí, se dijo. Este tiene que ser el lugar donde frenó el auto y se estacionó.

Hardin miró hacia el parque, contemplando por sobre el cerco los arbustos cubiertos de nieve.

—Tiene que haberlos encontrado aquí —murmuró.

El sonido de su voz en la noche nevada resultó sorprendente.

Echó a andar de nuevo hacia el este, sin destino fijo.

Caminó por más de una hora. De pronto recobró la noción de su cuerpo. Le dolía todo de puro cansancio. Estaba cubierto de humedad, empapado. Había llegado a Lexington Avenue, a la altura de la calle Setenta. Un letrero de neón, exactamente sobre su cabeza, anunciaba un bar y en él entró.

El lugar era limpio y sin pretensiones. Bart pidió un *whisky* irlandés, lo llevó por sí mismo a una mesa reservada y se sentó, exhausto. Allí permaneció hasta cerca de las tres, hora en que salió.

No había taxis en la calle y tuvo que caminar hasta Park Avenue para encontrar uno. Dio al chófer la dirección del Dixieland.

El Dixieland era un amplio local con entradas sobre la Sexta Avenida y sobre la calle lateral donde se encontraba La Hoja de Higuera. Una pequeña *jazz-band* atronaba con la melodía de un *blues*.

Hardin encontró una mesa junto a una ventana que daba a la calle lateral, y desde la cual tenía una excelente vista de La Hoja de Higuera.

Dieciocho minutos después de las tres, dos tambaleantes trasnochadores salieron de La Hoja de Higuera y se metieron en un taxi. Veinticinco minutos después de las tres, una robusta rubia y el portero del establecimiento salieron a su vez, sosteniendo entre ambos a otro individuo, borracho perdido.

Eran las tres y treinta y dos cuando la muchacha alta, llamada Justine, salió sola, arrebujada en su abrigo de piel de conejo. Por un momento se detuvo en la acera, mirando hacia el Dixieland. Luego avanzó, eligiendo cuidadosamente el camino por entre los montones de nieve que obstruían la calle.

Un gran automóvil negro salió de pronto de la oscuridad, rugiendo estruendosamente.

Llevaba tal velocidad que cuando chocó con Justine, el cuerpo de la muchacha fue arrojado hacia atrás, a la acera de donde había partido.

En una mesa vecina a la de Hardin, una mujer estaba mirando también, por la ventana.

Y empezó a chillar.

## Capítulo 18

Trató desesperadamente de abrir los ojos. Era imposible, cuando los entreabría un poco sus largas pestañas rozaban algo, algo que parecía sujetarle los párpados. Sintió que se asfixiaba. Hizo un esfuerzo para inhalar aire por la boca, para pedir socorro. También era imposible. En la boca sentía un sabor como de un trapo mojado. No sólo tenía los ojos vendados, sino también una mordaza.

Algo cortante pareció morder sus tobillos y sus muñecas. Trató de moverse. También tenía las manos atadas. Y los tobillos. El único movimiento posible era rodar sobre su propio cuerpo. La habían colocado en una especie de borde estrecho; al moverse, se oyó un crujido. Y a ella se le ocurrió que se trataba de muelles de colchón. Debían haberla puesto sobre un catre, pero muy estrecho. Si giraba hacia la izquierda, daba contra una pared sólida; si hacia la derecha, con otro obstáculo, pero éste no era una pared. Sin duda se trataba de algún mueble grande y pesado, o un cajón de madera. Estaba allí para que ella no rodara y cayera al piso.

Por un momento permaneció echada de espaldas, quieta, rígida.

Respiró profundamente por la nariz. El aire era sofocante.

—No es verdad —se dijo—. No es más que un sueño, otra pesadilla. He estado soñando que los acechadores venían a buscarme por fin.

Le dolía la cabeza espantosamente y sentía un lugar llagado en la nuca, sin duda donde la golpearon. El golpe habíale hecho perder la memoria, pero ésta volvía ahora.

La pesadilla había resultado cierta, se dijo. Permaneció inmóvil, esperando experimentar de un momento a otro la sensación de movimiento. Estaba casi segura de que la llevarían a un barco. Pero la sensación de movimiento no llegaba. En aquel sofocante lugar no había sino negrura.

Recordaba algo ahora, pero no lograba entender qué parte había tomado Artie Myerson en todo aquello. Artie había salido del club por un rato, cuya duración no podía ella estimar, por haber perdido en su inconsciencia la noción del tiempo. Luego entró en el camarín de Zita, con el sobretodo mojado por la nieve. Parecía nervioso, terriblemente inquieto. Habíale dicho a ella que se pusiera el abrigo y saliera con él. No quiso dar explicaciones. A Zita le era simpático Artie, y lo compadecía, porque había sido bondadoso con ella. Pensó que Myerson se encontraría en algún apuro. Se puso el abrigo y no hizo más preguntas.

Él la había conducido hasta el exterior del club por la puerta trasera, a través de un oscuro pasaje. Fue entonces cuando ella sintió recelo y temor, y se negó a seguir.

—Escuche, Zita —rogó Artie desesperadamente—; hay dos polizontes ahí afuera en un coche. Quieren hablar con usted. Se trata de Humpty Dumpty Hughes, supongo. Usted sabe que Selig se enloquece si entra la policía en el local. Vaya usted al auto a hablar con ellos. No tardará sino un minuto.

Eso la decidió a consentir. El auto estaba estacionado en las sombras; a alguna



*distancia de La Hoja de Higuera. Era un coche grande y negro. Dentro había, dos hombres sentados, con el rostro velado por el cuello del sobretodo y una bufanda. La portezuela se abrió y Zita penetró en el interior, entonces vio los rostros e intentó gritar. Llevaban caretas de goma. Uno de los hombres le tapó la boca con la mano, y luego algo le golpeó la cabeza.*

*El resto era negrura.*

*Rodó hacia la pared, y oprimió la cara contra ella. Era de argamasa, áspera.*

*—Tengo que frotarme contra ella hasta destrozar la venda y la mordaza —se dijo—. Tal vez me lastime la cara, pero podría lograrlo.*

*Había sido adiestrada en la Resistencia, y sabía que de nada valdría ahora gritar, ni siquiera ver. Que debía esperar hasta que hubiera alguna esperanza de fuga.*

*Mantuvo la cabeza contra la pared, escuchando. Ahora podía oír tenues ruidos. Algo se movía del otro lado.*

*Pensó que se trataba de los acechadores que rondaban. Y se preguntó en qué momento vendrían a llevársela.*

## Capítulo 19

El automóvil grande se alejó rugiendo en la noche, después de volver una esquina con un rechinar alucinante.

En el instante de súbita alarma, cuando vio al coche salir de la nada y precipitarse contra el cuerpo de Justine, Hardin no había atinado a mirar la chapa, ni siquiera a identificar la marca del vehículo. Sabía que era grande y negro, nada más.

Permaneció sentado, mirando por la ventana. Varias figuras corrían ya hacia el cuerpo destrozado que yacía sobre la nieve, sucia y ensangrentada ahora.

En la mesa próxima, la chica seguía chillando histéricamente.

Había pasado menos de un minuto desde que Justine saliera por la puerta de La Hoja de Higuera.

No debía ser sorprendido allí. Por el bien de Zita, tenía que evitar que lo interrogara la policía.

Los clientes del Dixieland, y aun los mozos, corrían hacia la calle.

Hardin se levantó de pronto.

Encontró en el bolsillo algunos billetes arrugados, y los echó sobre la mesa. Salió por la puerta que daba a la Sexta Avenida y caminó hacia el centro, alejándose del cuerpo que quedaba sobre la nieve. Desde la distancia oyó las voces, excitadas, agudas:

—Está muerta... La atropelló y huyó.

Hardin dobló hacia el este por la primera calle transversal, y prosiguió caminando a buen paso. En la Quinta Avenida buscó un taxi, para lo cual tuvo que andar bastante. Dio al chófer la dirección de su casa sobre el Circo. Romano podría encontrarlo allí, por supuesto, pero había que arriesgarse ahora. No podía escapar y esconderse. No podría ser útil a Zita de semejante modo.

En realidad no se veía manera alguna de ser útil él a Zita, se dijo amargamente.

La muchacha alta, que se hacía llamar Justine, había querido decirle algo, pero ya estaba muerta, asesinada.

A Zita la matarían también.

Sólo quedaba una esperanza: Moe Selig y su promesa. Dejó escapar una carcajada y el conductor del taxi miró hacia atrás con curiosidad.

Moe Selig era un pandillero, un hombre maligno. Le bastaba hacer una seña con la cabeza para que otro hombre fuera asesinado. Lo había hecho muchas veces antes.

Y ésa era su única esperanza: Moe Selig.

El taxi llegó al Circo Bromberg. Hardin pagó el viaje y subió las escaleras hacia su departamento.

Arrojó su húmedo abrigo en un rincón, y el sombrero tras él. Se quitó los zapatos y las medias, empapados, y se puso un par de zapatillas. Estaba temblando de frío. La caldera del antiguo edificio no funcionaba a aquella hora de la madrugada. Bart encendió un fuego de coque en la chimenea. Se sirvió un buen vaso de *whisky*

irlandés, lo bebió y se sirvió otro. Entonces se sentó ante el fuego.

Siguió bebiendo lentamente, volviendo a llenar el vaso cuando lo terminaba. Ansiaba el sopor mental que el licor podía darle. Nunca en su vida se había emborrachado completamente. Ahora estaba buscando el olvido. No veía utilidad en tener la cabeza despejada.

Nada podía hacerse sino esperar.

Más de una hora pasó antes de que la puerta del departamento se estremeciera con una serie de vigorosos llamados.

Se puso de pie, tambaleante. El *whisky* y las emanaciones del coque le habían causado más efecto del esperado. Tuvo que apoyarse por un momento en la mesa antes de poder llegar hasta la retumbante puerta.

Como lo suponía, era Romano.

El teniente se limitó a un breve saludo con la cabeza y entró en el cuarto. Se quitó el abrigo cubierto de nieve y se sentó.

—Otro miembro del personal de La Hoja de Higuera ha sido asesinado —informó.

—¿Quién?

—Una chica llamada Jessie Carey. Se hacía llamar Justine, la Segunda entre las Mujeres Más Altas de Broadway. Era bailarina de *striptease*. Supongo que usted la conocía.

Hardin miró estúpidamente al otro. «Tengo que mirar bien lo que digo ahora», pensó. «Fui un tonto al beber tanto. El cerebro no me funciona».

—¿Qué le pasa, Hardin? —inquirió el detective—. Está usted como quien ve un fantasma.

—Estoy borracho. Me dormí en la silla. Usted me despertó.

Romano miró al abrigo impermeable de Hardin, que estaba chorreando agua sobre la alfombra.

—No puede haber estado usted en casa tanto tiempo. ¿Conocía a la chica?

Bart hizo una seña afirmativa con la cabeza y volvió a sentarse.

—La conocía un poco, por haberla visto trabajar. ¿Cómo fue?

—La derribaron con un automóvil y huyeron, a eso de las tres y media, cuando salía del club. Una cantidad de gente lo vio. Nadie anotó el número, ni siquiera sabe con seguridad la marca del coche.

—Un accidente, entonces. Es una lástima. Justine era una buena chica. Lo siento.

Romano meneó la cabeza negativamente.

—Es una interpretación muy original —comentó—. Justine trabajaba en La Hoja de Higuera. Humpty Dumpty Hughes trabajaba en La Hoja de Higuera. Ambos murieron en circunstancias sospechosas, en el plazo de unas veintisiete horas. Tal vez la muerte de Humpty Dumpty fue también un accidente. Acaso se cayó de la ventana, se mató, desapareció, se hizo meter una bala en el cuerpo muerto, llamó un coche y pagó un viaje hasta su casa, Hardin.

Bart permaneció en silencio. Romano siguió:

—Estuve llamándolo por teléfono a cada rato desde el anochecer, desde que recibí el mensaje de Grierson. No hubo respuesta.

—Estaba emborrachándome.

—¿Quién es el señor Duke, Hardin? Grierson dijo que usted lo conocía.

—No tengo idea. Era un alarde, nada más. Me emborraché temprano. Cuando me emborracho temprano, me vienen ideas raras a veces. Fue una broma.

—Grierson dijo que usted le sugirió que me aconsejara leer el *Broadway Times*. Lo leí. Leí que se supone que ando buscando a cierto personaje de los deportes, y que deseo interrogarlo acerca de ese señor Duke. Cada cronista de la ciudad anda preguntándose quién es ese personaje a quien busco. ¿Me lo dirá usted, Hardin?

—No es nadie —repuso—. Fue otra baladronada. Lo siento. Como le digo, me emborraché temprano. Necesitaba hinchar esa historia de Humpty Dumpty, de modo que me descolgué con una idea brillante que no lo era en absoluto.

—Usted no es de esa clase de periodistas que hinchan historias. Al menos mientras no tenga hechos concretos. Me dijo que relacionaba el apellido «Duke» con alguna cara vista el día de Año Nuevo. Que tenía algo que le zumbaba en la cabeza. Usted empezó a colaborar conmigo, Hardin. Tiene que seguir.

—Escuche —se defendió Bart desesperadamente—, acabo de pensar que no conozco a nadie cuyo apellido sea Duke. Se me ocurre que puede tratarse de un apodo. La mayoría de los personajes del deporte tienen apodos. De manera que inventé una historia, nada más.

—¿Qué personaje del deporte conoce usted que use el apodo de «Duke»?

—Duke Schmidt, por ejemplo.

—¿Se refiere al viejo peso pesado? ¿El que peleó con Ezzard Charles cuando éste era campeón?

Bart asintió.

—Lo vi pelear —dijo Romano—. ¿Cree que Duke Schmidt sea el señor Duke? Un peso pesado no puede ser dueño de esas ropas que encontramos.

—No, por cierto. Le dije que era una idea disparatada. Necesitábamos hacer un artículo, y se me ocurrió que los deportistas tienen sobrenombres y que algunos de estos podían ser «Duke». Se nos echaba la hora encima, y teníamos que cerrar la edición. Me equivoqué, y lo siento.

—Usted me está mintiendo, Hardin. No sé por que, pero me está mintiendo.

—¡No estoy mintiendo! —porfió Bart tozudamente—. Escuche, polizonte: váyase de aquí, ¿quiere? Si va a arrestarme por esparcir falsos rumores sobre la policía, hágalo mañana. Estoy borracho y tengo sueño, y quiero irme a la cama.

Romano se sentó en una silla y se puso cómodo.

—No me iré —repuso con calma—. Todavía no. Tampoco creo que esté usted tan borracho como dice. Soy un tipo bastante bruto, no precisamente uno de esos polizontes de la nueva ola con educación universitaria. Hago lo que puedo con los

medios de que dispongo. Una de las cosas que hago bien es ubicarme en distintos puntos de vista. Y acabo de ubicarme en uno. Usted aludió en el *Broadway Times* a cierta figura deportiva. Ahora dice que lo lamenta, pero yo sigo creyendo que sabe algo. No me parece que esté pensando en Duke Schmitd ni ningún otro boxeador. Pero existe un deporte con el cual está vinculada toda esta investigación: las carreras de caballos. ¿Conoce usted a algún carrerista llamado Duke, Hardin?

—¡No! —repuso Bart, y su exclamación sonó demasiado rápida, demasiado vivaz. Romano suspiró.

—Hay otro detalle. Las ropas que encontramos en la habitación 932 del Stoneleigh le vendrían bien a un jockey, ¿verdad?

—¡Usted está loco! Pierde su tiempo, Romano. ¿Por qué andar a la caza de un desconocido personaje de los deportes? ¿Por qué no se atiene al individuo que tenía efectivamente en los pies los zapatos de Humpty Dumpty?

—Ya me he ocupado de él —replicó el teniente con calma exasperante—. Y sé todo lo que necesitaba saber sobre esos zapatos. Terence McGonigle no los compró en el Ejército de Salvación, como dijo. Los encontró. Necesitaba mucho un par de zapatos, y aquellos le venían bien. Temía decir que los había encontrado, porque pensó que alguien podría reclamarlos.

—¿Dónde los encontró?

—En un montón de nieve, un poco más allá del cerco del parque, y a unos quince metros del punto en que estaba estacionado el coche de Lew Bantry en la mañana de Año Nuevo. Casi en el sitio donde se detuvo el automóvil negro con Humpty Dumpty dentro.

Hubo una breve pausa. Luego Romano siguió hablando:

—El viejo Lew Bantry recordó de pronto algo que corrobora el relato de McGonigle. Recordó que los dos hombres empezaron a sacar del auto a Humpty Dumpty, y luego lo metieron en él nuevamente. Uno de los individuos salió del vehículo y se inclinó sobre el cerco del parque. Lew pensó que el hombre estaba enfermo. Yo creo que lo que hizo fue tirar los zapatos del payaso. Eso fue una estupidez bastante grande, pero la gente hace cosas estúpidas cuando está en aprietos. Supongo que esos tipos anduvieron dando vueltas con el cadáver antes de concebir la brillante idea de enviárselo a usted. Y que al empezar a sacar a Humpty Dumpty del auto se dieron cuenta por primera vez de que faltaba uno de los tacones.

»Probablemente se figuraron que el tacón estaba así desde que el cadáver cayó en el balconcito, y que los policías habíamos encontrado el trozo de goma. Estaban enterados de nuestra visita al Stoneleigh, posiblemente por haber hablado con Pérez. Pero la única persona que vio a Humpty Dumpty en el antepecho de la ventana era usted. Aún podrían sostener que Hughes sólo estuvo sentado en la ventana, sin caer de ella, a menos que nosotros pudiéramos relacionar ese pedazo de tacón con los zapatos que calzaba.

»Por esa razón le pegaron un tiro a Hughes después de muerto. Eran aficionados,

no sabían que los médicos pueden informar con exactitud si una herida fue causada después de la muerte. Se imaginaron que podrían hacernos creer que la víctima había sido ultimada de un tiro después de salir del Stoneleigh. Porque siempre existía la posibilidad de que alguien los relacionara a ellos con el hotel.

Bart no hizo ningún comentario. Romano continuó:

—Ayer por la tarde tenía usted sospechas positivas de ese negociante en datos para las carreras, ese Willie Goetz, y de su socio, Yak-Yak Yost. ¿Sigue con esa sospechas?

—¡No! —exclamó Bart, y advirtió en seguida que había hablado con demasiado énfasis.

—¿Por qué?

Esta vez había que ser convincente, se dijo Bart.

—Porque ahora sé dónde pasaron la noche Willie Goetz y Yak-Yak Yost. No pudieron estar en el Stoneleigh cuando Humpty Dumpty apareció en el antepecho de la ventana.

—¿Dónde estaban? —interrogó Romano suavemente. Bart tragó saliva. Tenía la garganta seca.

—Pasaron la última noche del año en el bar de Tony Maclaren. Él mismo me lo aseguró.

Y se lo dirá también a Romano, si logro ponerme en contacto con él antes que lo haga la policía, se dijo.

Romano hizo una mueca y meneó la cabeza.

—¿Sabe, Hardin? Ni siquiera me molestaré en ir a interrogar a Maclaren. Usted es su amigo, y él hará cualquier cosa por un amigo.

—¿Y por qué diablos he de proteger yo a Willie? ¿Por qué he de pedirle a Maclaren que cometa perjurio por un individuo como ése?

El teniente clavó sus ojos en él, escudriñándolo. Tardó un buen rato en contestar.

—No lo sé —dijo al fin—. No se me ocurre por qué puede estar protegiendo a una sabandija como Goetz. Como tampoco puedo imaginarme por qué ha estado mintiéndome toda la noche, pero así ha sido. Algo le preocupa. Algo malo. Está mortalmente asustado de algo. Tal vez si me dijera de qué se trata, yo podría ayudarlo.

El detective se levantó y bostezó.

—Voy a aceptar una sugerencia que usted me hizo ayer por la tarde, a eso de las cuatro —agrego—. Voy a hacer vigilar la oficina del Rey del Turf, desde mañana a primera hora.

El corazón de Bart le dio un vuelco en el pecho.

—¡No puede hacer eso, Romano! ¡Es cosa de locos! ¡Ya he estado yo fastidiándolo a Willie con la más insignificante excusa, y tiene una coartada perfecta! ¡No puede usted seguir persiguiéndolo! —dijo.

—Quisiera saber qué diablos le pasa, Hardin —dijo Romano, mirándole con

tristeza—. Pero lo primero que haré por la mañana será poner guardia en del Rey del Turf. Sin ninguna duda.

—¿Va a interrogar a Willie? —Bart se sintió más desvalido que nunca en su vida. El policía negó con la cabeza.

—No lo haré hasta que los muchachos que lo siguen lo pesquen en algo sospechoso.

—Se dará cuenta de que lo están siguiendo.

—Quizá no. En el Departamento tenemos gente muy capaz para esa tarea.

—¿Quién se encargará de la vigilancia de Goetz?

Romano hizo un gesto desagradable.

—Los tipos encargados de vigilancias tienen todos el mismo nombre —repuso—. Se llaman Anónimo.

Acercóse a la puerta, la abrió y se volvió hacia el abatido Hardin.

—Buenas noche —se despidió—. Cuando quiera decirme eso que le está quemando, vaya. Me encontrará durmiendo en el sofá de mi despacho.

Al salir cerró con suavidad.

Bart permaneció mirando la puerta.

El destino de Zita Janos, pensaba amargamente, estaba ligado a un par de individuos cuyo nombre era Anónimo.

## Capítulo 20

*Zita se puso alerta de pronto. Acababa de recordar algo. La muchacha alta, Justine, había estado en el corredor de La Hoja de Higuera en el momento en que Artie Myerson la atraía a ella hacia el exterior, Justine tenía que haberla visto salir. Al no verla volver, sin duda la muchacha daría parte a la policía.*

*Volvió a amodorrarse, consolándose con aquel pensamiento.*

*En la morgue, dos hombres jóvenes, vestidos con chaquetas blancas bastante manchadas, miraban a una mujer muerta que yacía en una camilla.*

*Uno de ellos dijo:*

*—Esta la trajeron para la autopsia, ¿sabes?*

*—Sí —respondió el otro—. Es grande, ¿eh? Suerte que tenemos un refrigerador de buen tamaño.*

*El primero de los dos jóvenes inclinó afirmativamente la cabeza.*

*—Oí a uno de los polizontes decir que era una de las mujeres más altas de Broadway —repuso.*



## Capítulo 21

Hardin se excedía en la bebida una vez que otra, pero era de esos seres saludables y afortunados que rara vez experimentan los malestares posteriores a la ebriedad.

Aquella mañana los experimentó. Y además los síntomas de un fuerte resfrío.

Había bebido una buena cantidad de *whisky*, pero ésa no era suficiente causa del estado en que se encontraba.

Se veía obligado a depositar toda su confianza en el hombre que menos confianza merecía en toda la ciudad de Nueva York, un hombre llamado Moe Selig. Obligado a mentir a su amigo Romano y a aliarse con delincuentes. Comprendía plenamente ahora cuán equivocada podía resultar esa actitud. Lo más probable era que la única esperanza de salvar a Zita consistiera precisamente en decirle la verdad a la policía. Pero temía hacerlo.

El secuestro, se decía, es el más terrible de los delitos. Pero aún que el más brutal asesinato, porque convierte en débiles morales y en delincuentes a personas naturalmente rectas y honradas.

Llegó con esfuerzo hasta el cuarto de baño y se dio una ducha fría, pero no le sirvió de mucho. Maldijo aquel malestar. Era la única persona en el mundo que podía hacer algo por salvar la vida de Zita Janos, y ni siquiera contaba con una mente despejada.

Y había olvidado lo más importante: hablar por teléfono a Tony Maclaren, el dueño del Sligo Slasher. El bar no se abría hasta pasadas las doce, pero Hardin sabía que el irlandés vivía en algún punto de Brooklyn. No tenía la guía de Brooklyn en el departamento, mas se las compuso, no sin dificultades, para obtener el número en la oficina de informaciones.

La voz de Maclaren era soñolienta cuando atendió el teléfono.

—Necesito un favor de ti, Maclaren —pidió Hardin—. Y sin hacerme ninguna pregunta. En caso de que los polizontes, o cualquier otra persona, te interroge, quiero que les digas que los hombres llamados Willie Goetz y Yak-Yak Yost estuvieron en tu bar la noche de Año Nuevo, desde temprano hasta la hora de cerrar.

—¿El Rey y el Bufón? Conozco a esos dateros. No debieras mezclarte con esa gente. Pero haré lo que me pides.

—Gracias, Tony. Es muy importante. Algún día te daré más explicaciones. Te veré a la hora de costumbre, esta tarde.

Colgó el tubo.

Eran poco más de las nueve, hora muy temprana para Hardin, que no iba a su trabajo hasta después de mediodía.

Salió de su departamento y se dirigió a La Cazuela de Cobre en busca de su desayuno. Cuando lo terminó, su mente se había aclarado un tanto.

De pronto, su cuerpo se puso tenso, y sus ojos enrojecidos se iluminaron. ¡Artie Myerson! Artie Myerson era el eslabón más débil de la cadena.

Pagó su gasto y se acercó a la casilla del teléfono. Hurgó en la enorme guía de Manhattan, y dejó escapar un suspiro de alivio cuando encontró la dirección y el número telefónico de Myerson. Una vez que los hubo anotado, salió del restaurante e hizo señas a un taxi.

Artie vivía en la calle Once Oeste. La casa era una agradable construcción de ladrillo rojo con ribetes de piedra gris. Hardin subió una alta escalinata y encontró un timbre con la indicación: «Myerson». Un momento después, un zumbido en la cerradura de la puerta indicó que ésta podía abrirse. Penetró entonces en un oscuro *hall*, con una elegante escalera curvada que conducía hacia arriba. El departamento de Myerson estaba en el piso bajo.

Se abrió una puerta y una voz femenina dijo:

—¿Sí? ¿Quién es?

Era una mujer de unos cincuenta años, calculó Bart. Tenía vetas grises en el cabello, pero las líneas del rostro eran firmes, brillantes los suaves ojos pardos. El color de sus mejillas no era obra de cosméticos. Debía haber sido una belleza en su juventud.

—Desearía ver a Artie Myerson —pidió Bart.

—Temo mucho que Artie no se haya levantado todavía. —La voz y los modales de la mujer eran agradables—. A veces no vuelve del club hasta después de las cinco. Yo soy la esposa. ¿Puedo serle útil en algo?

—Gracias, pero es a Artie a quien necesito ver. Me llamo Hardin, Bart Hardin, del *Broadway Times*.

—Entre, por favor —invitó ella con una sonrisa, y abrió más la puerta.

Bart entró en una habitación octogonal, con techo alto y una chimenea de mármol. Los muebles, cuadros y alfombras eran todos de excelente gusto.

—Siéntese, señor Hardin —dijo la señora Myerson—. ¿No fue su padre también director del diario?

—Así es. Falleció cuando yo estaba en la guerra, en Corea.

—Es usted parecido a él. Yo lo conocí. Era una excelente persona, y fue muy amable conmigo. Yo fui cantante de *blues*, tiempo atrás, en la época de la Prohibición. Mi nombre era Stella Wayne en aquellos días. Seguí cantando hasta hace un par de años, en el club que tenía mi esposo en Greenwich Village. Su padre publicaba a veces mi fotografía en el diario y escribía cosas agradables acerca de mí.

Sobre una mesita se veía una cafetera de filtro en funcionamiento, y unas piezas de porcelana floreada. Stella Myerson las indicó con un movimiento de cabeza.

—¿Ya tomó café esta mañana, señor Hardin? Yo estaba por tomar el mío.

—Tomé dos tazas, pero no me vendría mal un poco más. No me siento muy bien. Ella sirvió el café.

—Temo que tenga que despertar a Artie, señora Myerson. Es muy importante que yo hable con él.

La mujer depositó la taza cuidadosamente sobre la mesita baja, y sus amables

ojos escrutaron el rostro de Bart.

—¿Es cosa seria, señor Hardin? ¿Es... algún otro trastorno?

—¿Esperaba usted algún trastorno? —Ella asintió con la cabeza.

—Creo que estoy siempre esperándolos estos días.

—Usted conoce la historia del pobre Artie, me parece. Tuvimos un club aquí en el Village, durante años. Era un lugar decente. Pero se echaron encima esos pandilleros y Artie perdió todo. Hicieron del club una horrible cueva de *striptease*.

—Artie hace también *strip* en La Hoja de Higuera —objetó Bart.

—Yo le supliqué que no aceptara las migajas que le ofrecían. Le dije que sería mejor vender revistas de puerta en puerta si era necesario. Pero Artie estaba desesperado. Ahora es un despojo nervioso. Tiene miedo, y no hay nada más patético que un hombre asustado, señor Hardin. Especialmente para su esposa.

Se levantó, llevándose a los ojos un pañuelito.

—Lo siento —dijo—. No quisiera haber perdido así mi serenidad. Despertaré a Artie y le diré que está usted aquí.

Salió de la habitación, mientras Bart seguía bebiendo el café. Pasaron varios minutos antes de que ella regresara.

—Lo siento, señor Hardin —dijo. Había una expresión de inquietud en su rostro—. Artie no se siente bien esta mañana. Le pide disculpas. Tratará de ir al club esta noche, si le es posible. Le sugiere que lo vea allí.

Bart meneó la cabeza.

—No puedo, señora Myerson —insistió—. Tengo que verlo ahora. Es muy urgente. Si él no desea levantarse, lo veré en su dormitorio.

La mujer parecía asustada.

—Ha ocurrido algo grave, ¿verdad? Por favor, señor Hardin, sea lo que sea, trate de recordar una cosa: Artie no es malo. Sólo es débil.

Salió nuevamente del cuarto.

Poco después entró Myerson, solo, vestido con una bata de seda. Tenía las mejillas sumidas y pálidas, sombreadas por la barba de la mañana. Se hundió en un sillón.

—No me siento bien, Hardin —explicó—. Me parece que estoy incubando una gripe.

—Por mi parte tengo un resfrío. Pero esas cosas son problemas de segunda importancia para nosotros ahora, ¿verdad?

—Eso creo. —Artie se sirvió café—. Creo que tiene razón.

—Se me ha ocurrido que, cualquiera sea el giro que tomen las cosas, usted será el chivo emisario, Artie. Para evitar matarlo a usted sólo tienen un medio: matar a la muchacha. Y si matan a la muchacha, yo lo mataré a usted. Lo mataré, aunque sea con las puños.

Myerson se echó a temblar violentamente. Hizo un esfuerzo para dominar su voz al hablar.

—¿Qué demonios quiere decir? Ya sé lo que siente por Zita. Pero está hablando como un hombre sin juicio. Yo no pude impedir lo que ocurrió. Ella insistió en irse con esos individuos. Yo hice lo que pude, créame.

Hardin meneó la cabeza tristemente, mirando a su tembloroso interlocutor.

—No, Artie. Será mejor que mire otra vez esa carta que tiene en la manga. La vio mal. No es un as, no le sirve. Su carta es Moe Selig, y usted supone que él lo protegerá si usted cumple sus órdenes como un chico obediente. Puede ir y hablar con Selig, y decirle que Hardin está molestándolo, que no mantiene lo pactado, que sigue metiendo la nariz. Si usted lo hace, Zita morirá. Si Zita muere, tal vez ellos no tengan que matarlo a usted, porque no estará ella para identificar al que la entregó. Pero si Zita muere, a usted lo mato yo. Dese pues por muerto, suceda lo que suceda.

—¡Por Dios, Hardin! ¡Yo ni siquiera le puse un dedo encima! ¡La estimaba mucho! Esos dos tipos con aspecto de extranjeros entraron en el club y...

—No. No entraron en el club, Artie. Nadie entró en el club. Usted mismo les entregó a Zita.

—Steve, el barman, podrá decírselo. ¡Él los vio!

—Steve colabora también con la pandilla, Artie. Dirá todo lo que Moe Selig le ordene, lo mismo que usted. Usted oyó parte de lo que me dijo Justine. Parte, nada más. Nos oyó concertar una cita para las tres y media de la mañana. Sabía que ella había visto a Zita salir en su compañía, y supuso que iba a contármelo. Entonces habló por teléfono con ellos y se lo dijo, les dijo que temía que Justine hubiera hablado demasiado. Y ellos mataron a Justine en la calle, ante mi vista.

—¡No, Hardin! ¡La muerte de Justine fue un accidente! Algún conductor borracho la atropelló y huyó. ¡Una docena de personas lo vieron!

—No oyó bastante, Artie, cuando espió mi conversación con Justine. Antes de que usted apareciera, ya ella me había contado todo lo que yo necesitaba saber. Me dijo que Zita salió del club en su compañía. Usted la entregó a los secuestradores.

—¡Por Dios, Hardin, escuche! —suplicó Myerson.

Bart se levantó.

—Escuche *usted*, Artie. Escuche con todo el oído que tenga, porque es su única esperanza de salvar la vida. Vaya a ver a Selig. Dígale todo lo que quiera, pero convénzalo de que si entrega a Zita sana y salva, no más tarde que esta noche, ella no recordará nada. Yo lo garantizo. Nadie oirá una palabra del secuestro. Los polizontes no saben quién estaba con Humpty Dumpty Hughes en el Stoneleigh la noche de Año Nuevo. No saben quién conducía el automóvil que mató a Justine. Yo lo sé, Artie. Si Selig entrega a Zita esta noche, nadie más lo sabrá. Si no la entrega, yo voy a la policía y cuento todo.

Bart avanzó hasta la puerta: desde allí se volvió a mirar el rostro abatido de Myerson.

—Una cosa más Artie: cuando digo que lo mataré si Zita muere hablo en serio. Lo haré. No podrá escapar lo bastante rápido. Lo encontraré, se lo aseguro.

Bart salió del departamento y cerró la puerta.

Si Artie llevaba aquel mensaje, aún quedaría una amplia grieta en el plan. Selig la vería en seguida, era casi seguro.

El pandillero podría encontrar una solución muy sencilla para el asunto. Otro pequeño accidente, antes de la noche.

Esta vez la víctima sería Bart Hardin.

No era hora todavía de ir al trabajo pero Bart encontró un taxi y le dio las señas del *Broadway Times*.

El viejo Pops Taylor era el único que estaba en la sala de redacción.

—Debes haberte pescado una grande —comentó Pops al saludar a Bart—. ¡Qué cara tienes!

—Tal vez vaya a morir —repuso Bart—. Si eso me pasa, hay una botella de *whisky* casi llena en el cajón del fondo de mi escritorio. También hay un juego de dados, que guardo como recuerdo. Te los lego.

—Gracias. Espero que los dados estén cargados.

Durante media hora, Hardin estuvo haciendo anotaciones, más bien fútiles, en un montón de originales. Por fin se oyó la campanilla del teléfono.

Era la voz de Moe Selig.

—¿Habló ya con los polizontes, Hardin?

—Le dije que no iba a hablar con ellos.

—Sí. Sólo que tendrá que hablar ahora debido al lugar al que fue esta mañana.

—¿Qué quiere usted decir?

—Mejor será que se venga por aquí. No me fío del teléfono.

Bart cortó la comunicación. Salió y se fue por la Octava Avenida hacia Jacobs Beach. Entró en la cigarrería que encubría el local de apuestas de carreras y saludó al cuidador, un anciano a quien conocía bien.

Fue recibido en la sala de apuestas, donde los ayudantes de Selig estaban organizándose para el trabajo del día. Dio unos golpecitos en la puerta del despacho privado y la abrió cuando se oyó el zumbido de la chicharra.

Selig no habló al principio. Se limitó a jugar con su cigarro sin encender, mirándole con sus ojos de hinchados párpados. Por fin dijo:

—Ha estado yendo otra vez de un lado a otro, ¿eh, Hardin?

—¿Lo llamó por teléfono Myerson? —preguntó Bart.

—Myerson no llamó a nadie. Su esposa sí llamó sin embargo.

Humedeció con la lengua la punta de su cigarro, y continuó examinando éste mientras hablaba.

—La esposa de Myerson dijo que usted les hizo una pequeña visita esta mañana.

Hubo otra pausa. Luego Moe añadió:

—Me dijo algo más.

—¿Qué?

Selig volvió a interesarse en el cigarro.

—Se lo dan todo hecho a uno, ahora —comentó—. Hasta le hacen un agujero a los cigarros para que no haya que morderles la punta.

Los pesados párpados se levantaron y los ojos miraron fijamente al rostro de Hardin.

—La esposa de Myerson me dijo que Artie acababa de pegarse un tiro —completó.

## Capítulo 22

*El hombre de cara arrugada, cuya estatura no era mayor que la de un chico, se detuvo por un momento en el exterior de la casa de pensión, escrutando la calle. El barrio era mísero. El humo y la mugre de la ciudad habían teñido las viejas casas de un gris sucio y monótono.*

*Acababa de tomar una habitación en la casa de huéspedes, pagando adelantado, puesto que carecía de equipaje. Tenía el traje arrugado y la camisa sucia. Toda su ropa, excepto la que llevaba encima, había quedado en el Stoneleigh. El día anterior había pagado una semana de alquiler en otra casa de huéspedes, situada en otro lugar de la ciudad, pero la abandonó después de permanecer en ella un solo día, y siguió huyendo.*

*Duke Grover había usado muchos nombres durante el curso del año anterior, pero su ingenio para inventar alias no era mucho. En el Stoneleigh se registró como George C. Duke. A la dueña de aquel otro hotel de mala muerte le dijo que se llamaba Grover Jones.*

*Echó a andar por la calle, mirando furtivamente por encima del hombro. Se detuvo ante un puesto de periódicos y adquirió una primera edición de un diario de la tarde. Entonces vio que el número del Broadway Times de la noche anterior estaba aún en venta, y lo compró a su vez.*

*Cruzó la calle y entró en un bar, donde pidió un emparedado de carne y una taza de café. En el diario de la tarde leyó el relato de cómo había muerto la muchacha alta llamada Justine. Luego comenzó a leer el Broadway Times, y de pronto perdió el apetito completamente. En la parte superior del artículo que narraba la muerte de Humpty Dumpty Hughes veíase un recuadro titulado ÚLTIMA HORA en el cual se informaba que la policía estaba buscando a cierta figura, ya olvidada, de los deportes.*

*Grover alejó de sí el emparedado.*

*—¿No le gusta, compañero? —preguntó el mozo del mostrador—. ¿Tiene alguna falla?*

*Grover meneó negativamente la cabeza.*

*Ahora sí, ya estaba seguro de que lo seguían. Tenía, pues, que seguir huyendo, y estaba cansado de huir.*

## Capítulo 23

Moe Selig encendió al fin su cigarro.

Cerró los ojos, se echó hacia atrás en el sillón y lanzó un torbellino de humo. En cuanto a Hardin, estaba demasiado aturdido para atinar a decir algo.

Selig volvió a abrir los ojos y agitó un índice admonitorio.

—Se portó usted como un mal muchacho, escritor —advirtió—. No se recortó la nariz como le dijo Selig. Estuvo metiéndola otra vez donde no debía.

Esperaba una respuesta, pero ésta no llegó. Lanzó otra bocanada de humo.

—¿Por qué fue a ver al pobre Artie esta mañana, compañero? Debe haberle dicho algo importante para hacerla que se volara los sesos y ensuciara la alfombra del *hall*, de esa manera.

Hardin permaneció en silencio. Seguía viendo el agradable y alarmado rostro de la esposa de Artie, oyéndola decir: «Artie no es malo. Sólo es débil».

—Le hice una pregunta, compañero. —La voz de Selig era más áspera ahora—. No me ha contestado.

—¿Quiere saber lo que le dije a Myerson? Le dije que lo mataría en caso de que muriera Zita Janos. Y tenía esa intención, realmente.

El rostro de Moe era una caricatura del asombro.

—¿Y por qué matar al pobre Artie, periodista? Él hizo todo lo que pudo para impedir que esa chica suya se fuera con los agentes extranjeros. Si ella hubiera escuchado a Artie no la habrían secuestrado.

—Basta de bromas, Selig. Hice un trato con usted, y cumplí mi parte. Traté en lo posible de apartar a Romano de Willie Goetz. Hasta le di a Willie una coartada, diciendo que él y Yak-Yak pasaron la noche de Año Nuevo en el bar Sligo Slasher, y el mismo Maclaren me prometió mentir descaradamente si los polizontes le interrogaban. Usted mismo podría decirle a Willie dónde estaba él la noche de Año Nuevo, si habla con él.

—¿No se lo dijo usted al Rey?

—Usted me dijo que me mantuviera lejos de él. Yo acaté sus órdenes.

Selig inclinó la cabeza y volvió a exhalar otra nube de humo.

—Yo lo sé todo, Selig, compréndalo —continuó Bart—. Sé cómo murió Humpty Dumpty, Sé quién estaba con él en ese momento. Conozco la identidad del señor Duke. Sé el porqué de ese estúpido jueguito de meterle una bala después de muerto. Sé cómo murió Justine y por qué fue secuestrada Zita. Y que fue Artie quien entregó a Zita a sus secuestradores. Por eso amenacé a Artie, y le dije que viniera a verlo a usted, y le di un mensaje, suponiendo que si el mensaje procedía de él, usted lo escucharía. Ahora tendré que darle el mensaje yo mismo.

Selig volvió a menear la cabeza.

—Si no me constara que es usted una excelente persona, diría que se dedica a las drogas, al oírlo hablar así. Artie no era capaz de mezclarse con agentes extranjeros.



Era un patriota, Y usted lo hizo desparramar los sesos sobre la alfombra del *hall*. No debió hacer eso, Hardin.

—Siga su jueguito —continuó Bart—. Poco importa. Sólo importa en realidad una cosa. Lo sé todo, Selig, todo. Y lo único que me interesa es que Zita Jones recobre la libertad. Le encargué a Artie que le dijera a usted esto: Si Zita regresa, sana y salva, esta misma noche, yo la convenceré de que fue secuestrada por agentes extranjeros y que Artie Myerson consiguió su ayuda de usted para rescatarla. El suicidio de Artie lo explicaremos como a usted se le ocurra. Diremos que creía que los secuestradores de Zita no querían sino conversar con ella, y que al darse cuenta de lo que había hecho no tuvo valor para soportarlo y se suicidó. Zita dará por buena esta versión, si viene de mí. De modo que nada tendrá usted que temer de ella. Pueden soltarla.

—Habla usted como un verdadero tonto, periodista —replicó Moe—. Selig le hizo una pequeña proposición amistosa, en el sentido de que él lo ayudaría recobrar a esa chica suya secuestrada por agentes extranjeros. Selig trató de ser un buen amigo. Y usted se pone ahora como si Selig tuviera algo que ver con el secuestro. Ahora creo que Selig tendrá que lavarse as manos. No sirve de nada ser bueno.

—Escúcheme, Selig. Quiero que entienda que estoy dispuesto a hacerle el juego. No me importa quién raptó a Zita. Tampoco me importa de Humpty Dumpty, o de aquella pobre muchacha, Justine. Todo lo que me preocupa es Zita. Si ella se ve libre esta noche, no habrá problemas. De lo contrario, iré a la policía y revelaré todo lo que sé. Es una promesa, Selig. Esta noche es la línea divisoria.

Los ojos del pandillero se cerraron de nuevo. Su cara era una máscara.

—Está usted diciendo bravuconadas, escritor. A Selig no le gustan las bravuconadas.

—No son bravuconadas, sino hechos concretos. Voy a suministrarle algunos más. Ciertas personas pueden imaginarse que todo irá muy bien si Hardin es arrollado por un automóvil o se cae en una alcantarilla antes de esta noche. Es un concepto erróneo, Selig. Lo he escrito todo en un papel. Está en un sobre sellado, en poder de un amigo de confianza. Si me ocurre algún accidente antes de que Zita Janos recobre su libertad, ese sobre irá directamente a Romano, de Homicidios. Así es, Selig, y esta noche se cumple el plazo.

Selig arrojó el cigarro a medio fumar.

—No sirve de mucho tratar de convencer a un tonto, pero probaré —dijo—. Selig prometió enviar a los muchachos a husmear un poco y ver si averiguaban algo acerca de esos agentes extranjeros que raptaron a su muñeca. Los muchachos hicieron preguntas, y obtuvieron unas cuantas respuestas. Creen que tal vez encuentren a la muchacha si se les da un poco de tiempo. Pero no se pueden precipitar las cosas.

—Tiene que ser esta noche, Selig —repitió Bart.

—Otra cosa —continuó Selig, sin reparar en la interrupción—: Estoy tratando de hacerle un favor a usted, y otro a un amigo mío, Willie Goetz. Usted lo ha estado

molestando. Quizá haya lanzado a los polizontes sobre él. No tengo pruebas todavía de que Willie este libre de sospechas. De cualquier modo, no creo que los muchachos puedan encontrar a su muñeca hasta dentro de unos días, por lo menos. Para entonces tenemos que estar seguros de que nadie se meterá con el Rey.

—Nadie se meterá con él, Selig. Ya se lo dije. Ni yo ni los polizontes molestaremos más a Willie. Hasta le he proporcionado una coartada. Puedo quitársela con tanta facilidad como se la he dado. Yo doy las cartas ahora, Selig, entiéndalo. Tiene que ser esta misma noche.

—Esta noche es demasiado pronto —protestó el pandillero.

Bart se levantó.

—Perfectamente, Selig —concluyó—. Esta noche es demasiado pronto para usted. Mañana será demasiado tarde para mí. ¿Quiere que lo dejemos así?

Moe escudriñó el rostro de Bart con sus ojos semicerrados.

—He jugado bastante al póquer con usted, Hardin. Sé que le gusta el *bluff*. A Selig no. Le gusta jugar con cartas seguras.

—Está bien. Le dejaré echar un vistazo a mis cartas. Puede ser que eso lo convenza. Le diré un poquito de lo que sé. Yo sé que un exjockey llamado Duke Grover se registró como «el señor Duke» al tomar la habitación número 932 del Stoneleigh la noche de Año Nuevo. Sé que Grover dejó sus impresiones digitales por todos lados, en esa habitación. Las impresiones de Grover no están fichadas en la policía, pero sí en alguna otra parte. Las impresiones de todos los *jockeys* están registradas en una agencia privada que se llama Oficina de Protección del Pura Sangre. Si Romano llega a sospechar de él, no tendrá más que comparar las huellas que encontró en el hotel con las del fichero de esa agencia. Y si lo hace, encontrará a Grover y lo meterá adentro, y él es la clave de todo el asunto.

Bart vigilaba la cara de Moe, que se mantenía impassible, soñolienta.

—Le diré algo más —siguió—. Yo sé que la muerte de Humpty Dumpty *no* fue un asesinato premeditado. Si quienes estaban con él cuando murió se hubieran limitado a mantener su serenidad en lugar de hacer lo que hicieron, probablemente habrían pasado inadvertidas. Pero ahora *son culpables* de asesinato. Han matado a Justine.

Bart, de pie ante Selig, esperaba. Pero Moe no respondió.

—Tengo cartas de triunfo —siguió Hardin—, pero usted es un buen jugador. Hágame el juego a mí, y no le costará nada. Todo lo que tiene que hacer es asegurarme que Zita Janos quedará libre esta misma noche.

Volvió la espalda al pandillero y se dirigió a la puerta. Desde allí se volvió.

—¿Y? ¿Qué me dice, Selig? Esta noche es la línea divisoria. A eso de las diez, pongamos por caso.

Selig demoró algo en contestar. Luego dijo:

—No puedo prometer nada. Eso depende de los muchachos. Estas cosas llevan tiempo, escritor. Todo lo que podemos hacer es esperar.

## Capítulo 24

Zita Jamos estaba ahora mucho más cómoda. El ridículo Hombre Ratón, como ella lo había bautizado íntimamente, mostraba ahora cierta benevolencia. Le había quitado las crueles cuerdas que le sujetaban las muñecas y los tobillos, y también la mordaza y la venda de los ojos. Le dio de comer. Le indicó un pequeño cuarto de baño que comunicaba con la habitación en que estaba encerrada. Era raro que existiera allí un baño, dado que el lugar era a todas luces un depósito. Zita supuso que alguna vez habría sido utilizado como oficina. La única ventana de la reducida habitación estaba asegurada con cerrojo de acero, y la puerta era gruesa y pesada. Una pálida luz brillaba en el techo.

Salvo por un limitado espacio que había sido despejado para colocar el catre, y por un angosto pasillo que conducía al baño, el cuarto estaba lleno hasta el techo de cajones, latas y amplios rollos de papel. Bajo el piso podía oírse un zumbido y un traquetear de máquinas. En un principio, supuso que las máquinas podían ser los de un barco en marcha.

Antes de que el hombre le quitara la venda, había podido percibir su olor, cuando él se inclinó sobre ella por primera vez, diciéndole lo que le pasaría si daba un grito o causaba el menor trastorno. El olor era peculiar, pero a ella le resultaba familiar. De pronto lo reconoció. Era el olor de la tinta de imprenta. La Resistencia tenía una imprenta en Budapest, en la cual había trabajado ella en un tiempo, imprimiendo panfletos.

Había puesto a su cancerbero el nombre de Hombre Ratón porque llevaba una careta de goma, como los otros. Esa careta representaba la alegre y picaresca cara del animal más conocido del mundo: el ratón Mickey. Aquello parecía especialmente absurdo en él, porque era corpulento y usaba un sombrero ajustado sobre las orejas del ratón. Advirtió también que el individuo tenía las manos manchadas de tinta.

Zita tenía reloj de pulsera: Había sido por la mañana muy temprano, a eso de las siete, cuando el Hombre Ratón le trajo comida por primera vez. Era ahora mediodía cuando lo vio venir de nuevo a la celda. Traía emparedados envueltos en papel transparente, y un vaso de cartulina con café. Colocó todo sobre un cajón, al lado del catre en que estaba ella acostada.

—Uno es de jamón y otro de queso —explicó.

—Gracias. ¿Tiene idea de cuánto tiempo me retendrán aquí?

—No será mucho. Les dije que tendrán que sacarla en cuanto oscurezca.

—¿Están por llevarme de regreso a Hungría?

—No sé dónde van a llevarla —respondió el Hombre Ratón—. Ni me importa. Pero tendrán que sacarla de aquí.

## Capítulo 25

Cuando Hardin llegó a las oficinas del *Broadway Times* encontró a Romano esperándolo.

—Acaba de morir alguien más, vinculado con La Hoja de Higuera —informó el detective—. Esta vez se trata de Artie Myerson. Se suicidó. ¿Lo sabía usted?

Hardin asintió con la cabeza y colgó su abrigo impermeable en una percha. Luego se sentó ante su escritorio.

—¿Dónde se lo dijeron?

—Los rumores circulan con rapidez en Broadway.

—La esposa de Myerson declaró que usted estuvo con él pocos minutos antes de su muerte. Que todo fue salir usted del departamento y ponerse él un revólver en la cabeza y apretar el gatillo. ¿Por qué fue a ver a Artie esta mañana, Hardin?

—Por nada que pudiera ser causa de que se matara. Quería decirle que Zita Janos no podría trabajar por algunos días. El tobillo dislocado estaba mucho peor esta mañana, y el médico dijo que necesitaba reposo.

—¿Por qué no podía la misma señorita Janos decírselo a Artie?

—Por que tenía que tomar temprano un tren para el campo. Artie se levantaba tarde, y ella no quería despertarlo.

—Usted también se levanta tarde. Ella tuvo que despertarlo a usted.

Bart eludió todo comentario, pretendiendo absorberse en unos papeles de su escritorio.

—¿Por qué hizo todo el camino hacia Greenwich Village para dar a Artie un mensaje tan simple como ése? Él tenía teléfono.

—Quería hablar con él de algo más. El diario necesita una continuación de la historia de Humpty Dumpty. Pensé que Myerson podría darme algunas ideas.

—¿Y lo hizo?

—No.

—Así, pues, usted fue a decirle a Artie que Zita Janos no podría ir a trabajar, y le formuló algunas preguntas acerca de Humpty Dumpty, y él se suicidó apenas salió usted. ¿Eso es lo que quiere hacerme entender?

—No hubo ninguna relación entre mi visita y su suicidio. Artie había sido en el pasado un hombre honrado, que tenía un club decente. Luego se vio mezclado con el Sindicato, y se metió tanto que ya no pudo salir. Era un hombre desdichado, asustado. Se mató por eso.

—¿Y dónde fue la señorita Janos?

—A un establecimiento de descanso en el campo.

—¿Qué establecimiento de descanso? ¿Dónde?

—No lo sé. No quería que la molestaran de modo que no dejó su dirección.

—Es la primera vez que oigo que alguien vaya a un establecimiento de descanso por un tobillo dislocado —comentó Romano.

—El médico dijo que había sufrido también un colapso nervioso, y que tendría que tomarse un breve descanso fuera de Nueva York.

—¿Quién es su médico?

—No conozco el nombre.

—¿Está seguro de que era Artie Myerson quien estaba asustado? —insinuó el detective.

—¿Qué me quiere decir con eso?

—Yo creo que el que está asustado es usted —replicó Romano, levantándose de su silla. Luego añadió—: Por fin encontré el banco en que Humpty Dumpty depositaba su dinero. El trece de diciembre retiró cinco mil dólares en efectivo. ¿Qué cree usted que hizo con esa plata?

Romano permaneció por un momento mirando fijamente a Hardin. Al ver que callaba, continuó:

—Esta mañana establecí vigilancia en las oficinas del Rey del Turf.

—Despilfarra usted el dinero de los contribuyentes. El bar de Maclaren está abierto. ¿Por qué no va allí y pregunta dónde estuvo el Rey la noche de Año Nuevo?

—Porque sé que Maclaren me mentirá, lo mismo que usted está mintiendo ahora. Adiós, Hardin.

Dicho esto el teniente se retiró.

Tan pronto como la ancha espalda del policía hubo desaparecido de la sala de redacción, Bart cerró la puerta de su pequeña oficina y corrió el cerrojo. Luego se sentó ante una gastada máquina de escribir. Durante los veinte minutos que siguieron estuvo tecleando sin cesar, con dos dedos. Escribió todo lo que sabía sobre la muerte de Humpty Dumpty, el secuestro de Zita y el asesinato de la muchacha que se hacía llamar Justine. Dirigió el documento al teniente Romano de Homicidios, Manhattan Oeste.

Releyó lo escrito puso el documento dentro de un sobre de papel fuerte y cerró éste sólidamente con tiras de plástico engomado. Después abrió la puerta de su oficina y llamó a Pops Taylor, a través de la sala de redacción.

Cuando el viejo Taylor estuvo dentro del pequeño despacho, Hardin cerró la puerta, indicó una silla y se sentó ante su escritorio.

—Pops —empezó—: lo que vaya decirte va a parecer un mal programa de televisión, pero tengo que pedirte que hagas algo y no puedo explicarte el porqué. Aquí te entrego este sobre; guárdalo sobre tu persona. Si no te llamo por teléfono antes de las diez de la noche, quiero que lo entregues personalmente al teniente Romano, en Manhattan Oeste. ¿Lo harás?

El viejo Pops se encogió de hombros.

—Trabajo en este papelucho desde hace cuarenta y tres años —declaró—. Ya nada puede sorprenderme.

Hardin se vio obligado a escribir un artículo lleno de rodeos acerca de las extrañas muertes de personas vinculadas con La Hoja de Higuera, comenzando por el

acontecimiento más reciente, el suicidio de Artie Myerson. El relato no comprendía los hechos que había escrito y guardado en el sobre.

Tomó el artículo y lo arrojó sobre la mesa de redacción.

—Acaso el telégrafo traiga algo más sobre esto —dijo al encargado de los originales—. O quizá pueda yo mismo encontrar algo antes de que pase el día.

Volvió a su despacho y se esforzó por trabajar, pero todo esfuerzo de concentración resultó inútil.

Hardin seguía esperando que el suelto publicado en el *Broadway Times* hiciera salir de su cueva a Duke Grover, que el exjockey viniera personalmente a la redacción o lo llamara por teléfono. También tenía esperanzas, aunque más débiles, de que Selig hablara para decir que habían encontrado a Zita, o que ésta misma se apareciera o telefonara. Cada vez que sonaba la campanilla del teléfono, Bart aferraba ansiosamente el aparato.

A las cuatro se puso el abrigo y el sombrero y salió hacia el bar Sligo Slasher. Era costumbre en él tomarse un descanso a esa hora y llegarse al bar de Maclaren para su primera copa del día. Ahora tenía un motivo especial para ir. Quería saber si los detectives habían interrogado a Maclaren acerca de la coartada preparada por el mismo Bart para Willie Goetz y Yak-Yak Yost.

Pidió un *whisky* irlandés, y cuando se lo sirvieron preguntó en voz baja a Maclaren:

—¿Ha andado algún polizonte por aquí?

—No. Sabes que puedes confiar en mí para que haga lo que me pidas. Pero no comprendo por qué andas en eso. Conozco a esos inmundos dateros. A veces vienen a mi bar. ¿Cómo has podido enredarte con semejantes tipos?

—Eso es lo que me pregunto yo mismo —repuso Bart.

Eran poco menos de las cinco cuando regresó al *Broadway Times*.

La telefonista lo detuvo al entrar.

—Un señor lo llamó tres veces mientras usted estaba afuera —informó—. Parecía muy nervioso, pero no quiso darme su nombre ni dejarme nada dicho.

—¿Tienes alguna idea de quién podía ser?

La muchacha sacudió la cabeza.

—Tenía una voz rara —explicó—. De tono alto, chillona.

Bart regresó a su despacho, maldiciendo en voz baja.

Todo el día había estado deseando un llamado telefónico. Acaso el que esperaba era precisamente ése.

Los minutos pasaron lentamente. Afuera, más allá de los empañados vidrios de la ventana, estaba cayendo la noche. Las luces de Broadway comenzaban a titilar, una a una.

Eran poco más de las cinco cuando sonó el teléfono. Bart dio un salto al oír los penetrantes timbrazos, y aferró el auricular con mano temblorosa.

—Habla Hardin.

Una voz aguda, trémula, dijo:

—¿El señor Hardin? ¿El señor Bart Hardin, del *Broadway Times*?

—¡Sí, el mismo, Hardin! —vociferó Bart por el aparato.

—Mi nombre es Grover. *Duke Grover*, señor Hardin —declaró la voz trémula.

## Capítulo 26

Hardin se esforzó por dominarse. No quería asustar a su interlocutor, impulsarlo a colgar el tubo.

Con toda la calma que pudo reunir preguntó:

—¿Sí? ¿Qué dice, Grover?

—¿Se acuerda de mí, señor Hardin? Usted me hizo un reportaje una vez, en la sala de *jockeys* de Belmont Park.

—Sí, me acuerdo de usted, Grover. Y necesito verlo, en seguida.

—¡Oh, no, señor Hardin! No puedo ir a verlo. Tengo que salir de la ciudad ahora mismo, pero quería hablarle primero. Hablo desde un teléfono público, en el hall de una casa de huéspedes. Nadie puede oírme. ¿Le oye a usted alguien ahí?

—¡No, Grover! ¡No! Diga lo que tenga que decir —suplicó Bart desesperadamente.

—Supongo que sabe que yo alquilaba esa habitación en el Stoneleigh. Creo que lo sabe, porque me vio durante un minuto cuando yo me metí en la oficina del Rey estando usted allí, y luego escribió ese artículo en el diario acerca de que los polizontes querían hablar con cierto tipo vinculado con los deportes.

—Así es, Grover.

—Bien, tenía que hablar con usted antes de partir de la ciudad. No tengo ninguna participación en todas esas cosas que han sucedido. Yo me enteré de ellas, pero nada tuve que ver personalmente. No me metería en nada de eso pudiendo evitarlo. ¿Me cree, señor Hardin?

—Sí, Grover, sí. Le creo. Hábleme de la muchacha.

—¿Cuál de ellas? ¿La que atropellaron con el auto o la otra?

—¡La otra! —Bart hablaba a gritos, a pesar de sus esfuerzos por reprimirse.

—A la otra la secuestraron, señor Hardin. La secuestraron para mantenerlo a usted quieto, según entiendo.

—¡Eso ya lo sé, Grover! ¿Pero dónde la tienen, hombre? ¿Está bien?

—Señor Hardin, me parece que acabo de oír un clic en el aparato. No está usted tratando de localizar la comunicación, ¿verdad? Si hace eso, corto.

—Nadie está tratando de localizarlo, Grover. Dígame lo que sepa sobre esa muchacha a quien secuestraron.

—Bueno, le creo. Por esa razón lo llamé, ¿sabe? Para hablarle de esa muchacha. Creo que la van a matar también.

—¿Cuándo, Grover? ¿Sabe dónde está?

—Creo que piensan matarla muy pronto. Eso es lo que temo. Después de oscurecer, según oí. Dicen que tienen que librarse de ella, ¿sabe? Bueno, ha oscurecido, y es posible que ya hayan ido por ella. Yo traté de hablar con usted tres veces, pero no pude encontrarlo, ¿sabe?

—¿Dónde la tienen, Grover? ¡Por amor de Dios, dígame dónde está! ¡La



dirección!

—Sé dónde está ahora, pero ignoro dónde pueden llevarla —fue la respuesta.

—¡La dirección, pronto! —rugió Hardin en el teléfono.

—Bueno, bueno. ¿Tiene ahí lápiz y papel?

—Sí. ¡Apúrese!

—Mejor será que la escriba. La tengo aquí en mi bolsillo. Un segundo, mientras la encuentro.

Durante un momento nadie habló. Bart maldecía en silencio.

Por fin volvió a oírse la voz del *jockey*.

—Lo siento, señor Hardin. ¿Está ahí todavía?

—Sí, Grover, aquí estoy. ¿Tiene la dirección?

—Sí. La tienen en el nueve cincuenta y tres Oeste, calle Cincuenta... y...

Una detonación ahogó la última palabra de Grover.

—¡Grover! —aulló Bart—. ¡Grover! ¿Qué pasa?

No hubo respuesta.

Después se oyó un crujido. Alguien había colgado el receptor.

## Capítulo 27

*Era una vigilancia bastante trabajosa, pensaba el agente particular, llamado Williams. Rondar todo el día por los alrededores de un viejo edificio, seguir a un tipo cuando iba a almorzar y cuando volvía, y observarlo en el bar mientras comía y jugaba una broma tras otra a los demás clientes con instrumentos adquiridos en casas del ramo. Ahora el tipo lo había intentado bastante lejos, por una barriada miserable, hasta una destartalada casa de huéspedes.*

*Williams permanecía de pie, vacilante, en el exterior de la casa de huéspedes. No estaba seguro de si el tipo había reparado o no en que lo seguían. Más bien le parecía que no. Pero, de cualquier modo, allí estaba demasiado expuesto. Tenía que encontrar algún lugar donde disimularse en el caso de que al corpulento bromista se le ocurriera mirar por una ventana. Enfrente había un pequeño despacho de caramelos. Podría holgazanear por allí un rato, fingiendo mirar las revistas de historietas, o algo así.*

*Williams se disponía a cruzar la calle cuando oyó una detonación ahogada. Se detuvo. La detonación parecía proceder del interior de la casa en que había encontrado el bromista. Williams tenía que decidirse rápidamente. Su misión consistía solamente en seguir al individuo sin dejarse ver. Si entraba, se pondría en evidencia. Pero sabía distinguir un tiro de un neumático que reventaba. Aquello había sido un tiro.*

*Decidió entrar.*

*Subió la escalinata. La puerta del frente no estaba cerrada. La abrió de un empujón y llevó la mano al revolver.*

*El hombre de las manos manchadas de tinta estaba mirando el reloj. Era casi la hora de cerrar. Probablemente no tardarían en venir por la muchacha. Se preguntó si debería llevarle comida otra vez. De cualquier manera la diferencia no sería mucha.*

*El hombre de las manos manchadas de tinta no sabía con exactitud dónde pensaban llevarla.*

*Pero sí sabía que cuando llegaran allí —fuera donde fuere— ella estaría muerta. Algo había andado mal. La chica quemaba los dedos ahora.*

## Capítulo 28

Por espacio de unos segundos. Hardin permaneció sentado estúpidamente, con el teléfono en la mano, aunque sabía bien que la comunicación estaba cortada. El zumbido de mosquito que llegaba por la inerte línea parecía una burla.

Finalmente colgó el receptor.

Zita estaba, pues, prisionera en el número 953 de la calle Cincuenta y tantos. No la tendrían mucho tiempo allí, según lo que había dicho Grover.

Un momento antes de que la detonación cubriera todo otro sonido, Grover había tratado de mencionar el resto del número.

El último sonido había sido algo semejante a un: «ffff...»

No parecía tratarse simplemente del aliento de Grover, exhalado con dificultad; podía significar algo más: que la ubicación del lugar donde estaba prisionera Zita quedaba en las calle Cincuenta y Uno, Cincuenta y Cuatro o Cincuenta y Cinco.

Y eso era todo lo que tenía para orientarse. Con seguridad se trataba de algún lugar en los Cincuenta Oeste.

Comenzó a marcar en el teléfono el número de Romano, pero advirtió a tiempo que eso le requeriría largas explicaciones. Romano ni siquiera sabía que Zita había sido secuestrada. Y ya se había perdido demasiado tiempo. Según el anuncio de Graves, iban a llevarse a la chica tan pronto como oscureciera.

Y ya estaba oscuro.

Se puso su abrigo impermeable y salió a toda prisa de la oficina. Al llegar a la calle llamó frenéticamente a un taxi. Indicó al conductor, en primer lugar, la dirección de la calle Cincuenta y Uno.

Mientras el automóvil daba un cuarto de vuelta y enderezaba hacia el oeste, Hardin comprendió que todo aquello podía muy bien ser una trampa, que el llamado de Grover, y hasta su melodramático final, no eran probablemente sino una *mise-en-scène* cuidadosamente preparada. Tal vez estaban atrayéndolo a una cita fatal.

Era posible que se imaginaran que asesinandola eliminarían todos sus problemas.

Pero aquélla era la única oportunidad, y tenía que tomarla como se le ofrecía.

La dirección de la Cincuenta y Uno quedaba tan al oeste como es posible avanzar en la isla de Manhattan sin caerse al río Hudson.

Era una antigua construcción de ladrillo, rematada en lo alta por una cruz blanca.

Bart sintió que el corazón se le caía a los pies. Aquello no podía ser el lugar indicado. Era el seminario de cierta orden religiosa.

Indicó al chófer que probara con el mismo número de la Cincuenta y Cuatro.

—Muy bien, señor —dijo el hombre—, pero hay muchas calles de una sola mano en esta zona. Podría ir más ligero a pie.

—Perfectamente. Iré a pie.

Bart arrojó un billete al conductor, bajó del coche y echó a andar por una calle en que se alineaban largos frentes de depósitos, entre el estrépito de enormes camiones.

Por fin llegó a la calle Cincuenta y Cuatro.

Le llevó bastante tiempo buscar el número, hasta que decidió que no había ningún edificio marcado con el 953.

Comenzaba a decirse que todo aquello era una burla, pero quiso hacer una última prueba, una manzana más allá.

Esta vez encontró el edificio sin dificultades. Aparentemente se trataba de una imprenta.

Eran ahora un poco más de la cinco y media. Los obreros comenzaban a salir del establecimiento. Bart esperó unos minutos, hasta que le pareció que todo el personal se había retirado.

No creía posible que tuvieran prisionera a Zita en una imprenta, pero tampoco se pedía desdeñar ningún esfuerzo. El local se cerraría de un momento a otro. Miró el letrero pintado sobre la puerta: «Harridge Phinting Co.».

Se acercó a la puerta.

Un hombre obeso, de mediana edad, salió del edificio en el momento en que Hardin se disponía a entrar.

—Lo siento, muchacho; ya hemos cerrado por hoy. ¿Qué desea?

—Deseo ver a Harridge —contestó Bart.

El gordo lanzó una carcajada.

—Tendrá que ir al cementerio de Cypress Grave para eso, muchacho. Hace siete años que está muerto.

—¿Quién es el patrón, entonces?

—Locke. Elías Locke. Compró la imprenta al morir Harridge, pero conservó el antiguo nombre.

—¿Está en la casa?

El gordo encogió sus robustos hombros.

—Puede ser. No lo vi salir. Tiene un despacho privado en el cuarto piso y se encierra allí todo el día. A esta hora llega un sereno llamado Mike, que probablemente está en el fondo, poniéndose la ropa de trabajo. Hable con él.

El hombre se alejó.

Bart penetró en el sombrío edificio. No vio al sereno, ni lo buscó siquiera. Tomó por la escalera arriba. Los escalones estaban muy gastados y crujían bajo su peso.

Cuando las pisadas de Hardin sonaban en el tercer tramo de escaleras, se oyó algo que se movía por encima de él. Desde el piso superior alguien llamó:

—¿Eres tú, Mike? No necesitas subir. Yo estoy aquí.

Hardin siguió subiendo. La escalera describió una vuelta, y a la débil luz se pudo distinguir una silueta corpulenta que estaba de pie en lo alto.

—¿Quién diablos es? —inquirió el individuo.

Bart llegó al final de la escalera.

El hombre corpulento vestía una camisa azul, y pantalones de paño ordinario. En la cabeza tenía un viejo sombrero, y las manos manchadas de tinta. Llevaba en la

mano un extraño objeto: una careta de goma con la cara del ratón Mickey.

—¿Qué demonios significa esto? ¿Quién es usted? —exclamó—. La imprenta está cerrada ya.

—¿Usted se llama Locke? —preguntó Bart.

—Puede ser.

Detrás del hombre corpulento podía verse una puerta abierta que daba a una oficina. Hardin apartó al otro y entró.

—¡Eh, espere! ¿Quién se cree que es, para meterse en mi despacho privado, de ese modo?

Bart estaba examinando el ambiente. Los muebles eran bastante viejos y estropeados. En un rincón había un sofá con una manta del ejército plegada encima. Sobre el escritorio, dos emparedados envueltos en papel transparente y un recipiente con café.

—Mi nombre es Hardin. Bart Hardin, del *Broadway Times*.

Un repentino temor se pintó en el rostro del hombre. Calló por un momento; luego recuperó el dominio de sí mismo.

—Yo soy Elías Locke, señor Hardin. Estaba por retirarme en este momento. Venga conmigo, le pagaré una copa y me dirá de qué se trata.

Bart indicó con la cabeza los emparedados y el café.

—¿No va a comer su cena antes de salir?

—¿Lo dice por eso? Los mandé a comprar porque tenía hambre y se me ocurrió quedarme aquí y hacer algún trabajo. Pero lo pensé mejor. Me iré a comer afuera.

Bart contempló la careta que el individuo tenía en la mano.

—¿Siempre usa una careta del ratón Mickey cuando sale a comer?

Locke se confundió visiblemente, pero trató de reaccionar.

—Esta careta es un regalito para mi chico. ¿Qué es lo que deseaba usted, Hardin?

Bart vio una amplia pila de folletos en un rincón. Se los indicó al otro.

—Veo que imprimen aquí el *Turf King's Weekly*, de Willie Goetz, ¿eh, Locke?

—Es cierto. Imprimimos muchas cosas para mucha gente.

—Trabajan mucho para los teatros y los clubes, ¿eh? Moe Selig les da mucha ganancia, ¿verdad, Locke?

—No conozco a Selig —murmuró el hombre.

De pronto se oyó otra voz en la oficina, melodiosa esta vez.

Era la clara voz de soprano de Zita, que entonaba una canción acerca de cierta muchacha gitana robada por el rey perverso.

## Capítulo 29

La voz llegaba de detrás de una puerta cerrada que comunicaba con el despacho de Locke.

—Abra esa puerta —ordeno Bart.

—Está bien —contestó el otro—. Me obligaron a tenerla aquí. No puedo negarme. Saben algunas cosas contra mí y pueden hundirme. Además la parte de mis ganancias me vienen de Selig. Me alegro de que haya terminado todo, Hardin. Le daré la llave.

Abrió un cajón del escritorio y saco de él un revólver con el que apuntó a Bart.

—No sé qué hacer con usted —dijo ahora—. Willie Goetz y Yak-Yak Yost vendrán de un momento a otro a llevarse a la chica. Ni siquiera sé bien de qué se trata, pero me parece que tendré que retenerlo hasta que lleguen ellos.

En aquel momento se oyó una voz procedente de la puerta que daba al hall.

—El Rey ya está aquí, Locke, Ahora hay dos revólveres apuntándole, Hardin.

Bart se volvió hacia la puerta. Allí estaba Willie Goetz, con un revólver en la mano.

Willie entró en la oficina, sin dejar de apuntar a Hardin.

—Tienes que haberlo echado a perder todo, compañero —dijo a Locke—, para que Hardin encontrara este sitio.

Se volvió hacia Hardin y señaló el sofá.

—Siéntese, muchacho. Póngase cómodo, tendremos que esperar a Yak-Yak, que está trayendo aquí a Duke Grover. Ya me imaginaba que Duke tenía que andar en ésas. No estaba con nosotros cuando secuestramos a su chica, ni cuando arrollamos a aquella rubia grandota anoche. Tal vez tiene pajaritos en la cabeza. Y creo que yo sé lo que piensa. Cree que puede burlarse de nosotros, y tal vez hacerse también de una defensa contándolo todo si lo agarran. Así que tenemos que asegurarnos de que se enrede en esto, como lo estaba en lo de Humpty Dumpty. Eso lo mantendrá callado. Yak-Yak ha ido a buscarlo.

El Rey sacudió la cabeza, examinando su manicurada mano libre.

—Usted se ha metido mucho en nuestras cosas, de manera que ahora tendremos que matar a la chica, y también a usted, Hardin. Yo se lo imagina, supongo.

Bart se sentó en el sofá, sin responder. Estaba escuchando atentamente, en la esperanza de oír a Zita del otro lado de la pared. Pero no alcanzó a oír nada.

El Rey se sentó en una silla, frente a él. Locke dejó caer en otra, giratoria, dejando su revólver a un lado. Temblaba con violencia.

—Después de todo, es gracioso —comentó Willie—: todo comenzó con un accidente. Usted lo sabía, ¿no es verdad?

—Lo sabía —admitió Bart.

—Escuche —dijo Locke—: en este edificio hay un sereno. Podría subir hasta aquí. Tenga cuidado, Willie.

—Ya me ocupé yo del sereno —explicó Goetz—. Le di dinero y lo envié a tomarse una copa.

El Rey miró sonriendo a Hardin.

—Un maldito accidente —siguió—. Pero nos portamos como unos tontos. Le hice caso a ese payaso de Yak-Yak, y las cosas se complicaron. Tuvimos que asesinar a una mujer y secuestrar a otra. Y ahora tendremos que liquidar a dos personas más. Dice usted que lo sabe todo; al menos así lo afirmó ante Selig. Es usted un muchacho inteligente, Hardin, y a los muchachos inteligentes les gusta lucirse. Lúzcase ahora. Tenemos algún tiempo, mientras esperamos a Duke y a Yak-Yak. ¿Por qué no nos cuenta lo que sabe?

—Usted estuvo dando datos de carreras a Humpty Dumpty Hughes —accedió Hardin—. Lo convenció de que podría acertar una de las últimas carreras del año en Santa Anita si invertía un poco de dinero. Hughes sacó cinco mil dólares del banco. De ese dinero apostó algo y le entregó a usted el resto. Usted le dio, por supuesto, el nombre de un caballo, alguno que de cualquier manera tenía probabilidades de triunfo. Si el caballo ganaba, usted podría sangrarlo otra vez. Pero ningún caballo con probabilidades visibles ganó las carreras de Santa Anita ese día. Todos fueron «batacazos». Después del espectáculo de la cena en La Hoja de Higuera, Humpty Dumpty compró el diario y vio que su caballo no había llegado a ninguna parte. Se le subió la mostaza y salió corriendo del club, sin quitarse su ropa de la función.

—Como yo decía —aprobó Willie—. Un muchacho muy inteligente.

—Usted se valió de Duke Grover como medio para atraer a Humpty Dumpty a su negocio —continuó Bart—. Duke andaba escapando. Los del impuesto a los réditos lo buscaban por pagos atrasados. Su esposa lo perseguía por alimentos. Pero pocos años atrás había sido un famoso *jockey*, como lo probaban sus libros de recortes. Usted lo utilizó para impresionar a su víctima. Cuando Humpty Dumpty vio en el diario los resultados de las carreras, no supo dónde encontrarlo a usted. Su oficina estaba cerrada. Pero debe haber sabido que Grover estaba registrado como «el señor Duke» en el Stoneleigh. Tenía que desahogarse con alguien, de modo que fue en busca de Grover, pues a éste sí sabía dónde encontrarlo.

Bart hizo una pausa Y se llevó la mano a un bolsillo.

—Estoy buscando un cigarrillo, Willie —explicó—. No se ponga nervioso.

Sacó un paquete de cigarrillos y eligió uno.

—Siga, muchacho inteligente.

—La habitación de Grover quedaba directamente sobre Times Square, lindo sitio para contemplar la muchedumbre de Año Nuevo. Usted y Yak-Yak habían ido allí a tomar unos *whiskys* juntos. Estaban bebiendo con Duke cuando Humpty Dumpty llegó hecho una furia, protestando y lanzando amenazas. A medianoche estaban todos, casi con seguridad, bastante borrachos, lo que motivó que Yak-Yak, tipo con sentido del humor, tuviera una brillante idea. Acaso había oído decir que Humpty Dumpty tenía miedo de las alturas, como nos pasa a la mayoría de nosotros. No lo sé.

De cualquier manera, Yak-Yak sugirió que lo pusieran en la cornisa de abajo de la ventana para hacerse pasar el berrinche, amenazándolo con dejarlo caer en Times Square si no callaba. Por lo que yo conozco de Grover, es de esperar que protestara, pero no pudo contenerlos.

Hardin inhaló una bocanada de humo y volvió a arrojarlo por la nariz.

—Ustedes sostuvieron a Humpty Dumpty sobre la cornisa y en el alféizar de la ventana, y lo mecieron de adelante atrás durante un rato. Pero, justo a medianoche, algo salió mal. Humpty Dumpty se le soltó a usted de la mano, y se dio el gran porrazo. Nadie más que yo lo vio caer, porque medio millón de personas estaba mirando a la esfera luminosa de la Torre Times. Y yo no lo vi aterrizar. Aterrizó, sin embargo, en aquel balcón pequeño.

»Cuando Dumpty cayó, ustedes perdieron el tino. Podían haber denunciado el hecho, sosteniendo que Hughes estaba borracho y que se había puesto a hacer pruebas en la ventana, y ya habrían sufrido consecuencias. Pero en cambio recogieron el saco y el sombrero de la víctima, apagaron las luces y bajaron al piso en que Humpty Dumpty había aterrizado. Llegaron al balcón por una ventana del baño. Se quedaron abajo. Cualquiera podría haberlos visto desde arriba, pero la baranda del balcón me impedía a mi ver los desde mi ventana de enfrente. Ustedes arrastraron el cadáver hasta el cuarto de baño, y le pusieron un sobretodo y un sombrero. No había nadie por allí cerca. Acaso bajaron por la escalera o el ascensor de proveedores. De cualquier modo, salieron por una puerta de servicio, en los fondos del hotel. El automóvil de ustedes estaba estacionado cerca, y el tránsito circulaba otra vez por Times Square. Trajeron el auto, lo detuvieron ante la puerta de servicio, y metieron el cadáver en él. Si alguien los veía, pensaría que se trataba de uno de tantos borrachos de Año Nuevo.

Bart alargó la mano hacia el escritorio, en busca de un cenicero, y la mano de Locke se precipitó hacia el revólver que estaba sobre el mueble. Hardin apagó tranquilamente el cigarrillo y prosiguió:

—Anduvieron guiando el automóvil durante horas, a la deriva, usted, Yak-Yak y Grover. No eran asesinos profesionales, y no sabían dónde dejar el cuerpo. En la madrugada del Año Nuevo el tránsito era bastante intenso. Podían verlos. Uno de ustedes tenía un revólver, probablemente ése con que usted me esta apuntando. Concibieron la loca idea de que si descerrajaban un tiro contra el cadáver, los polizontes pensarían que había sido asesinado fuera del Stoneleigh. Eso fue una estupidez más. Es probable que Grover llamara a Pérez por teléfono. Pérez no es de la clase de gente que habla a los policías. Le dijo a Grover que yo había visto caer al pobre payaso, y que los detectives estaban allí.

»Por la mañana, muy temprano, llegaron con el automóvil al parque, cerca del plaza. Usted vio un coche de plaza solitario estacionado allí. Supongo que el sentido del humor, tan profundo en Yak-Yak, se despertó otra vez. Fue él sin duda quien sugirió que me enviaran a mí el cadáver, por medio del viejo cochero. Un chófer de



taxi no lo habría hecho, pues los de su gremio han aprendido a ser cautelosos. Pero aquel viejo parecía un perfecto infeliz. Ustedes pensaron que haría cualquier cosa por cien dólares, y estaban en lo cierto. Uno de ustedes se acercó al viejo e hizo el trato. Entonces comenzaron a sacar el cadáver del auto, y al hacerlo vieron que un trozo de tacón roto se había desprendido del zapato. Pensaron que el trozo extraviado podría encontrarse en el balcón del Stoneleigh. Le quitaron los zapatos a Dumpty y los arrojaron por encima del cerco hacia un montón de nieve, donde otro cochero de plaza los encontró más tarde.

Bart se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que puede decirse de Humpty Dumpty, aparte de que el viejo cochero vino a traérmelo. Entonces fui yo el que empezó a actuar como un tonto. Fui a verlo a usted a su oficina. Mientras su secretaria y Yak-Yak estaban en la calle, entró Grover, metí la cabeza en su despacho y salió huyendo al verme. A mí me resultó conocida la cara, pero no podía recordar dónde la había visto antes. Y usted se dio cuenta de que estaba en peligro. Y cuando la gente del hampa, en esta ciudad, está en peligro, recurre a Selig. Eso es lo que usted hizo. Supongo que Selig estuvo a punto de devorarlo por eso, pero es parte de su trabajo asegurar la tranquilidad de sus clientes, de modo que hizo algunas sugerencias. Le aconsejó secuestrar a Zita Janos, asegurando que mientras usted la retuviera, yo guardaría silencio, y estaba en lo cierto. La tarea fue fácil, pues Zita había contado a una compañera del club que solía soñar con agentes extranjeros enviados para secuestrarla. Selig habló por teléfono a Myerson, el que no tenía más remedio que obedecer sus órdenes, y le dijo que esperara aquella noche, a determinada hora, afuera del club, a dos hombres que llegarían en un automóvil. Esos hombres pudieron ser usted y Yak-Yak. Le dijo a Myerson que persuadiera a Zita de que subiera al auto con esos hombres. También le dijo que se comunicara conmigo y me informara que Humpty Dumpty había pedido dinero prestado a Moe Selig y tenía aún pendiente la deuda. Creyó que con eso apartaría de usted las sospechas, haciéndome creer que los asesinos del payaso eran matones a sueldo de Selig. Sabía que la policía nunca podría probar que era él quien había hecho matar a Hughes.

Encendió otro cigarrillo.

—Eso es casi todo. Excepto que ustedes secuestraron a Zita y la trajeron aquí. Ustedes tienen algún dominio sobre Locke. Además, Selig tiene intereses en una porción de clubes nocturnos y salas de espectáculos, y hace que le pasen a Locke el trabajo de imprenta. De modo que trajeron a Zita aquí. Más tarde, Myerson se enteró de que Justine tenía una cita conmigo. Sabía ya que ella había visto a Zita cuando salía con él del club. Llamó por teléfono a Selig, y éste se comunicó con usted y le dijo que tenía otra tarea para encomendarle. Usted esperó con el automóvil a que Justine saliera del club, y la atropelló.

Bart hizo una pausa. Luego continuó hablando:

—Usted envió a su secretaria al hotel para arreglar las cosas con Pérez, porque no

podía dejarse ver usted mismo. Y eso es todo, creo. Aparte de que esta mañana yo fui a apretarle el torniquete a Myerson. No pudo soportarlo. Se dio cuenta, supongo que por primera vez, de la enormidad que había cometido. Al minuto de salir yo de la casa, se pegó un tiro.

—Es como yo dije, muchacho, tiene usted una inteligencia excepcional —comentó Willie—. Pero no ha de servirle para un cuerno ahora, ¿sabe?

El Rey miró el reloj.

—¿Dónde diablos se habrá metido ese payaso de Yak-Yak? Se está haciendo tarde.

—No vendrá —dijo una voz desde la puerta—. Le estamos apuntando, Majestad. Suelte ese revólver.

Willie miró hacia la puerta, se puso de pie de un salto, hizo fuego y erró.

Lanzó un grito al dejar caer el revólver. La mano que había sostenido el arma estaba roja, húmeda.

En la puerta estaban Romano y Grierson ambos con revólveres. Era Grierson quien acababa de hacer fuego.

Bart recordó súbitamente el otro revólver que estaba ante Locke. Se precipitó hacia el escritorio y aferró el arma. Locke permaneció inmóvil como paralizado. Otro detective se agregó en ese momento a Romano y Grierson.

—Llévenlos —ordenó el teniente.

Grierson sujetó a Goetz y le dio un empujón hacia la puerta. La mano de Willie goteaba sangre. El otro detective se acercó a Locke, y lo tomó por la solapa haciéndolo ponerse de pie.

—¡Esperen! —dijo Bart—. Este tiene la llave de esa puerta. Zita Janos está secuestrada ahí dentro.

Locke entregó la llave.

El detective hizo un movimiento para arrastrarlo fuera de la habitación, y Locke resistió por un instante. Reía histéricamente, mirando algo que estaba en el suelo, a sus pies.

Se trataba de la cara de goma del ratón Mickey.

## Capítulo 30

Romano alcanzó la llave a Bart.

Hardin abrió la puerta. Un instante después, Zita estaba en sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó él ansiosamente—. ¿Estás bien, querida?

Zita asintió con la cabeza. Romano miró a la muchacha.

—Así, pues —dijo a Hardin—, esta es la razón por la cual me estaba usted mintiendo. La tenían prisionera para hacerle callar.

Bart le narró toda la historia. Luego añadió:

—¿Cómo diablos dio con este lugar?

—Porque no quise hacerle caso a usted. Hice vigilar la oficina del Rey del Turf, como le dije que lo haría. No hace mucho rato, un agente llamado Williams siguió a ese Yak-Yak hasta una casa de huéspedes del Este. Tan pronto como entró Yak-Yak, se oyó un tiro. Williams entró en la casa. Un hombre de corta estatura estaba tendido en el piso, moribundo, al pie de un teléfono de pared. Presentaba una herida de bala, y el revólver que la había disparado estaba en la mano de Yak-Yak. El hombrecito habló antes de morir. Dijo que se llamaba Duke Grover, que había estado llamándolo a usted por teléfono, y dio esta dirección a Williams. Este me avisó, y Grierson y yo vinimos aquí a toda prisa. Encontramos otro agente en la puerta, el que acababa de salir con Grierson. Era el encargado de vigilar a Willie Goetz. Dijo que había seguido hasta aquí a Willie, y que éste le había dado dinero al sereno para que se fuera a tomar una copa. Encontramos al sereno, y lo obligamos a franquearnos la entrada.

—¿Y qué se ha hecho de Selig? —inquirió Bart.

—Salvo que Yak-Yak o Willie lo mencionen —explicó Romano—, ni siquiera podremos detenerlo por complicidad. Y ellos no lo mencionarán. Todo lo que tendrá que hacer es mantenerse firme en su historia de que estaba tratando de auxiliar a una mujer en desgracia, secuestrada, según él creía, por agentes extranjeros. Es un cuento grotesco y nadie lo creerá, pero tampoco se podrá probar que es mentira.

—Vámonos de aquí —dijo Bart—. Quiero que un médico vea a Zita cuanto antes. Su tobillo debe haber empeorado con todo esto.

—Bueno —concluyó el teniente—. Parece que las cosas no ocurrieron como en esa canción de Humpty Dumpty, ¿eh?

—¿Por qué no? «Humpty Dumpty se dio un gran porrazo...» ¿No es así?

—Puede ser. Pero en la canción, todos los caballos del Rey, y todos los hombres del Rey quisieron unir los pedazos de Humpty Dumpty, y en este caso fueron precisamente los caballos del Rey y los hombres del Rey los que lo mataron.

El resfrío que Bart había estado sintiendo toda aquella mañana estalló de pronto, en un vigoroso estornudo.

—Se está usted resfriando —dijo el detective, solícito—. Tenga cuidado. No suele morir mucha gente por asesinato, pero en cambio mueren miles de personas anualmente a consecuencia de enfermedades que empiezan por un simple resfrío.



DAVID C. ALEXANDER (Shelbyville, 1907 - 1973). Periodista y escritor de novelas de misterio estadounidense. Nació en Shelbyville, Kentucky, el 21 de abril de 1907, pero pronto se trasladó con su familia a Louisville. A los 11 años de edad, comenzó a trabajar como cadete en el *Louisville Courier-Journal*. Asistió a la Universidad de Kentucky en Lexington, y comenzó su carrera de escritor en *The Lexington Herald*. Durante una década fue editor gerente del *Morning Telegraph*.

A pesar de su éxito periodístico, su mayor ambición fue unirse a las filas crecientes de los novelistas de misterio americanos. En 1951, al tiempo que trabajaba en el *New York Herald Tribune*, Alexander vio su primera novela negra publicada, *Murder in Black and White*. Pero no fue hasta su cuarto libro, *Terror on Broadway* (1954), que introdujo a Bart Hardin, su alto y rubio protagonista que a menudo trabajaba en tándem / competencia con el teniente de policía Romano de Nueva York.

En sus novelas muestra el inframundo de la gente de la calle, artistas fracasados y otros marginados. Uno de sus cuentos ganó un premio en el concurso de la *Ellery Queen's Mystery Magazine*.

Alexander murió en pleno escándalo Watergate, el 21 de marzo de 1973.

# Notas

[1] *Broke*: quebrada, fundido. (N. del T.) <<

[2] Humpty Dumpty: personaje de *Alicia a través del espejo*, cuyo cuerpo era un huevo, y que terminó estrellándose al caer de una pared (N. del T.) <<

[3] Alusión a una canción infantil cuya traducción dice: «Humpty Dumpty se sentó en una pared. Humpty Dumpty se dio un gran porrazo. Y ni todos los caballos ni todos los hombres del rey, pudieron poner a Humpty Dumpty de pie otra vez». <<